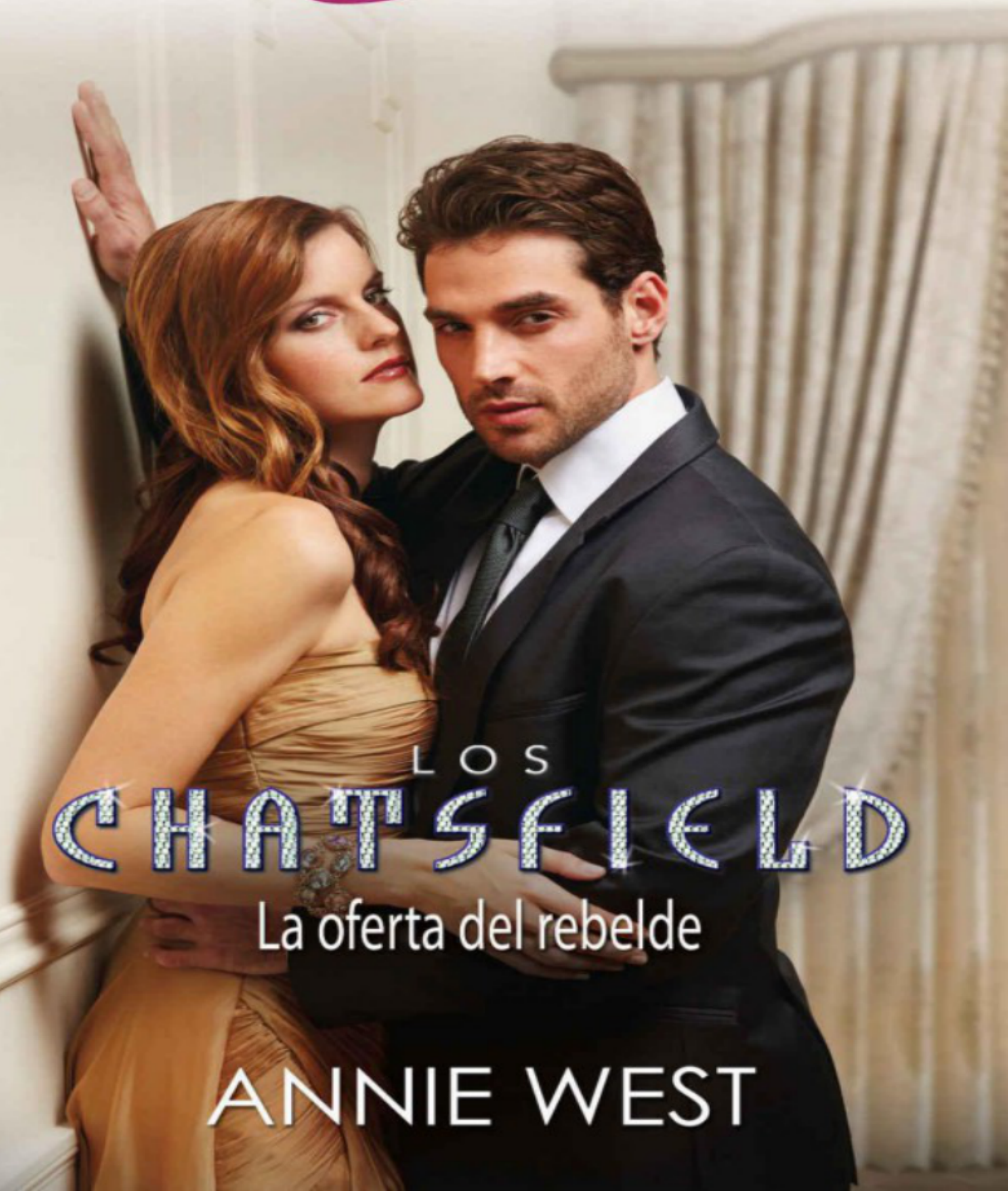

HARLEQUIN
Bianca
LOS
CHATSFIELD
La oferta del rebelde
ANNIE WEST



Annie West

La oferta del rebelde



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La oferta del rebelde, n.º 106 - julio 2015
Título original: Rebel's Bargain
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-6715-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Llegaré en el primer vuelo que encuentre.

A Orsino no se le pasó por alto la preocupación en la voz de su hermano. Suponía que era algo normal después de saber que su gemelo había estado a punto de morir.

Después de años participando en todo tipo de deportes de alto riesgo, su suerte había cambiado. Tener que enfrentarse a su propia mortalidad y a una posible incapacidad permanente, había hecho que se detuviera a revaluar su vida.

–No hay prisa, Lucca –repuso Orsino cambiando el teléfono de oreja.

Se estremeció de dolor cuando se dio sin querer en los vendajes que cubrían su cabeza.

–No hay nada que puedas hacer por mí. Además, sé que si vienes te dedicarás a coquetear con las enfermeras en vez de hacerme caso a mí –le dijo para tratar de aligerar el tono.

–¿Cómo puedes decir eso? –le preguntó Lucca–. Ya no soy así, soy un hombre nuevo. Ahora solo hay una mujer en el mundo para mí y es una princesa. Una princesa de verdad.

Orsino gruñó al oír las palabras de su hermano. No terminaba de acostumbrarse a ese nuevo hombre tan enamorado y feliz en el que parecía haberse convertido.

–Además, las enfermeras ya tendrán bastante contigo. ¿Tienes ya el teléfono de la más guapa?

Estuvo a punto de decirle que no tenía ni idea de cómo era el personal que le atendía. Creía que era un detalle que Lucca no necesitaba saber, solo si llegaba a ser absolutamente necesario.

–Tú eres el seductor de los dos, Lucca, ¿se te ha olvidado?

–Vamos, Orsino, es conmigo con quien estás hablando, he visto cómo reaccionan las mujeres al verte. Aunque no sé por qué. Después de todo, yo soy el más guapo de los dos. Así que no me digas que, aunque estés convaleciente, no tienes que quitarte a las enfermeras de encima.

–Pues la verdad es que no –susurró él.

Apretó con desesperación el teléfono, se sentía frustrado con su situación y furioso. El personal del hospital se desvivía con él. Pero no por su apariencia física, como suponía su hermano, sino porque en un

principio ni siquiera habían estado seguros de que fuera a sobrevivir.

–Ya me imagino –le dijo Lucca de nuevo con voz seria–. Por eso deberíamos ir al menos uno de nosotros. Necesitas a tu familia.

–Mi familia… –repitió Orsino sin ocultar su amargura.

Lo más parecido que había tenido a un contacto familiar antes del accidente había sido cuando el nuevo director general contratado por su padre, Christos Giatrakos, lo había llamado para tratar de sacar provecho de su reputación. Giatrakos le había pedido, o mejor dicho, exigido, que se convirtiera en la imagen de la empresa familiar. Nunca se había llevado bien con su padre, pero pensaba que al menos se podría haber molestado en llamarlo personalmente.

–Bueno, sé que he estado muy ocupado y no te he…

–No me refería a ti, Lucca –lo interrumpió Orsino–. Lo siento. Es que estoy de mal humor. No estoy acostumbrado a tener que estar sin moverme. No debería tomarla contigo. Te agradezco la oferta, de verdad, pero no hay nada que puedas hacer aquí.

–Bueno, a lo mejor ahora no. Pero, cuando te den el alta, vas a necesitar a alguien.

–¿Te estás ofreciendo para ser mi enfermera? –le preguntó Orsino sonriendo–. Valdría la pena aceptar tu oferta solo para verte disfrazado de esa guisa.

La risa de su gemelo al otro lado de la línea consiguió que se sintiera un poco mejor.

Hasta esa semana, no se había dado cuenta de lo que era importante en su vida. Y había llegado a la conclusión de que debía ver más a menudo a su hermano gemelo. Pero no quería hacerlo hasta que se recuperara lo suficiente. No quería que nadie tuviera que compadecerse de él.

–¿Por qué siempre me subestimas, Orsino? ¿Solo porque eres un par de minutos mayor que yo?

–Es que te estoy imaginando con una cofia de enfermera y delantal blanco y almidonado, Lucca. Y es una idea que me atrae mucho –le dijo sonriendo al ver que su hermano volvía a reír–. Pero no te preocupes por eso. Ya encontraré a alguien que me eche una mano cuando me den el alta.

–¿A quién vas a llamar? ¿A Lucilla?

–No, aunque ya me ha llamado también para ver cómo estoy. Nuestra hermana mayor aún sigue preocupándose por nosotros. Y eso que parece que ahora está muy ocupada por culpa del nuevo director general. Creo que Giatrakos le está haciendo la vida imposible.

–Ya… El caso es que necesitas a alguien con experiencia y a alguien en quien puedas confiar.

Orsino tuvo que controlarse para no echarse a reír. No podía decir que confiara en la persona que quería que lo ayudara cuando le dieran

en alta. Todo lo contrario.

No era precisamente en confianza en lo que pensaba cuando se acordaba de Poppy. Había llegado incluso a jurarse a sí mismo en el pasado que no iba a volver a verla, pero, después de pasar unos días atrapado en una montaña temiendo morir, había cambiado de opinión. Esa situación tan extrema le había dado una nueva perspectiva. Sabía que nunca iba a volver a confiar en ella y darse cuenta de esa realidad le daba una libertad y una seguridad increíbles.

Pero había llegado a la conclusión de que Poppy y él tenían asuntos pendientes, por eso seguía pensando en ella. Durante cinco años, había tratado de convencerse de que no debía remover el pasado, pero el accidente le había dado la oportunidad de reflexionar y sabía que no iba a poder dejar todo atrás hasta que se enfrentara a ella una vez más.

Porque tenía claro que aún había algo allí, algo que resolver antes de apartarse para siempre.

Sabía que a Poppy no iba a gustarle nada tener que verlo de nuevo. Después de lo que ella le había hecho, creía que sería difícil, incluso para una mujer tan valiente como ella. En cuanto a lo de tener que estar a su entera disposición mientras se recuperaba…

No pudo evitar esbozar una sonrisa sabiendo lo mal que lo iba a pasar. Pero creía que era una venganza muy pequeña después de lo que ella le había hecho.

–No te preocupes por mí, Lucca. La mujer que tengo en mente para que me ayude es perfecta para ese trabajo –le dijo a su hermano.

Poppy suspiró con nerviosismo mientras el taxi avanzaba entre el tráfico.

Había estado muy asustada desde que oyó la noticia sobre la avalancha y los dos escaladores que habían resultado heridos. Incluso los que no conocían a Orsino, habían sentido miedo y admiración por lo que había hecho. Había escuchado a la gente hablar de él incluso en el aeropuerto. Unos hablaban de su heroísmo y otros, de su temeridad.

No podía dejar de retorcerse las manos sobre su regazo. No era miedo lo que sentía en esos momentos, era terror. Tenía un nudo en el estómago.

Llevaba cinco años sin ver a Orsino, pero no podía imaginar un mundo en el que no estuviera él. No podía dejar de pensar en su vitalidad, su pasión…

«Dios mío, ¡su pasión!», se dijo.

Los recuerdos la inundaron por completo, haciendo que sintiera una oleada de calor por todo su ser. Pero tampoco se le habían olvidado su arrogancia ni sus exigencias. La forma en la que siempre había estado

listo para juzgar a los demás, ignorando sus propios defectos.

Aun así, a pesar de todo lo negativo, tenía un gran nudo en la garganta.

El mensaje que había recibido del hospital no había sido muy informativo, pero sí bastante tajante. Al recibirlo, se le había helado la sangre en las venas. Había sido suficiente para que saliera a la carrera de Francia con el fin de llegar cuanto antes a la base de la cordillera del Himalaya. Y había hecho todo el viaje con el corazón en un puño.

El taxi se detuvo de repente y Poppy miró el feo hospital. No podía controlar su acelerado pulso.

Ni siquiera parpadeó cuando se le acercaron los periodistas para hacerle mil preguntas. Apenas las oyó. Solo podía pensar en lo que la esperaba en el interior.

Sus pasos retumbaban en el silencio del pasillo y Poppy estaba cada vez más nerviosa.

«Por favor, por favor… Que sobreviva, que siga vivo…», rezaba sin parar.

Había tratado de convencerse de que ya no sentía nada por Orsino Chatsfield. Hacía mucho que habían muerto todos los sentimientos negativos que había tenido hacia él, los había enterrado gracias a su trabajo. Se había centrado en su profesión desde entonces y había conseguido mucho éxito. El trabajo no le había dejado tiempo para sentir dolor, para arrepentirse ni para sentirse culpable. Estaba demasiado ocupada.

Y había estado viviendo así durante esos últimos cinco años, convencida de que Orsino ya no le importaba. Al menos hasta el día anterior.

Había tenido un nudo en la garganta desde que se enterara de que había estado a punto de morir en una de las montañas más inhóspitas del mundo. De hecho, sabía que podía incluso estar muriéndose en esos momentos. Pero no quería ni pensar en eso. Orsino no podía morir.

Nunca tropezaba, ni siquiera cuando llevaba tacones de aguja, pero lo hizo en ese momento. Ella, que dominaba las pasarelas de todo el mundo, acababa de tropezarse sin motivo aparente.

Llegó por fin a la última habitación. Respiró profundamente y entró. Pero se detuvo al instante al verlo inmóvil en la cama del hospital. Estaba tan quieto que durante unos horribles segundos se preguntó si no estaría…

Se llevó la mano al corazón. Le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho. Tenía la mirada fija en la cama. No recordaba haberlo visto nunca tan quieto como lo estaba en ese momento. Orsino siempre

había estado en movimiento, como si tuviera más energía y fuerza que el resto de la gente.

Solo lo había visto inmóvil cuando se despertaba antes que él. Recordó entonces lo atractivo que había estado en esos momentos, dormido y completamente relajado a su lado. La intensidad de los sentimientos que había sentido entonces por él había llegado a aterrorizarla.

Y había llegado después a la conclusión de que había tenido motivos más que suficientes para sentir miedo. Lamentaba no haber confiado entonces en sus instintos y haber salido corriendo.

Pero tenía que reconocer que Orsino había conseguido encandilarla desde el principio.

Vio que tenía casi todo el cuerpo vendado; la blancura de los apósitos contrastaba contra su piel bronceada. Llevaba un brazo en cabestrillo y estaba escayolado desde los dedos hasta el codo. El otro brazo, desnudo sobre la colcha de algodón, estaba lleno de moretones. También tenía vendada la cabeza. Y no solo el cuero cabelludo, también los ojos.

Se le encogió el corazón al verlo así.

La mandíbula y el cuello eran las únicas partes que aún podía reconocer. Se fijó en su boca, en esos labios finos que conseguían seducir a cualquiera con una sonrisa.

Respiró profundamente, tratando de no pensar en las palabras que habían salido de esa boca hacía cinco años. Pero el tiempo no había disminuido sus recuerdos, seguían haciéndole daño, seguía sintiéndose culpable, indignada y muy dolida.

Tragó saliva. Se preguntó si de verdad estaría muy mal. No sabía si podía fiarse de lo que había oído en las noticias. Sabía que podían ser poco fiables, pero esas heridas en la cabeza…

–¿Amindra? ¿Eres tú? –susurró de repente Orsino.

Se quedó sin respiración al oír de nuevo su voz. Sonaba muy ronca, como si llevara tiempo sin hablar. Era su voz de madrugada, con la que la había despertado a menudo, murmurándole al oído todo lo que quería hacerle mientras la acariciaba con sus hábiles manos.

Pero no podía pensar en esas cosas, no entendía qué le pasaba. Era al menos un alivio ver que estaba lo suficientemente bien como para hablar.

Estaba muy nerviosa. Pero, después de más de una década trabajando como modelo, era una experta en ocultar sus emociones tras una máscara de impasibilidad.

Su mirada se posó en esos ojos vendados y se estremeció, no pudo evitarlo.

–¿Enfermera? –preguntó él de nuevo–. ¿Eres tú?

–Hola, Orsino.

Su voz era tan suave y seductora como la recordaba, como la oía en sus sueños.

No pudo evitar ponerse rígido al oírla. Tenía al lado el botón de llamada, podía tocarlo con sus dedos, y olía a desinfectante. No estaba soñando, seguía en el hospital.

Sintió un fuerte dolor en el pecho cuando sus magulladas costillas se expandieron de repente. Durante unos segundos, se había olvidado de que tenía que respirar.

Era ella, estaba allí.

Aunque estaba completamente vendado y medicado, había conocido su voz al instante. Lo habría hecho en cualquier lugar y en cualquier circunstancia. Incluso había creído escucharla en la montaña, bajo media tonelada de nieve. Esa voz se había burlado de él entonces y lo había empujado para que no se diera por vencido. Le parecía muy irónico que se hubiera imaginado precisamente la voz de esa mujer para salir de esa situación.

–¿Quién es? –le preguntó él aunque lo sabía de sobra.

Sabía que Poppy acababa de abrir sorprendida la boca, oyó cómo inhalaba rápidamente. Estaba seguro de que ella había esperado que reconociera al instante su voz, pero no iba a darle esa satisfacción.

No le gustaba tenerla allí, creía que había ido demasiado pronto. Le habían prometido que iban a quitarle las vendas de los ojos ese mismo día. No había querido que Poppy lo viera de esa manera, tan imposibilitado en la cama y aún aturdido por culpa de los fuertes analgésicos.

No entendía cómo podía haber llegado hasta allí tan rápido. No había esperado verla hasta un par de días más tarde.

–Soy Poppy –respondió ella.

–¿Poppy? –repitió él.

No pudo evitar pronunciar su nombre con más emoción de la que habría querido. Detestaba sentirse así, no entendía lo que le pasaba.

Sintió una oleada de calor bajo la piel, algo profundo e inquietante que no quería sentir.

El verse tan cerca de la muerte lo había llevado a reconocer que aún tenían cabos sueltos en su relación, cosas que aclarar, pero nada lo podría haber preparado para la explosión de emociones no deseadas que su presencia había conseguido encender en su interior.

No pudo evitar pensar que había sido un error pedirle al personal del hospital que la avisara.

No habría sido el primer error que había cometido por culpa de esa mujer.

–Sí, soy yo –le dijo ella desde cerca de la cama–. ¿Cómo estás?

Orsino buscó a tientas los botones para subir el respaldo de su cama. No le gustaba estar completamente tumbado mientras ella lo miraba. Hacía que se sintiera muy vulnerable. Ya le molestaba bastante con las enfermeras, con ella era mucho peor.

–Deja que te ayude. ¿Qué es lo que quieres? –le preguntó Poppy acercándose a él.

Sus suaves dedos rozaron los de él y apartó rápidamente la mano. Se dijo que era porque no le gustaba la lástima que había notado en su voz. Y creía que el hormigueo que sentía en los dedos se debía a los problemas de congelación que había sufrido en las manos.

–¿Orsino?

Apretó los labios, pero no pudo evitar que su cuerpo respondiera ante su susurro. Se acordó de repente de la última vez que habían estado juntos. Un recuerdo que le pilló desprevenido y amenazaba con hacerle perder la compostura.

–Puedo hacerlo yo mismo –repuso con frialdad.

Esa vez no se encontró con la mano cuando trató de accionar los controles de la cama. Subió el respaldo de la misma y tardó unos segundos más en acomodarse en la nueva postura.

–Espera, te puedo ayudar.

Poppy le habló esa vez con seguridad y eficiencia, un tono frío, lo prefería así. Pero le llegó entonces un aroma a frambuesas mientras le recolocaba las almohadas detrás de él para que estuviera más cómodo. Algo suave rozó su mandíbula y extendió la mano para atraparlo.

Era un mechón de pelo. Suave y elástico, le hizo cosquillas en la palma de la mano. Tiró ligeramente de él y sintió que le llegaba el calor de esa mujer, como si hubiera tenido que inclinarse hacia él. Tragó saliva al verse rodeado de su aroma.

Sabía que tenía que soltar su pelo, pero sus dedos no respondieron. No pudo evitar imaginar una cascada de rizos de color castaño cobrizo sobre sus pálidos hombros.

–Te has dejado el pelo largo.

Siempre la había conocido con el pelo corto, una imagen que le había dado un aire de fragilidad juvenil, reforzado más aún por sus impresionantes ojos y un rostro que parecía esculpido. Había conseguido atrapar la atención del público, había sido la cara más fresca e inocente del mundo de la moda.

Pero él sabía lo poco inocente que era en realidad.

–Sí, quería cambiar de imagen –repuso ella con algo de brusquedad.

Orsino soltó su pelo. Se preguntó si ese cambio de imagen habría tenido lugar cuando se separaron. Durante cinco años había evitado todo tipo de revistas en las que pudiera salir Poppy y no era el momento de preguntarle nada. No quería que ella despertara su curiosidad.

Ni tampoco su libido.

Pero había ocurrido, no podía negarlo. A pesar del estado en el que estaba, su cuerpo había respondido ante su femenino aroma y el sonido de su voz, reaccionando con demasiada intensidad. Le sacaba de quicio que Poppy tuviera aún ese poder sobre él.

Se recostó contra las almohadas, tratando de aumentar así la distancia entre ellos, pero su aroma lo perseguía. Se había imaginado que, para cuando Poppy fuera a verlo, él ya estaría más recuperado, que fuera al menos capaz de ver.

–¿Cómo estás, Orsino?

–¿Por qué me lo preguntas? ¿Acaso estás preocupada por mí?

Ella no respondió, pero sintió que había más tensión aún en el aire. Le dio la impresión de que ella también estaba tratando de controlar la situación y le frustraba no poder verla.

–Todo el mundo quiere saber cómo estás. Te has convertido en una especie de héroe internacional después de salvar a tu compañero de escalada y a ti mismo como lo hiciste.

–Por eso has venido tan rápido, para aprovechar el interés mediático que he suscitado, ¿no?

Durante su relación, no habían dejado de perseguirlos los paparazis allá donde iban. Algunas revistas se referían a ellos como «la pareja del año». Había tardado en darse cuenta de que era la propia Poppy la que necesitaba tener siempre la atención de los medios.

–Veo que no has cambiado, Orsino. Siempre juzgando a la gente, a los simples mortales.

Ignoró sus palabras. No sabía qué decirle. Creía que él tenía razón y ella no.

También pensaba que Poppy había tenido mucha suerte de que él fuera un hombre civilizado. Sabía que otros hombres no se habrían marchado como lo había hecho él, sino que se habrían vengado después de lo que ella le había hecho.

–¿Has cambiado tú, Poppy? –le preguntó él.

–Claro que he cambiado –respondió Poppy mientras caminaba por la habitación–. Ya no tengo veintitrés años y soy una mujer independiente, segura y capaz.

–Siempre fuiste autosuficiente –murmuró él–. Nunca necesitabas a nadie, ¿verdad, Poppy? Solo si esas personas estaban dispuestas a hacer lo que tú quisieras. ¿Sigues utilizando a la gente?

–¡Mira quién habla! ¿Acaso tú ofrecías algo, compartías? –replicó enfadada.

Notó que parecía agitada. Le gustó no ser el único al que le costaba controlar sus emociones.

–Lo que yo recuerdo es haber tenido que ser siempre el que daba y nunca recibía –le dijo él–. Te ofrecí dinero, prestigio y mis contactos.

Poppy no dijo nada para rebatir su acusación y se quedaron unos segundos en silencio.

Se dio cuenta de que al menos en algo sí había cambiado. Antes, la había dominado por completo su carácter apasionado, tan impetuosa a la hora de defenderse de sus acusaciones como en todo lo demás, pero acababa de demostrarle que había aprendido a rendirse.

Y, sin saber por qué, se sintió muy decepcionado.

–Bueno, está claro que no querías que viniera –le dijo ella por fin con un tono de derrota–. Ha debido de ser un error del hospital el contactar conmigo.

–No, no ha sido un error. Pero deberían esperado un poco más. Aún no te necesito.

–¿Qué quieres decir? Está claro que no me necesitas.

Notó que parecía confusa y sonrió. Después de tanto tiempo y de lo que esa mujer le había hecho, le encantaba tenerla exactamente donde quería.

–Pero te necesitaré cuando salga de aquí. ¿Quién mejor que mi esposa para cuidar de mí?

Capítulo 2

Tu esposa? –repitió Poppy sin poder controlar el tono de su voz–. Estás de broma, ¿verdad?

Pero vio una sonrisa de satisfacción en su rostro que le dejó muy claro que no bromeaba.

Por otro lado, tenía el corazón en un puño. No sabía hasta qué punto eran graves sus heridas y no le gustaba nada ver que tenía los ojos vendados.

–¿Por qué crees que bromeo? –le preguntó entonces con petulancia.

Orsino siempre había sido un hombre duro, irracional e implacable. Pero creía que no tanto como para regodearse en una situación tan dolorosa como esa.

–Porque yo ya no soy tu mujer, ¿cómo esperas que haga ahora de enfermera?

–Bueno, no tendrías que atenderme todo el tiempo. Espero ser capaz de valerme por mí mismo –le dijo Orsino–. Pero necesito tener a alguien a mano por si acaso. Para eso te necesito a ti.

–Como te acabo de decir, ya no soy tu esposa y no voy a cuidar de ti. Pídeselo a otra persona.

–Pero sigues siendo mi mujer, recuerda que nunca llegaste a pedir el divorcio. Por cierto, ¿por qué no lo hiciste, Poppy? ¿Acaso te pareció más lucrativo seguir viviendo de mi apellido?

Su tono gélido la dejó sin aliento e hizo que se estremeciera.

No quería tener a ese hombre en su vida y le alegraba haberse librado de él.

Sin embargo, no pudo evitar repetirse su pregunta.

–Bueno, tú tampoco me pediste el divorcio a mí –le recordó ella.

Su voz no podía ocultar lo agitaba que estaba y le fastidiaba estar mostrándose así. Respiró profundamente y apretó las manos delante de ella, no dejaban de temblarle.

Orsino siempre le había hecho sentir, para bien o para mal, más de lo que creía posible y el tiempo no había cauterizado las heridas. Había fingido que había sido así, pero acababa de darse cuenta de que había estado engañándose a sí misma.

–Nuestro matrimonio terminó cuando te fuiste –le dijo ella entonces.

Aunque la verdad era que le había costado entenderlo. Recordó

avergonzada el tiempo que había estado esperando que regresara a su lado y sus llamadas telefónicas, siempre sin respuesta.

–¿Cuando me fui yo? Veo que tienes memoria selectiva –repuso Orsino negando con la cabeza.

Miró de reojo la puerta. No tenía motivos para quedarse y permitir que la siguiera manipulando.

Pero algo le impedía irse. Pensó que quizás fuera lástima por el estado en el que estaba. Era una explicación mucho menos preocupante que la alternativa, pero tenía que reconocer que, por mucho daño que le hubiera hecho ese hombre, aún le importaba lo que le pudiera pasar.

–No tenías derecho a darles mi nombre al personal del hospital –protestó ella.

Orsino se encogió de hombros y ella, sin poder evitarlo, se fijó en lo anchos que eran y lo fuertes que seguían siendo sus brazos. No entendía lo que le pasaba, cómo podía estar pensando en su atlético físico en ese momento. Sabía que era algo que debía tener más que superado.

–El hospital necesitaba información sobre mi pariente más cercano y eres tú, Poppy. Lo has sido desde que salimos juntos de la oficina del registro civil.

Sacudió desesperada la cabeza.

–¿Y Lucca? ¿Por qué no ha venido él? ¿O Lucilla? Tienes un montón de hermanos, además de a tu padre. Cualquiera de ellos podría…

–Todos están muy ocupados ahora mismo –la interrumpió Orsino–. Además, eres por ley el pariente más cercano que tengo.

–¿Y no se te pasó por la cabeza que yo también estaba ocupada? –le preguntó furiosa poniendo las manos en jarras–. Yo tengo que trabajar para ganarme la vida. Estaba trabajando en una importante campaña cuando me avisaron. No puedo simplemente dejarlo todo para cuidar de ti.

–Pero acabas de hacerlo, ¿no?

Sus palabras la enfadaron más aún y se mordió el labio.

Orsino tenía razón. Lo había dejado todo para acudir a su lado. Y ni siquiera sabía si iban a dejar que siguiera con la campaña cuando volviera a Francia.

Se mordió de nuevo el labio y trató de recordar que no tenía motivos para preocuparse, que nadie le iba a quitar su trabajo. Después de todo, era la nueva imagen de la marca Baudin.

Pero los había dejado en la estacada para ir a ver a Orsino, algo que no había hecho nunca. Todo el mundo sabía que era una profesional, una modelo puntual y digna de confianza. Al menos lo había sido hasta ese momento. Se acercó a la ventana, estaba muerta de cansancio.

Desde allí se veía la cordillera del Himalaya y se le cayó el alma a los pies al pensar en lo que podría haber sucedido.

–¿Qué estabas haciendo allí arriba? –susurró sin poder controlar un estremecimiento–. ¿No sabías lo peligroso que era? Sobre todo en esta época del año.

–¿A qué viene eso, Poppy? Si no te conociera, pensaría que estás preocupada por mí.

Se dio la vuelta y se cruzó de brazos, tratando de controlarse.

–No digas tonterías. Aunque ya no estemos juntos, sabes que nunca podría desearte la muerte.

Vio que Orsino dejaba de sonreír.

–¿Seguro? Con lo bien que estarías vestida de luto –le dijo el–. Podrías conseguir mucha atención mostrándote vulnerable en la prensa, tendrías la compasión de todos los medios.

–¿Cómo te atreves a decir algo así? Yo nunca… –comenzó ella con un nudo en la garganta–. A veces te comportas como un verdadero malnacido.

–Eso me han dicho –repuso Orsino.

Supuso que se lo habría dicho otra mujer. Fue a apartarse de nuevo, pero sus fuertes dedos le agarraron la muñeca.

No sabía cómo había podido adivinar con tanta precisión dónde estaba ella si no podía verla.

Se estremeció al sentir sus callosas manos, siempre las había tenido así. El contacto le estaba afectando más de lo que habría querido, haciéndole recordar momentos del pasado. La mano de Orsino apretando la suya mientras el juez los declaraba marido y mujer. Esa misma mano en su nuca mientras inclinaba su cara la primera vez que la besó o cómo había acariciado mil veces su cuerpo desnudo con esa misma mano.

A pesar del penetrante y omnipresente desinfectante del hospital, le llegó el aroma de su piel. Se dio cuenta entonces de cuánto había echado de menos ese sutil olor a madera de cedro aderezado con algo indescriptible que era el propio aroma de ese hombre.

Orsino pasó el pulgar por el interior de su muñeca y trató de apartarse, pero sus dedos se aferraron con más intensidad aún. A pesar de su estado, seguía siendo mucho más fuerte.

–Suéltame, Orsino –le ordenó tratando de controlar su tono de voz.

Pero siguió sujetándola un segundo más, como si no quisiera soltarla. Hasta que lo hizo. Dio un paso atrás y se tocó con la otra mano la muñeca, en el lugar donde aún podía sentir su calor.

–¿Qué estabas haciendo en la montaña, Orsino? Era una escalada muy peligrosa.

–El peligro es parte del atractivo.

–Eso no es una respuesta.

Nunca había entendido su necesidad de ir siempre en busca de aventuras a cual más peligrosa.

–Era una expedición temeraria incluso para ti.

–No era temeridad, sino una actividad con riesgo. La escalada en hielo siempre lo es.

–Pues se ve que no calculaste bien el riesgo que tenía, ¿no, Orsino?

A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, odiaba que se arriesgara tanto.

–Nadie podría haber predicho la avalancha. No puedo adivinar el futuro, ¿sabes, Poppy?

No entendía lo que le estaba pasando, pero no podía evitar estremecerse cuando él decía su nombre. Estaba haciendo que despertara en su interior algo que ya había creído olvidado.

–Los expertos dicen que es imposible lograr terminar la escalada por donde lo tratabas de hacer y en las condiciones en las que tratabas de hacerlo.

–Es imposible hasta que alguien lo hace. Además, si lo hubiéramos conseguido, podríamos haber financiado una nueva clínica oftalmológica para decenas de familias de esa zona.

–¿Arriesgaste tu vida para poder abrir una clínica oftalmológica?

Ya había sabido que sus peligrosas aventuras le ayudaban a recaudar dinero para diversas causas, pero no pudo evitar sorprenderse.

–¿Por qué no? Es mejor que participar en campañas para lujosas firmas –le dijo Orsino.

–¿A qué te refieres?

–A nada –repuso él sin querer explicarse–. Lo que hago con mi tiempo es cosa mía. Solo mía.

Tenía que reconocer que era verdad. Así había sido siempre.

Cuando más lo había necesitado, cuando había estado desesperada por sentir sus abrazos, Orsino se había ido de su lado para participar en una de sus peligrosas aventuras. No le había importado lo suficiente como para apoyarla, había estado siempre demasiado ocupado con sus viajes.

–Bueno, no se trata solo de ti cuando pones en peligro la vida de otros. Como las de tu compañero de escalada y las de los hombres que os rescataron. Has sido muy egoísta.

–Michael se está recuperando muy bien –le dijo Orsino–. Y él conocía los riesgos. En cuanto al equipo de rescate, habíamos dejado instrucciones para que nadie intentara rescatarnos si algo salía mal. Sabemos que mucha gente ha muerto tratando de ayudar a escaladores extranjeros.

–Bueno, menos mal que ignoraron vuestras instrucciones –le dijo sin poder quitarse de la cabeza la imagen de Orsino atrapado en la

implacable montaña y enterrado bajo la nieve.

Vio que de repente sonreía. No podía dejar de mirarlo y se convenció de que no era una chispa de atracción lo que estaba sintiendo, que eso ya no era posible.

–No me estaba quejando. Son personas a las que conocíamos de expediciones anteriores, por eso no nos hicieron caso y fueron a buscarnos. Si le hubiera pasado algo a uno…

No terminó la frase. Orsino era el hombre más complicado, irrazonable y exasperante que había conocido en su vida. Le habría encantado despreciarlo por ser tan rico como para vivir sin trabajar, pero arriesgaba su vida a menudo con el fin de recaudar dinero para los demás.

Se dejó caer en el sillón para visitas que había junto a la cama. No le extrañaba nada que se sintiera confusa. Orsino Chatsfield siempre tenía ese efecto. Admiraba su conciencia social, pero estaba segura de que seguía siendo incapaz de ser un buen marido.

Era surrealista verse en esa situación y pensando de nuevo en el pasado. Hacía siglos que no se dejaba llevar por los recuerdos. Aunque su matrimonio hubiera sido un fracaso, ese hombre la seguía afectando, por eso le aterró saber que su vida estaba en peligro. No le pasaba con nadie más. Tenía facilidad para conseguir que se enfadara y también para hacerle mucho daño. No sabía por qué esas cosas no habían muerto cuando él dio por finalizada su relación.

Temió entonces que, a pesar de todo, no hubiera terminado todo entre ellos. Al menos no para ella, pero sacudió instintivamente la cabeza. No podía ser. Tenía que recordarse que era una mujer fuerte. Se había humillado hacía cinco años, dejándole mensajes, rogándole que la llamara, pero la había ignorado por completo.

Desde entonces, había tenido que recuperarse mientras hacía frente a la curiosidad de la prensa. Todo el mundo había querido saber más detalles sobre su ruptura y había sido muy duro.

A diferencia de Orsino, Poppy había tenido que volver enseguida al trabajo, no tenía la red de seguridad que a él le daba la riqueza de su familia. Le había costado mucho rehacer su vida y creía que se había convertido en una mujer más resistente y centrada.

Miró de nuevo a Orsino. A él le gustaba creer que aún tenía influencia en su vida, pero había perdido ese derecho hacía mucho tiempo.

Creía que ya no tenía ningún poder sobre ella. Y era eso algo que tenía que repetirse hasta creérselo de verdad y hacer todo lo posible por ignorar cómo reaccionaba aún su traidor cuerpo cuando estaba cerca de él.

–¿Sigues ahí? –le preguntó Orsino de repente.

Le pareció notar algo de vulnerabilidad en su voz. Le extrañaba que

alguien como él, que se había enfrentado a la muerte en esa escalada, pudiera temer quedarse solo en el hospital.

–¿Por qué les diste mi nombre para que me avisaran? Y no me cuentes de nuevo que porque yo soy tu pariente más cercano, no me lo creo.

–Ya te lo dije. Necesito a alguien que esté conmigo mientras me recupero.

–¿Por qué yo, Orsino?

–¿Por qué no? –replicó él–. Después de todo, me lo debes.

–¿Te lo debo? –repitió indignada.

No pudo evitar sonrojarse. Estaba tan molesta como lo había estado hacía cinco años y recordó lo que había hecho ella para, aparentemente, merecer su odio. Pero él nunca había admitido que también había tenido parte de culpa en lo que había pasado. No quería entenderlo.

–No te debo nada, Orsino.

–Eso dices, pero ¿qué pensarían tus admiradores si supieran por qué nos separamos?

–¿Estás tratando de chantajearme? –le preguntó atónita–. ¿Por qué después de tanto tiempo?

–¿Chantajearte? Solo espero que te comportes como debes y cuides de tu marido.

–No tengo tiempo ni ganas para continuar con esta discusión –le dijo levantándose y tomando su bolso–. Cuenta lo que quieras de nuestra separación, Orsino. No me importa.

Era mentira. Si se extendían rumores negativos sobre ella, su vida volvería a ser de nuevo un infierno. Y si los reportajes comparaban esas historias con fotos del heroico Orsino en el hospital, su reputación quedaría por los suelos. Sabía que perjudicaría a su carrera.

–¡Espera!

Su tono urgente la detuvo cuando ya estaba en la puerta de la habitación.

–Tengo una propuesta para ti.

Se volvió de mala gana y vio que parecía más pálido que antes. Apretaba los labios como si tuviera muchos dolores. Se preguntó si debía llamar a la enfermera.

–No quiero que me lleven a una residencia, necesito tener privacidad –le dijo Orsino.

–¿Y?

Sabía que tenía el dinero para contar con el mejor cuidado médico en su propia casa.

–¿Por qué no le pides a una de tus conquistas que cuide de ti?

Cada vez que las revistas publicaban fotografías de Orsino lo hacían

con una hermosa mujer a su lado, una diferente cada semana.

–¿Por qué no esa tal Amindra con la que me confundiste? Seguro que le encantará ayudarte.

Orsino se echó a reír y ese sonido, cálido y lleno de vida, hizo que le temblaran las rodillas.

–Ahora entiendo tu mal humor… ¿Estás celosa?

–Por supuesto que no –repuso–. Bueno, me voy. Tengo que encontrar un vuelo de regreso.

No le dio tiempo a dar más de un paso cuando él volvió a hablar.

–Amindra es una de las enfermeras. Estoy seguro de que le encantaría tener la oportunidad de ganar algo de dinero extra, pero no si tiene que dejar desatendidos a sus hijos y nietos.

–¿Es una enfermera?

–¿A quién crees que podría haber conocido en estas condiciones?

Oyó por primera vez amargura en la voz de Orsino mientras se pasaba la mano por su torso vendado. Apenas parecía capaz de contener la frustración que estaba sintiendo. Sabía que debía de ser muy difícil para un hombre tan activo como Orsino tener que estar en el hospital.

–Cuida de mí durante un par de semanas y, después, te dejaré en paz.

Poppy lo miró fijamente. Odiaba no poder ver su cara, no saber qué estaba pensando.

–Te concederé el divorcio –agregó Orsino.

–Pero ¿por qué ahora? ¿Por qué después de tanto tiempo?

Orsino se encogió de hombros otra vez y ella recordó entonces cuánto le habían fascinado siempre esos gestos puramente mediterráneos que asomaban de vez en cuando al hablar, como cuando usaba de manera muy expresiva sus manos. Ese hombre era una intrigante combinación de atractivos rasgos italianos y el carácter reservado de los ingleses. Un recordatorio de su madre italiana y padre británico.

–Eso es lo que quieres, ¿no?

Lo miró. Le estaba ofreciendo un divorcio fácil. Pero no sabía si lo hacía porque eso era lo que quería o porque pensaba que lo quería ella. Se preguntó si querría el divorcio porque había encontrado a alguien con quien quería casarse.

–¿Por qué iba a molestarme tanto para conseguir el divorcio cuando me bastaría con contratar a un buen abogado?

–Porque tengo el poder de hacer que el divorcio sea fácil para ti o todo lo contrario. Puedo hacer que el proceso sea duro, costoso, largo y muy, muy público.

No podía creerse que la estuviera amenazando de esa manera. Estuvo a punto de preguntarle por qué no se había divorciado aún de

ella, por qué había esperado tanto. Pero no quería que Orsino le hiciera la misma pregunta.

–A menos que, en realidad, no quieras divorciarte, claro –le susurró él.

Se quedaron en silencio. Un silencio lleno de debilidades que ya creía haber superado hacía años. El divorcio significaría el fin definitivo de su relación, ya no habría motivo para pensar, como aún hacía de vez en cuando, en lo que podría haber sido.

Creía que el divorcio la liberaría para siempre. Porque, aunque ya se había creído libre de él, la reacción que había tenido al verlo de nuevo, le había dejado muy claro que en realidad no era así. Era el último paso que tenía que dar porque, aunque ese hombre había destrozado sus sueños, aún le quedaban en su corazón restos de emociones que se negaban a desaparecer.

Estaba segura de que le bastaría con pasar un par de semanas con ese hombre arrogante y egoísta para librarse de esas últimas dudas. Sabía que iba a ser un infierno, pero creía que valdría la pena si así podía librarse por fin de él.

Se acercó al borde de la cama y vio que giraba hacia ella la cabeza.

–Acepto el trato, Orsino. Te daré un par de semanas por los viejos tiempos y, después, no quiero volver a verte.

Capítulo 3

Aunque el médico estaba teniendo mucho cuidado al explorarle, el dolor que sentía era inmenso.

–¿Cuánto tiempo tardaré en recuperarme del todo? –le preguntó Orsino.

Además de los dolores que tenía, aún estaba lidiando con las inesperadas emociones que había sentido al ver de nuevo a Poppy esa mañana. Se sentía como si estuviera en carne viva y sabía que no estaba así solo por las heridas del accidente.

Durante el tiempo que estuvo atrapado en la montaña, había llegado a pensar que una muerte por congelación no era lo peor que le podía pasar. Sabía que su cuerpo se iba a ir entumeciendo y que después perdería la consciencia, pero su cerebro no le había permitido rendirse. Había oído entonces una voz en su cabeza, siempre la voz de Poppy, insistiéndole una y otra vez para que siguiera luchando por su vida. Se había dado cuenta después de que los rescataran de que no iba a poder seguir con su vida hasta que dieran por terminado lo que había entre ellos.

–El brazo tardará un mes más o menos en recuperarse del todo, aunque puede que persistan los síntomas en esta mano. Pasó demasiado tiempo en el hielo.

El médico anotó algo en su informe y Orsino se dijo que tenía suerte de poder ver al menos el movimiento y entender lo que estaba haciendo el médico. No veía bien, pero al menos veía algo. La perspectiva de una posible ceguera le había aterrorizado.

–Preferiría que se quedara en el hospital más tiempo –añadió el médico.

Orsino abrió la boca para protestar, pero el doctor volvió a hablar.

–Lo sé, lo sé. No va a hacerlo. Como insiste en pedir el alta voluntaria, prepararé un detallado informe para que su médico pueda hacerle el seguimiento de la recuperación.

Le gustaba que el médico fuera directo con él. Estaba harto del tono siempre optimista con el que las enfermeras evitaban responder a sus preguntas.

–Tendrá que tener cuidado con las costillas durante algún tiempo. En cuanto al resto de traumatismos y hematomas, están curando bien.

–¿Y mis ojos?

El médico se quedó callado y Orsino trató de no pensar en lo que significaba ese silencio. Sabía que había superado muchos obstáculos desde que sacara a Michael a rastras de debajo del hielo. Entonces, habían estado medio congelados y, fuera cual fuera el pronóstico, tenía que dar gracias al cielo por la suerte que habían tenido.

–Lo de la vista es más complicado. Como le he comentado anteriormente, la ceguera de la nieve por lo general no suele durar. Pero en algunos casos, como en el suyo, puede haber daños a largo plazo. La lesión que sufrió en la cabeza no hace sino empeorar la situación.

–Pero ¿me recuperaré?

El médico volvió a quedarse en silencio unos segundos y Orsino respiró hondo mientras luchaba contra el pánico que empezaba a sentir.

–Tengo la esperanza de que recobrará la vista.

–Pero…

–Pero no sé el tiempo que tardará en conseguirlo o si la recuperación será completa. Conozco a un excelente especialista en Francia que podrá encargarse de su caso.

Orsino le dio las gracias y el médico salió poco después de la habitación.

Creía que era muy irónico que se hubiera dañado la vista mientras trataba de recaudar dinero para una clínica oftalmológica. Aunque tenía que reconocer que la clínica no había sido su verdadero impulso para hacer esa escalada tan peligrosa, sino que lo había sido su padre.

Durante esos años, había participado en aventuras cada vez más temerarias, tratando de escapar del dolor que le había producido el fin de su matrimonio y la traición de Poppy.

A los medios de comunicación les habían encantado sus aventuras y decidió entonces que tenía la oportunidad de utilizar su afición para conseguir cambiar las vidas de aquellos que necesitaban ayuda. Sus hazañas atraían donantes con los que apoyaba una gran variedad de causas distintas. Por primera vez, había tenido un propósito real en su vida.

Al menos hasta que despertó el interés de su padre, Gene Chatsfield. Le bastaba con pensar en él para que le costara controlar la frustración que sentía. Si su padre se hubiera querido reconciliar con él, Orsino habría estado dispuesto a poner de su parte, pero solo le había interesado por motivos puramente comerciales.

Le había ofrecido que se convirtiera en la cara pública de su cadena de hoteles de lujo, que estaban en esos momentos renovando para tratar de recuperar el prestigio perdido durante la última década.

La oferta de su padre había manchado todo lo que Orsino había tratado de construir. Había sido algo que le había dado gran

satisfacción y un motivo por el que seguir adelante, se negaba a que lo usaran para atraer a la gente.

Cuando Orsino se negó a hacerlo, su padre lo amenazó con dejar de recibir dinero del fondo fiduciario de la familia. Le dolía que lo hubiera tratado como si fuera un chico inexperto al que podía manipular fácilmente. Tenía claro que no lo conocía en absoluto. En veintiocho años, había aprendido lo suficiente sobre inversiones como para construir su propia fortuna a parte de lo que recibía de su familia. De hecho, vivía de sus propios ingresos y el dinero del fondo fiduciario lo donaba a distintas organizaciones benéficas.

Había tenido una juventud bastante salvaje, algo que también habían hecho antes que él sus hermanos, pero su padre parecía seguir pensando que tenía dieciocho años.

En última instancia, había tomado la decisión de participar en esa arriesgada escaldada para demostrarle a su padre hasta qué punto despreciaba sus manipulaciones.

Apartó las sábanas y se sentó en la cama. Estaba harto de verse confinado a esa habitación. Se prometió que no iba a dejar que las emociones dictaran sus actos. Creía que por eso estaba donde estaba en esos momentos.

En cuanto a Poppy… Esa mujer le hacía perder el control, como si no fuera dueño de su propio destino. Suponía una amenaza más grande aún que la de su padre. Era un punto débil con el que tenía que enfrentarse. Creía que solo después de hacerlo podría seguir adelante con su vida.

Respiró lentamente y plantó despacio los pies en el suelo mientras ignoraba el fuerte dolor que sentía por todo el cuerpo.

Había llegado el momento de poner en funcionamiento su plan.

El grupo de periodistas que la esperaba frente a la puerta del hospital era aún más grande cuando Poppy volvió. Tras años de práctica, había aprendido a mantenerse en movimiento y pasar a su lado sin mirarlos ni responder, pero sus preguntas sobre una posible reconciliación con Orsino habían conseguido sacudirla por completo.

Una vez dentro del hospital, tuvo que detenerse un momento para respirar profundamente.

«¿Que si me voy a reconciliar con Orsino? ¡De ninguna manera!», se dijo. Pero tampoco podía olvidar que seguía siendo su marido.

Se sintió de repente como la Poppy que había sido en el pasado, una mujer que había creído que ya no existía, la misma que el día anterior había respondido ante la profunda voz de Orsino como lo había hecho hacía años. La misma Poppy a la que se le había acelerado el pulso cuando él la había tocado. La misma que se había quedado

completamente destrozada cuando él se fue de su lado.

No pudo evitar estremecerse. Tenía que recordar que ella ya no era esa chica.

Había rehecho su vida y era una persona fuerte, independiente y exitosa. No iba a permitir que ningún hombre volviera a tomar las riendas de su vida. Era algo que le había pasado también a su madre y no pensaba volver a ponerse en una situación tan vulnerable.

Creía que su relación con Orsino había sido un error desde el principio, una prueba más de que debía evitar a toda costa el amor, una emoción que solo conseguía debilitar a las personas.

Respiró profundamente, estaba lista para enfrentarse a Orsino. Además, a pesar de todos sus defectos y lo que odiaba recordar el pasado, no podía evitar compadecerlo en esos momentos.

Llegó a la puerta de Orsino, llamó con los nudillos y entró. No estaba allí y, durante un segundo, temió que le hubiera pasado algo.

–Llegas tarde.

Se llevó la mano al pecho y se dio la vuelta con el corazón a mil por hora. Orsino la miraba desde una silla de ruedas. Ya no tenía vendas en los ojos, pero llevaba unas gafas muy oscuras.

–Tus ojos… –susurró.

Orsino no dijo nada, se limitó que seguir observándola. Se preguntó si de verdad podría verla o si se habría quedado ciego.

Tenía un nudo en la garganta, no podía hablar. Y él siguió sin aclararle nada.

Le habían quitado la mayoría de los vendajes de la cabeza, solo le quedaba uno. Aunque no podía ver aún todo su rostro, lo habría reconocido en cualquier parte. Se sabía de memoria esos pómulos, su nariz y esa mandíbula fuerte y cuadrada.

Se dijo a sí misma que era natural recordar tanto. Después de todo, Orsino había sido su primer amante.

Aunque el plan había sido volver a Francia ese mismo día, le sorprendió verlo ya vestido con ropa de calle. La imagen de Orsino envuelto en vendajes la había perseguido durante una larga noche de insomnio.

Llevaba una chaqueta informal sobre los hombros, cubriendo parcialmente su cabestrillo, y una camisa vaquera. Los pantalones se aferraban a sus muslos largos y sólidos.

Le dolía verlo así, pero no podía dejarse llevar por las emociones.

–Supongo que habrán tenido que cortarte la manga para ponerte la camisa –le dijo ella para llenar el silencio.

–Solo una modelo se fijaría antes que nada en mi ropa –repuso Orsino en un tono acusatorio.

Apretó indignada los labios, le dolía que la tratara de ese modo. No sabía cómo iba a sobrevivir un par de semanas con él. Su instinto le

decía que debía salir corriendo, que no debía importarle lo que Orsino pudiera contarle a la prensa sobre su ruptura.

Pensó que no era demasiado tarde para echarse atrás. El problema era que estaba decidida a no volver a mostrarse vulnerable delante de él. Y, si le decía que no quería seguir adelante con el acuerdo, Orsino iba a saber que era por debilidad.

Tenía que enfrentarse a él y demostrarse a sí misma que esos sentimientos eran meros fantasmas del pasado, recuerdos de lo que habían tenido.

Creía que era lo bastante mujer para hacerle frente a él. Después de lo que había pasado, podía soportar que tratara de reírse de ella.

–¿Qué preferirías? ¿Que estuviera encima de ti todo el día como si fuera una enfermera? –le preguntó mientras se acercaba un poco más a él.

Trataba de encontrar alguna señal que le indicara que podía verla, pero el rostro de Orsino permaneció impasible. Le angustiaba la posibilidad de que no pudiera ver, de que nunca recuperara la vista por completo.

–Si lo que querías era alguien que te mime y suspire por ti, has elegido a la mujer equivocada. Llama a una de tus amigas.

–Veo que has decidido sacar las uñas –repuso Orsino.

Poppy se encogió de hombros.

–No, nada de uñas. No estoy lo suficientemente implicada emocionalmente como para sacar las uñas –le dijo ella tratando de sonar segura–. Si he aceptado el trato, es porque me espera la increíble perspectiva de un futuro sin ti. Además, por muy mala imagen que tengas de mí, no soy el tipo de persona capaz de machacar a un hombre en sus horas más bajas.

Por mucho que se lo mereciera ese hombre en particular.

–Así que dime, Orsino, ¿qué te han dicho los médicos? Necesito tener toda la información si voy a ayudarte.

Verlo en la silla de ruedas no hizo nada para disipar su preocupación. Se preguntó si se habría dañado la columna vertebral en la montaña. Fue una idea que la dejó helada.

–Me han aconsejado que debo tener paciencia –murmuró Orsino.

No le extrañaba que estuviera de mal humor. Ya imaginaba que el dolor debía de ser insoportable, pero aún era peor tener que esperar tanto tiempo para recuperarse, sobre todo para un hombre como Orsino.

–Ya veo… –susurró ella.

–Me alegra que uno de los dos pueda hacerlo –repuso Orsino con ironía.

Se le acercó un poco más sin dejar de mirar esas gafas oscuras.

–¿No puedes ver nada?

–Digamos que no voy a poder conducir durante bastante tiempo.

Contuvo el aliento al oírlo. Abrió la boca para animarlo, pero decidió no hacerlo, sabía que Orsino iba a rechazar su compasión.

–Si estás completamente ciego, Orsino, necesito saberlo. Estoy trabajando en una campaña muy importante –le dijo ella–. Vas a pasar muchas horas solo, aunque estaré cerca. Si no puedes ver, vas a necesitar un cuidador a tiempo completo.

Orsino le dedicó una sonrisa malévola.

–Claro, no puedes dejar que yo interfiera con tu importante carrera –repuso.

No quería discutir con él sobre su trabajo. Orsino había perdido el derecho a darle su opinión hacía ya unos años.

–No vas a conseguir provocarme para que discuta, Orsino. Sé que sufres y que estás asustado, pero no voy a dejar que lo pagues conmigo.

Notó que contenía el aliento. Creía que ya era hora de que alguien le dijera la verdad.

–No soy tu chivo expiatorio –agregó cruzándose de brazos–. O lo tienes claro o no hay trato. Ya he interrumpido una sesión de fotos muy cara para estar aquí, así que cambia de actitud –le dijo con seguridad–. No espero gratitud, pero sí respeto y educación.

Orsino se inclinó hacia delante como si estuviera estudiando su rostro.

–Has cambiado –le dijo unos segundos después.

Pero no habría podido decir si había aprobación o pesar en su voz.

–¡Eso espero!

Creía que había sido una joven demasiado ingenua cuando se conocieron. Se había dejado llevar por una fantasía de lo que había creído que era amor y no se había dado cuenta de que había dejado de lado su sentido común hasta que fue demasiado tarde.

–¿Respeto y educación? Supongo que puedo hacerlo –le dijo él–. Si lo haces tú.

Orsino se encogió de hombros y ella se quedó de nuevo ensimismada mirando lo anchos que eran. Incluso en una silla de ruedas, ese hombre emanaba masculinidad por los cuatro costados. Creía que era una suerte que fuera ya inmune a él…

–Y sigues sin responder a mi pregunta. ¿Puedes ver? –insistió Poppy.

Orsino miró a la esbelta mujer delante de él. Le estaba quedando una cosa muy clara. Él no había sido capaz de olvidar por completo el pasado, pero ella tampoco.

Aunque apenas podía ver, se dio cuenta de que Poppy estaba muy

tensa, con los hombros encorvados y los brazos cruzados sobre el pecho. Él aún tenía la capacidad de irritarla.

Pero también pudo percibir otras cosas, como su belleza natural. No necesitaba maquillaje ni una iluminación especial y, muy a su pesar, no era inmune a ella. Sintió cómo se agitaban partes de su cuerpo que había creído dormidas.

Su mirada se detuvo en la elegante curva de su cuello y en su mandíbula. Y esa exuberante boca… A Poppy siempre le había parecido que era demasiado pequeña, pero él creía que era perfecta. Tenía además unos ojos impresionantes en los que se había perdido una y otra vez cuando hacían el amor. Le avergonzaba ver que, a pesar del tiempo que había pasado, aún lo recordaba.

–Puedo ver algo, pero poco –admitió al final.

No sabía si de verdad había estado viendo los rasgos de Poppy cuando la miraba o si eran sus recuerdos los que completaban lo que veía. Cuando miraba hacia la ventana podía distinguir zonas oscuras y claras, formas y algunas sombras, pero no veía la imagen tan clara como cuando la miraba a ella.

–Lo veo todo distorsionado y soy demasiado sensible a la luz. Como te he dicho, tendré que esperar bastante antes de volver a conducir.

Trataba de controlar el miedo que tenía, pero sabía que corría el peligro de que sus problemas de vista fueran permanentes. Se frotó la mandíbula con la mano que tenía libre. Iba a necesitar ayuda incluso para afeitarse.

–Pero me las arreglaré bien mientras estés trabajando.

Trato de sonar más seguro de lo que lo estaba.

No entendía lo que le pasaba, era como si tuviera continuamente los sentimientos y las emociones a flor de piel. Pensó que quizás estuviera así porque se había enfrentado a la posibilidad de morir en la montaña.

–¿Y la silla de ruedas? ¿La vas a necesitar hasta subir al avión?

Las preguntas de Poppy iban hiriendo poco a poco su orgullo. Odiaba estar en esa situación y no valerse por sí mismo.

Por otra parte, sabía que no se lo preguntaba porque estuviera preocupada sino porque no quería tener que ayudarle si no era necesario. Y, aunque trataba de ser fuerte, le dolía.

Sabía que era absurdo. Después de todo, estaba acostumbrado a arreglárselas sin la ayuda de nadie. Lucca y él se habían criado prácticamente solos, sin el cuidado de sus padres. Con todo el dinero del mundo, pero habían tenido que valerse por sí mismos.

Había aprendido a no esperar la compasión de nadie y, menos aún, de su esposa. Se preguntó si habría llegado de verdad a importarle o si solo se habría casado con él para obtener dinero y la fama. La pregunta lo corroía por dentro y tenía la intención de descubrir la

respuesta.

–Ya te estás imaginando las fotos, ¿verdad? Tú, empujando la silla como la valiente esposa que acude en ayuda de su incapacitado marido.

Pero Poppy no mordió el anzuelo. Se quedó en silencio e inmóvil y se le quitaron las ganas de seguir provocándola, estaba demasiado cansado.

–Puedo caminar, pero con mis problemas de vista… El personal del hospital ha insistido. La usaré hasta la entrada. Después, iré andando al coche.

Solo esperaba no hacer el ridículo entonces. Vestirse le había costado más de lo que había previsto.

–Con el brazo en cabestrillo no puedo empujar las ruedas. Si no te importa…

–No, claro que no –replicó Poppy colocándose tras él.

El movimiento hizo que le llegara de nuevo su aroma a frambuesas, pero trató de ignorarlo. Todo el personal que lo había atendido se acercó a despedirlo. Cuando llegaron a la entrada, se puso de pie con cuidado. Le crujía todo el cuerpo, como si fuera un viejo.

–¿Seguro que estás en condiciones de andar? –le preguntó Amindra.

Era su enfermera favorita. Buscó a tientas su mano. Esa mujer le había dado más atención y cariño que su propia madre. Le costaba creer que Poppy hubiera podido sentir celos por ella.

–Por supuesto, Amindra. Gracias por tus cuidados. Volveré cuando me recupere para agradeceros como Dios manda lo que habéis hecho por mí.

La mujer colocó la mano de Orsino sobre la empuñadura de un bastón.

–Por aquí –le dijo Poppy acercándose a él de nuevo.

Hizo un amplio gesto con la mano que pudo distinguir y no tardó en encontrar la puerta. Caminó lentamente a su lado, apretando con fuerza el bastón. Era un gran esfuerzo para su cuerpo.

Se abrió entonces la puerta. Vaciló un segundo y luego salió, disfrutando del cóctel de aromas que lo bombardeó. Olía al humo de los coches, a polvo y a comida picante. Era muy distinto al olor del hospital. Y el ruido de esa bulliciosa ciudad era tremendo, se sintió un poco mareado.

Aunque no hubiera querido admitirlo, había temido no llegar nunca a salir con vida de ese hospital y en ese momento se estaba quitando un gran peso de encima.

–¡Orsino! ¡Orsino!

Parpadeó e intentó centrarse en los rostros que le rodeaban, pero no pudo. Tenía el corazón a mil por hora y un sudor frío en la frente. Sintió que comenzaba a dominarlo algo muy parecido al pánico.

Pero una mano agarró en ese instante su brazo. Era Poppy, estaba junto a él.

Respiró profundamente. Le costaba admitirlo, pero se sintió mejor al ver que no estaba solo. Le molestaba saber que Poppy habría notado cómo le temblaba el brazo y que fuera precisamente la compañía de esa mujer la que había conseguido tranquilizarlo.

Su plan había sido conseguir que Poppy tuviera que atender todos sus caprichos hasta que recobrara las fuerzas, no había contado con que lo viera así, tan frágil y perdido. No quería que supiera cuánto la necesitaba. Su orgullo no lo soportaba.

No podía ignorar el calor que le transmitía esa mano a través de la manga de su chaqueta ni cómo reaccionaba su cuerpo cuando Poppy estaba cerca.

Siguieron caminando lentamente; las voces de los periodistas eran cada vez más estridentes.

–¿Puede ver, Orsino?

–¿Es verdad que estuvo a punto de morir?

–¿Van a reconciliarse? ¿Sigue enamorado de ella?

–¿Por qué no se besan para la cámara?

No dejaban de hacerles preguntas.

–El coche está cerca, sigue recto –le susurró Poppy.

Su tono era completamente frío. No parecía nerviosa ni lo compadecía. Era como si le estuviera hablando a un desconocido.

No había esperado que Poppy sintiera nada. Sabía cómo era desde aquella noche de hacía cinco años, cuando descubrió qué tipo de persona era.

Se dio cuenta de que había estado equivocado en el hospital cuando imaginó que aún conseguía afectarla lo suficiente como para molestarla con sus comentarios. No significaba nada para ella y no entendía por qué le importaba.

Suponía que tenía mucho que ver con lo que había vivido en la montaña, cuando se había enfrentado a la terrible verdad de que una parte de él seguía conectado a ella. Tenía una herida en su interior que había creído curada, pero no era así. Llevaba muchos años sintiendo resentimiento hacia esa mujer.

Alguien les empujó y se le cayó el bastón. Extendió la mano y se encontró con una prenda de suave cachemira y un cabello aún más suave.

–Eso es todo, Orsino, solo un beso –insistió un paparazi a su lado.

–No te muevas, ahora te doy el bastón –le dijo Poppy con el mismo tono frío.

Sabía que para ella no era más que una molestia, una responsabilidad hasta que consiguiera el divorcio.

Cinco años antes, Poppy había conseguido tomarle el pelo. Ahora,

cuando la había chantajeado para que hiciera lo que él quería, no había conseguido hacer mella en la confianza que tenía en sí misma ni en sus emociones.

Estaba furioso, odiaba no ser capaz de conseguir que reaccionara.

Soltó el cabello de Poppy. Pero, antes de que pudiera apartarse de él, llevó la mano a la parte posterior de su cabeza y sintió que Poppy se ponía tensa.

–Orsino… –susurró con voz temblorosa.

Le gustó ver que por fin conseguía algún tipo de reacción.

Se miró en sus ojos, la abrazó con fuerza y la besó.

Capítulo 4

Poppy podría haberse apartado de él. Sabía que debería hacerlo. Después de todo, la sujetaba solo con un brazo.

Por eso no entendía por qué no puso distancia entre los dos cuando vio que intentaba besarla.

El contacto con sus labios le hizo recordar la primera vez que se besaron, cómo Orsino la había abrazado y le había hecho olvidar el resto del mundo. La pasión que había entre ellos era tan fuerte que ninguno de los dos parecía ser capaz de controlarla. Aun así, él la había besado con una dulzura y una ternura que le habían resultado más devastadoras que la caricia más apasionada. Orsino había conseguido seducirla con un simple beso.

En esos momentos, mientras la besaba frente a los periodistas, sintió que desparecerían de repente los años y volvía al pasado. Se sentía casi como si la estuviera besando por primera vez.

No pudo evitar sentir un escalofrío por la espalda y todas sus terminaciones nerviosas se despertaron de repente. Orsino pasó la lengua por sus labios, tratando de seducirla, y sintió cómo reaccionaba su cuerpo. Lo sintió en la boca, en el hormigueo en sus tensos pezones y en el resto de su ser.

Él deslizó la mano por su pelo, fue una sensación tremendamente erótica.

El corazón le latía con fuerza, cerró los ojos y dejó de luchar contra lo que estaba pasando.

Las sensaciones la inundaron, podía oír los latidos de su corazón y se dejó llevar por el sabor de esos besos, un sabor delicioso a chocolate y especias que le resultaba muy familiar.

Orsino se le acercó más aún y recobró en ese instante el sentido común. Se echó hacia atrás y lo miró con los ojos muy abiertos. Le costaba creer que su cuerpo la hubiera traicionado de esa manera.

Pero no podía saber lo que estaba pensando él, no cuando seguía con esas oscuras e impenetrables gafas. Seguía sin creerse lo que acababa de pasar.

Dio un paso tambaleante hacia atrás. Tenía el pulso acelerado y le costaba respirar con normalidad.

Se quedó inmóvil, rodeados los dos por un enjambre de cámaras que los fotógrafos disparaban sin parar y de periodistas haciéndoles mil

preguntas.

Lo que acababa de ocurrir era extraño. No entendía lo que había pasado ni por qué había reaccionado como lo había hecho, con deseo.

Había estado segura de que Orsino ya no tenía ese poder sobre ella, que lo había superado todo y ya no le atraía. Pero, al parecer, su cuerpo aún no se había enterado. No quería ni pensar en lo que podría haber pasado si Orsino hubiera contado con sus dos manos en vez de solo con una.

Quería salir de allí corriendo y no escuchar las preguntas de la prensa, pero no había escapatoria. Ni de los periodistas, ni de la verdad.

Orsino la había besado y ella, no solo se lo había permitido, sino que le había devuelto el beso como si lo hubiera estado deseando, como si ese hombre pudiera hacer con ella lo que quisiera, como si hubiera olvidado ya lo que Orsino le había hecho.

Como si fuera cualquiera de esas mujeres con las que solía verlo en las revistas, una joven con ganas de hacerse famosa por asociación con el atractivo y carismático Orsino Chatsfield.

Era como si no hubiera aprendido nada.

Aunque no pudiera contar con la lealtad de su cuerpo, que la había traicionado de nuevo, creía que tenía el suficiente sentido común como para no seguir los pasos de su madre, que había sido incapaz de romper con un hombre que no había sido bueno para ella.

Se le hizo un nudo en la garganta al pensar en ello. Estaba avergonzada.

Recogió rápidamente el bastón de Orsino y se lo entregó. Ignoró a los periodistas y sus incómodas preguntas. A pesar del bullicio, sentía que Orsino y ella estaban lejos de allí, en otro mundo, casi en otra dimensión. No sabía qué estaría pensando, parecía tan impasible…

Lo condujo como pudo hacia el coche. No se le había olvidado lo tenso que había estado al salir del hospital ni cómo le había temblado el brazo. Había sido tan tonta entonces como para sentir pena por él al ver lo pálido que estaba.

No pensaba volver a caer en esa trampa.

Se recordó que ella no era como su madre y no iba a dejar que ese hombre hiciera con ella lo que quisiera solo porque lo compadecía. Sabía que ella no era tan autodestructiva.

–El coche está solo a un par de metros –le dijo.

Se abrió paso entre la multitud y no tardaron en llegar al vehículo, donde los esperaba ya el conductor.

Hicieron en silencio el trayecto hasta al aeropuerto. Abrió un par de veces la boca para mostrarle su indignación, pero no estaban solos y pensó que era mejor callarse. Sabía que las fotos del beso no tardarían mucho en aparecer en la prensa de todo el mundo. Lo último que

necesitaba era que el conductor fuera testigo de una de sus peleas.

Estaba muy enfadada consigo misma. No entendía por qué había dejado que Orsino la besara. Desde entonces, estaba nerviosa, tenía una sensación extraña en el estómago y esperaba que no fuera emoción por lo que acababa de pasar.

Era incapaz de tranquilizarse ni de controlar los escalofríos que recorrían su espalda.

Cuando por fin llegaron al aeropuerto, el coche no los llevó a la terminal, sino que entraron por una entrada privada. Pasaron la zona de seguridad y se dirigieron a la pista donde los esperaba un elegante avión.

–¿Vamos en un jet privado? ¿Es así como viajas ahora?

–Por lo general no, pero me pareció lo más conveniente en estas circunstancias –le dijo Orsino.

Parecía tranquilo, como si no le afectara nada lo que había ocurrido frente al hospital. Al menos en apariencia, ni se arrepentía ni le preocupaba.

Le habría encantado poder ser como él.

–Supongo que le va muy bien a la cadena hotelera –repuso ella saliendo del coche.

–No lo sé, no trabajo para la empresa familiar.

Algo en su voz hizo que se volviera para mirarlo. Le pareció que hacía una mueca despectiva al nombrar a la compañía de su familia. Y vio que tenía la mano apretada en un puño. Era como si no fuera consciente de que le estaba dejando ver lo que sentía.

–Ya sé que no tienes que trabajar, Orsino –le dijo tratando de parecer tranquila–. Pero la fortuna de tu familia viene de los hoteles. Es lo mismo.

Orsino abrió la boca como si fuera a protestar, pero no lo hizo.

–El avión es de un amigo –le dijo después.

Se dio cuenta de que no quería hablarle de la empresa familiar. Estuvo a punto de insistir, pero al final se encogió de hombros. Después de todo, no le interesaba lo que pudiera preocuparle a ese hombre.

Veinte minutos más tarde, se quedaron por fin solos. El avión había despegado y la azafata se había retirado después de servirles unas bebidas.

–¿En qué demonios estabas pensando para hacer lo que hiciste, Orsino? –le preguntó indignada.

–¿Cómo? –repuso él volviendo la cabeza hacia ella.

–Sabes muy bien de lo que hablo.

–¿Te refieres al beso?

–Por supuesto –respondió ella sin poder evitar sonrojarse–. ¿Cómo se te ocurrió que tenías derecho a hacer algo así?

Aunque seguía con las gafas puestas, vio que arqueaba una ceja.
–¿No me da derecho a ello ser tu marido? –le preguntó Orsino.
–¡Mi marido! –repitió fuera de sí.
Trató de levantarse, pero se dio cuenta de que tenía aún puesto el cinturón de seguridad. Se lo quitó y se puso en pie, acercándose con paso decidido al otro lado de la cabina, donde estaba él.
–¿Cuántas veces tenemos que hablar de lo mismo? Ya no eres mi marido.
Orsino levantó lentamente la cabeza hacia ella. No pudo evitar estremecerse al ver que la miraba de arriba abajo. Sintió que se sonrojaba más aún.
Se preguntó si de verdad la vería o si le estaría tomando el pelo. De un modo u otro, tenía que reconocer que le había afectado que la mirara de ese modo.
Le entraron ganas de estrangularlo. No era violenta, pero Orsino sacaba siempre lo peor de ella. También había conseguido que sus reacciones, para bien o para mal, fueran más intensas que con cualquier otro hombre. Le había pasado lo mismo cuando la dejó, el dolor había sido insoportable.
–¿No te gustó que te besara? –le preguntó Orsino fingiendo desconcierto.
Pero no podía engañarla, vio que estaba conteniendo una sonrisa.
–¡Cualquiera lo diría! –agregó él.
Se alejó de él, pero estaba demasiado nerviosa para sentarse.
–No, claro que no. Espero que no se repita. Prefiero que me bese solo quien yo decida.
Orsino se quedó en silencio unos segundos.
–¿Y ese tiene nombre o quieres que trate de adivinarlo?
–No es asunto tuyo –repuso con más seguridad de la que sentía.
No podía creer que se atreviera a entrometerse en su vida privada después de tanto tiempo.
Vio que le dedicaba una sonrisa maliciosa y volvió a estremecerse.
–Si tratas de verte con él mientras estemos juntos, sí va a ser asunto mío.
Lo miró con el ceño fruncido. No podía creer que se atreviera a hablarle así.
–¡Un momento! ¿Qué es eso de «mientras estemos juntos»? No vamos a estar juntos. Voy a dejar que te quedes conmigo un par de semanas, eso es todo. Lo que haga o con quien salga no es asunto tuyo, Orsino.
–Puede que no –repuso él tomando un sorbo de su copa–. Pero la prensa va a hacer todo lo posible por descubrir todos los detalles sobre ese misterioso hombre. Imagínate las consecuencias que tendrá para ti y tu carrera cuando salga la noticia y las revistas hablen de cómo

mantienes una relación con otro hombre mientras cuidas de tu pobre marido.

–¡Eres…! ¡Eres un…! –exclamó fuera de sí.

–Me limito a explicarte cómo van a ser las cosas. Ya sabes cómo son los paparazis –le dijo Orsino–. Bueno, ¿me lo vas a presentar? ¿Participa también en esa campaña tan importante?

Lo miró con incredulidad. No sabía qué le hacía pensar que le bastaba con preguntarle para que ella le hablara de temas personales.

–Pareces muy interesado en mi vida amorosa –replicó ella.

Orsino no dijo nada, pero vio que apretaba los labios.

Frunció el ceño. No entendía por qué parecía interesarle si ella estaba con alguien. Después de todo, no le había preocupado durante los últimos cinco años.

Recordó las decenas de llamadas que Orsino ignoró y todos esos correos electrónicos que tampoco contestó. Desconfiaba de él. No entendía ese repentino interés por su vida personal.

–¿Qué te traes entre manos, Orsino? ¿Acaso quieres que parezca que nos hemos reconciliado? ¿Por eso me besaste delante de los periodistas?

–Estás dándole demasiada importancia a lo que solo fue un inocente beso.

Estuvo a punto de decirle que no había habido nada de inocente en ese beso. Había sido pura tentación, diseñado para hacer que cualquier mujer se derritiera.

–No has respondido a mi pregunta. ¿Qué es lo que estás tramando? –le preguntó acercándose de nuevo a él.

–¿Por qué crees que tramaba algo? –repuso Orsino–. Fue algo espontáneo. Un impulso.

–¿Un impulso? –repitió con incredulidad–. ¿Con la prensa delante? Sí, claro.

–No sé por qué te preocupa tanto. Solo fue un beso amistoso. No pasa nada. Además, sé que te encanta tener la atención de la prensa. Ese beso los tendrá ocupados durante un par de días –le dijo Orsino con una sonrisa–. Considéralo un regalo, algo de publicidad gratuita.

–¡Publicidad gratuita! –repitió indignada–. ¡Como si la necesitara!

Había aprendido demasiado tarde lo entrometida que podía llegar a ser la prensa. Tras su separación, había pasado un año muy duro, siempre perseguida por la prensa, tratando de conseguir alguna reacción por su parte. Le preguntaban por Orsino, por su última y temeraria hazaña o por sus muchas novias. Siempre habían estado al acecho, habían acosado también a sus amigas e incluso habían rebuscado en su basura para tratar de conseguir más detalles sobre su vida.

Y, cuando no eran capaces de enterarse de nada, se lo inventaban.

–Pero esto es muy bueno para tu carrera, Poppy.

Cruzó los brazos sobre el pecho y se clavó las uñas para tratar de controlarse.

Era una suerte que Mischa no estuviera alojado en esos momentos en el castillo donde iban a hacer las fotos. No quería ni pensar en lo que podría pasar si se cruzaban de nuevo sus pasos. Se le hizo un nudo en el estómago y sintió que se mareaba. No terminaba de entender cómo había llegado a esa situación ni por qué había accedido a ese trato.

Era como si estuviera tratando de demostrarse a sí misma que él ya no la afectaba en absoluto, que nunca pensaba en lo que podía haber sido y no fue.

–Puede que no lo sepas, pero soy una modelo muy cotizada. Una de las mejores. No necesito la atención del público. Tengo éxito por mis propios méritos.

Orsino se quedó en silencio. Era un silencio que le decía más de lo que necesitaba saber, que le dejaba claro lo que ese hombre pensaba de su éxito.

Había trabajado muy duro para llegar a donde estaba y creía que se merecía un poco de respeto. Pero Orsino nunca había respetado su carrera. Era una de las cosas que se había interpuesto entre ellos.

Fue al otro lado de la cabina y apoyó las manos a cada lado de una de las ventanillas del avión. Debajo de ellos solo se veía una masa de nubes blancas. Estaban allí atrapados, juntos y solos. No pudo evitar sentir claustrofobia.

–No me digas que no sabías el revuelo que iba a suscitar. Ya es bastante malo que nos vieran salir juntos del hospital, pero ahora… –murmuró ella.

Sabía que la presión mediática iba a volver a hacer de su vida un infierno.

–¿Qué esperabas ganar, Orsino? ¿O lo hiciste solo para animar un poco las cosas?

–Puede que lo hiciera por curiosidad –murmuró él–. Ha pasado tanto tiempo…

Sus palabras la dejaron sin aliento y sintió que el ambiente se hacía sofocante.

Orsino levantó entonces la mano y se quitó las gafas. La miró a los ojos con intensidad. Pensó que quizás la mirara de ese modo por sus problemas de vista, porque estaba tratando de enfocar sus ojos dañados. Pero el corazón comenzó a latirle con fuerza cuando sus miradas se encontraron. No podía dejar de observar esos ojos oscuros.

–Bueno, ahora que ya has satisfecho tu curiosidad, espero que mantengas las distancias.

Orsino sonrió y le pareció que esa vez si era una sonrisa de verdad,

lo vio en sus ojos. A pesar del vendaje que aún tenía en la cabeza y de la cicatriz, volvió a ser por un segundo el hombre del que había estado enamorada.

–Solo hay un problema… –contestó Orsino–. No fue un beso de verdad, solo un aperitivo. Necesitaría un beso en condiciones para satisfacer mi curiosidad.

–Pues lo siento por ti –le dijo tratando de parecer tranquila y despreocupada mientras se sentaba de nuevo en su sillón de cuero y tomaba una revista–. Porque ese ha sido el último beso, de verdad o no, que vas a conseguir.

Orsino estiró las piernas. Le dolía todo el cuerpo. Sabía que le convenía acostarse en la cama que había en la parte de atrás del avión. También tenía un fuerte dolor de cabeza.

Se dio cuenta de que había pensado que estaba mejor de lo que estaba y temió haberse equivocado al salir tan pronto del hospital. Había estado a punto de perder el equilibrio cuando se le cayó el bastón. Había sido una suerte que hubiera estado allí Poppy para salvarlo.

Poppy…

Se volvió hacia donde estaba sentada. La revista que había estado leyendo estaba en el suelo, se había quedado dormida. Se fijó en el rizo de pelo cobrizo que cubría tentadoramente parte de su hombro.

«Ese ha sido el último beso, de verdad o no, que vas a conseguir», le había dicho Poppy muy indignada.

Ni siquiera lo había mirado cuando lo dijo, como si su presencia no le afectara en absoluto. Y le molestaba más aún ser consciente de que él solo podía pensar en robarle otro beso, uno de verdad, uno apasionado y caliente que terminara con ellos en la cama y dejándose llevar por el deseo.

Desesperado, se pasó la mano por la cara.

Solos unos días antes, en la montaña, había pensado que no iba a sobrevivir. Después, en el hospital, se había sentido expuesto y vulnerable. Se había dado cuenta entonces de cómo cambiaba la perspectiva de una persona después de enfrentarse de verdad a la muerte.

En ese momento, estaba cansado, magullado y lleno de dolores, estaba luchando por mantener el control de un cuerpo que no parecía el suyo. Y, aun así, su libido había despertado con fuerza.

Le había bastado con besarla para sentirse así.

No entendía por qué, no llegaba a comprender cómo podía desearla después de saber cómo era. Sintió que había caído en su propia trampa.

Lo había planeado todo para tratar de vengarse de ella y también con el objetivo de atar los cabos sueltos y poder por fin olvidarla. Pero acababa de descubrir que la deseaba con tanta fuerza como lo había hecho cuando su matrimonio había significado algo para los dos.

Durante ese tiempo, nunca se había cansado de ella, nunca había tenido suficiente.

Se dijo que quizás estuviera reaccionando de ese modo después de un periodo de abstinencia sexual, pero sabía que no era verdad. Le había bastado con tocar sus labios y acariciar su pelo para que se derritiera por ella.

Se distrajo pensando en cómo sería besarla de verdad, perdiéndose en la calidez de su boca, recorriendo con las manos ese cuerpo esbelto que era a la vez fuerte, flexible y sexy. Un cuerpo que se encendía cuando él la tocaba.

Se preguntó si seguiría siendo así.

Se quedó un segundo sin respiración imaginándose a Poppy excitada y necesitada, rogándole que la hiciera suya como lo había hecho tantas veces.

Se frotó la nuca con la mano, como si pudiera quitarse así esa sensación de calor que lo dominaba. Sentía asco de sí mismo, quería darle la espalda a esa mujer como si no existiera.

Pero sabía que darle la espalda a Poppy nunca había sido fácil, ni siquiera cuando había tenido que hacerlo por pura supervivencia.

Por mucho que le costara admitirlo, su cuerpo le estaba diciendo algo tan obvio que no podía seguir ignorándolo. No recordaba cuándo había sido la última vez que una mujer había conseguido despertar su deseo con un simple beso ni cuándo había deseado tanto a alguien.

Durante demasiado tiempo después de su ruptura, el deseo le había hecho recordar su debilidad por Poppy Graham. No podía evitarlo, eran sus ojos violetas los que imaginaba cuando estaba excitado y sus gemidos de placer los que escuchaba en sus sueños eróticos.

Se había creído capaz de dejar todo eso atrás la noche que salió del piso que habían compartido en Londres, pero había estado equivocado. Había tenido que verse enterrado bajo la nieve y temiendo su muerte para darse cuenta de que todavía había algo entre ellos. Y por fin sabía lo que era.

Sexo. Atracción animal. Deseo.

La deseaba como no había deseado a nadie.

Clavó los dedos de su mano sana en el reposabrazos del sillón.

Su sentido común trataba de hacerle entender que no podía ser así, que no podía desear acostarse con la mujer que le había destrozado la vida.

Sabía que ella ya no le importaba, pero no podía negar el poder que tenía sobre él ni cómo le hervía la sangre cuando estaba con ella. Le

bastaba con verla andar para sentir que todo su cuerpo despertaba.

No sabía qué hacer al respecto.

Quería borrarla de su vida y deshacerse de todos los asuntos pendientes entre ellos. Pero también la deseaba con una urgencia que no parecía posible, sobre todo cuando aún no se había recuperado del accidente.

Sonrió con amargura. Tenía fama de duro. La prensa solía referirse a él como «el indestructible».

Dejó de sonreír mientras observaba a su compañera de viaje. Tenía una alternativa muy clara. Podía acostarse con Poppy y dejar que la decepcionante realidad destruyera las fantasías que aún albergaba sobre esa mujer. Sabía que Poppy era puro veneno, pero la deseaba demasiado para que eso le asustara.

Creía que dejarse llevar por ese deseo podría ayudarle a destruir para siempre esa atracción que parecía sentir por ella.

Le gustaba esa opción, tenía la ventaja de ser además lo que quería hacer.

Iban a pasar unas semanas viviendo en el castillo donde Poppy estaba trabajando y se dio cuenta de que iba a tener un montón de tiempo para seducirla e irse después de su vida para siempre.

Le pareció una opción irresistible.

Capítulo 5

La limusina en la que viajaban entró en el pintoresco pueblo francés a primera hora de la mañana. Poppy miró a Orsino, que por fin se movió un poco mientras estiraba sus largas piernas. Le pareció que, a pesar de estar convaleciente, no tenía mal aspecto. Supuso que habría dormido mejor que ella durante el vuelo. A punto de aterrizar, Orsino había salido del dormitorio del avión recién afeitado y con una camisa limpia y planchada.

Sin siquiera intentarlo, parecía tener siempre un aspecto sexy y peligroso. El tipo de cara que todos los anunciantes buscaban en los modelos. De hecho, con ese físico fuerte y masculino, se dio cuenta de que podría ser modelo.

Ella, en cambio, aunque no tenía magulladuras, moretones ni vendas, se sentía agotada y sucia. Se enderezó en su asiento y trató de sujetar con horquillas los mechones de pelo que siempre se le escapaban.

–¿Quién ha organizado todo esto? –le preguntó a Orsino mientras señalaba el coche y el conductor–. Pensaba alquilar uno en el aeropuerto.

Tenía que reconocer que había sido un alivio descubrir tras el largo vuelo que una limusina los estaba esperando. Entonces, se había metido en el coche sin decir nada, pero tenía curiosidad por saber cómo lo había hecho.

–Mi secretaria.

–¿Tienes secretaria? –le preguntó sorprendida–. Antes solías organizar tu agenda social sin ayuda.

Orsino se volvió hacia ella para mirarla. Estaba cansada de esas gafas y de no poder saber qué estaba pensando.

–Hace bastante más que encargarse de mi agenda social –repuso.

–¿Sí? ¿Qué más hace?

Durante su matrimonio, nunca le había hablado de sus expediciones, ni siquiera mientras las planificaba. Había hecho que se sintiera excluida. Una prueba más de que, fueran cuales fueran las razones que había tenido para casarse, no había sido por querer compartir su vida con ella.

Se preguntó si habría cambiado. Quizás hubiera decidido abrir esa parte de su vida a otras personas. No sabía por qué, pero le dolió que

ese pudiera ser el caso. Apartó avergonzada la mirada. Le parecía increíble que pudiera estar celosa de su secretaria, pero no podía evitarlo. Sentía mucha curiosidad. Le habría encantado ver qué aspecto tenía esa secretaria.

–Supongo que tus expediciones son muy difíciles de organizar.

Sobre todo porque cada vez eran más peligrosas y públicas, pero prefirió no mencionarlo. No quería que él pensara que había estado siguiéndolo en los medios durante esos años.

–¿Trabaja a tiempo parcial?

–No, a tiempo completo. Y no deja de recordarme que le debo unas vacaciones.

–¿En serio? –preguntó frunciendo el ceño.

Le costaba creer que necesitara a alguien a tiempo completo todo el año.

–Pero seguro que…

–Supongo que ya hemos llegado, ¿no? –la interrumpió Orsino mientras le señalaba las altas puertas de entrada al castillo.

Un guardia de seguridad se les acercó y ella bajó la ventanilla para saludarlo. El hombre le sonrió y le dio efusivamente la bienvenida. Poco después, se abrieron las puertas.

–¿Otro de tus muchos admiradores? –le preguntó Orsino con frialdad.

Se mordió la lengua. Había decidido que no iba a morder el anzuelo.

–Tengo trabajo hoy –le dijo ella como si no lo hubiera oído–. Pero antes te ayudaré a instalarte.

–Genial. Estoy deseando que me metas en la cama y me des las buenas noches.

Mientras recorrían el arbolado camino hasta el castillo, se giró para mirarlo. Su tono había sido demasiado íntimo y la forma en la que estaba cómodamente tumbado en su asiento, con una maliciosa sonrisa en la boca… No quería saber lo que estaba pensando.

Abrió la boca para protestar, pero la cerró y apartó la mirada.

Pasaron los establos y los edificios que componían la granja y siguieron en dirección al gran castillo. Se erigía sobre la niebla procedente del río como si fuera una ilustración sacada de un cuento de hadas. Estaba construido con piedra de color beis, tenía torreones en las esquinas y grandes ventanales.

El otoño había teñido de tonos rojizos la vegetación que rodeaba al castillo. Era un entorno muy hermoso.

No pudo evitar sonreír. Le encantaba ese sitio, su delicadeza y belleza. Le parecía el lugar más romántico del mundo y era también un remanso de paz después de meses de mucho estrés.

El coche se detuvo junto al torreón independiente que había a

doscientos metros del castillo. Tenía un tejado cónico, parecía la torre de Rapunzel.

–Tengo que reconocer que el que eligió el escenario para el anuncio lo hizo muy bien.

Dejó de sonreír al oírlo. Sabía que Orsino no pensaría lo mismo si supiera quién estaba detrás de ese proyecto. Incluso ella había tenido algunas dudas antes de aceptar el trabajo. No por razones profesionales, prometía ser un gran éxito, sino por motivos personales.

Desde aquella noche en Londres, no había podido trabajar con Mischa. Pero al final había decidido que no podía seguir anclada en el pasado. Además, los ingresos de ese contrato le iban a dar la seguridad económica que tanto había ansiado. Habría sido absurdo dejar pasar la oportunidad.

Además, como se decía a sí misma, el pasado había quedado atrás.

–¿Poppy?

Su voz la devolvió al presente.

–Me alegra que te guste.

Salió del coche sin esperar a que el chófer le abriera la puerta. El aire era bastante fresco y se estremeció. Creía que era por el frío, pero no podía evitar tener la premonición de que aquello iba a ser un desastre.

El chófer metió el equipaje en la casa y se despidió. Estaban de nuevo solos. Sabía que era absurdo estar nerviosa, pero no podía evitarlo.

Por primera vez en cinco años, estaban completamente solos. En el hospital y en el avión, habían tenido a personal entrando y saliendo, pero allí, en ese torreón lujosamente amueblado y separado del castillo, solo estaban ellos dos.

–Es increíble –susurró Orsino mientras se acercaba a la puerta del salón.

Desde allí tenían vistas de la rosaleda y del río. Apoyado en su bastón, vio que se fijaba primero en las vistas, después en las pinturas renacentistas del techo y en los muebles.

–Ya sé que es algo muy grosero, pero me dan ganas de preguntarte con quién te has tenido que acostar para que te dejen alojarte aquí –le dijo Orsino.

Sintió que se le helaba la sangre en las venas ante la crueldad del comentario. Le costó trabajo, pero consiguió reponerse rápidamente para que Orsino no viera cuánto le había afectado.

–Con nadie –repuso ella con frialdad–. Es una de las ventajas de ser la nueva imagen de la firma de joyería más importante de Europa –agregó con una sonrisa forzada–. La firma Baudin se está portando muy bien conmigo.

–No quise decir que…

–¡No! –lo interrumpió ella levantando la mano para detenerlo.

Le sorprendió ver que consiguió callarlo.

–Sé de sobra que lo decías en serio. Tienes una lengua muy afilada, Orsino, y siempre piensas lo peor de la gente. Es uno de tus peores defectos.

Se detuvo un momento para respirar profundamente. Estaba tan enfadada que temblaba. Su comentario le había hecho mucho daño y había conseguido abrir heridas del pasado.

–No me he acostado con nadie para conseguir llegar a lo más alto de mi profesión. Llegué donde estoy con mucho trabajo y dedicación. Eso es todo. Y si piensas manchar mi reputación…

Orsino levantó la mano para detenerla.

–Hablé sin pensar.

Pero ella no lo creía.

Acababan de llegar y ya estaba harta de esa situación.

–No pensé que te lo fueras a tomar tan a pecho. Eres demasiado sensible. Después de todo, solo era un comentario jocoso, uno bastante común.

Le parecía increíble que encima le echara en cara ser demasiado sensible.

–¿Acaso crees que soy una mujerzuela y que no voy a defenderme ante tus acusaciones? –le preguntó poniendo los brazos en jarras.

Fue hacia ella. Había mucha tensión entre los dos. Su calor y su masculino aroma la envolvieron. Estaba tan cerca que el cabestrillo de Orsino rozó su chaqueta, pero se mantuvo firme.

–Bueno, tú fuiste la que se acostó con otro, Poppy. No yo.

Sus afiladas palabras fueron como una bofetada.

–¿O vas a tratar de convencerme de que te metiste en la cama con él y no pasó nada? ¿Me das a decir que eres inocente? –agregó Orsino.

Sintió de repente náuseas. Era como revivir las pesadillas que la habían perseguido desde aquella noche en Londres. En esos sueños, dijera lo que dijera, hiciera lo que hiciera, todo salía mal. Una y otra vez. Igual que le había pasado con él, cuando Orsino se había negado a escucharla.

Recordaba perfectamente el dolor y la incredulidad que había sentido entonces, su angustia cuando Orsino no la dejó hablar. Sus llamadas telefónicas sin respuesta y sus correos electrónicos.

Había tratado de localizarlo por todos los medios, pero no lo había conseguido. Orsino no había querido saber nada de ella. No había estado a su lado cuando más había sufrido. Y había tenido que soportar además que la prensa la persiguiera continuamente.

Esos días negros de desesperación e incredulidad habían sido los más difíciles de su vida. Durante un tiempo, había llegado incluso a creer que no iba a recuperarse nunca.

Miró sus gafas oscuras. Estaba solo a medio metro de distancia. Demasiado cerca. Creía que ella no tenía la culpa de que Orsino no supiera la verdad. No había querido saberla y a ella ya no le importaba.

–¿Por qué te iba a tratar de convencer de mi inocencia? Sería una pérdida de tiempo.

Creía que ya había pasado demasiado tiempo tratando de explicárselo y ya no tenía sentido hacerlo. Había llegado a la conclusión de que su matrimonio no había sido real, de que en realidad no habían compartido nada, que todo había sido una ilusión.

Además, no había manera de que pudiera convencerlo después de tantos años. Ya la había juzgado entonces y su actitud, como acababa de comprobar, no había cambiado.

Vio que fruncía el ceño y le gustó ver que lo había sorprendido, que ella no era tan predecible como él creía. No pensaba rogarle que la creyera, no pensaba volver a hacerlo.

Creía que Orsino no quería saber la verdad. Tomó la decisión de que ella era culpable esa misma noche, antes incluso de hablar con ella.

–¿Por qué iba a hacerlo? No quiero tu perdón, Orsino. Tampoco quiero tratar de recomponer los pedazos rotos.

Porque sabía que era imposible hacerlo.

–Piensa lo que quieras, pero no quiero oírlo. Si te atreves a hacer un solo comentario sobre mi vida amorosa, te vas de aquí y me da igual el trato que hemos hecho –agregó ella con firmeza.

Orsino se quedó mirando a la mujer que lo hablaba y miraba como si fuera más alta y fuerte que él. A pesar de sus problemas de vista, su apariencia era formidable.

Tenía las mejillas encendidas y le brillaban sus ojos violetas. También parecían tener más color sus labios, sobre todo en las zonas donde se había mordido ella misma con nerviosismo mientras escuchaba sus comentarios.

Era como una reina fuerte y desafiante, capaz de liderar un ejército. Nunca la había visto tan sexy.

Sentía que le hervía la sangre en las venas. A pesar de su estado, tenía el impulso de tomarla entre sus brazos y hacerla suya.

Tenía una necesidad casi primitiva de ella. Apretó con fuerza la empuñadura del bastón, tenía que controlarse.

Inhaló profundamente y dejó que su rico aroma a frambuesas lo envolviese.

Sabía que era una locura, que solo así podría explicar que Poppy hubiera conseguido despertar su deseo.

Se había arrepentido de sus palabras en cuanto se las dijo. Tenía

que haber previsto que recordarle a Poppy su infidelidad no era la mejor manera de seducirla.

Ver en ese momento cómo ella luchaba por ocultar que le faltaba el aliento no hizo sino excitarlo más aún. Pensó entonces que quizás la seducción no iba a ser la mejor manera de acabar en su cama, que tal vez fuera más fácil tratar de enfurecerla tanto como para que despertaran sus instintos animales e intentara atacarlo físicamente.

Creía que aceptaría con gusto que le clavara las uñas en su piel si así conseguía acostarse con ella. Sabía lo excitante que podía ser el sexo con Poppy cuando estaba así. Eran encuentros salvajes, urgentes, casi violentos.

Sacudió la cabeza con frustración. No podía creer que estuviera pensando en algo así en esos momentos.

–Te pido disculpas –le dijo entonces–. Hablé sin pensar.

Le dio la impresión de que Poppy se preparaba ya para defenderse.

–Créeme, Poppy, no tengo intención de hablar de tu vida sexual con nadie –agregó Orsino con gesto serio–. Y ahora que ya hemos aclarado las cosas, será mejor que sigamos adelante.

Vio que Poppy abría mucho los ojos y separaba con sorpresa los labios. Durante un instante, tuvo la tentación de inclinarse hacia ella para saborear de nuevo su boca.

–¿Me enseñas mi habitación para que pueda instalarme? Estoy deseando poder descansar un poco después del largo vuelo –le sugirió mientras hacía un gesto hacia el vestíbulo y la antigua escalera de piedra.

Poppy no dijo nada, se limitó a mirarlo. Unos segundos después, se volvió y tomó una de las bolsas de viaje que el chófer había metido en la casa. Subió las escaleras sin mirar atrás.

Él se quedó en la parte de abajo, admirando cómo sus pantalones claros se apretaban sobre las nalgas de Poppy con cada paso que daba. Aunque tenía un cuerpo delgado y tonificado, su esposa tenía deliciosas curvas en los lugares adecuados. Era muy sexy y femenina.

Su esposa…

No terminaba de decidir si merecería la pena seguir adelante con su plan. Sobre todo cuando pensaba en cuánto había sufrido por su culpa.

Pero necesitaba desafíos en su vida, no sabía vivir de otra manera, siempre pensando en la siguiente aventura. No podía darle la espalda al reto de acostarse con ella y vencer así a la única mujer que había conseguido hacerle daño. Se sentía más vivo cuando estaba con ella que cuando escalaba el pico más alto.

Se quedó sin aliento al darse cuenta de que era verdad, era así como se sentía. Después de pasar años buscando todo tipo de emociones, nada de lo que había hecho era más excitante que una pelea con

Poppy.

Trató de respirar profundamente, pero protestaron sus costillas.

Empezaba a darse cuenta de que su plan era más peligroso de lo que había previsto. Pero él nunca le daba la espalda al peligro.

Se agarró a la barandilla y empezó a subir las escaleras. Apretó los dientes, estaba siendo más difícil de lo que había esperado. Pero tenía que usar su cuerpo aunque le doliera, sabía que era la única manera de recuperarse.

Solo había subido la mitad de los peldaños y ya estaba sudando.

–Espera, deja que te ayude –le dijo Poppy mientras bajaba de nuevo.

Parecía muy seria, pero le dio la impresión de que también estaba preocupada.

–¿Quieres ayudarme a subir o aprovechar para tirarme escaleras abajo? –le preguntó él en tono jocoso.

–No me des ideas, Orsino. No me tientes…

Le pareció que estaba reprimiendo una sonrisa.

–Deberías estar en reposo todo el tiempo. La verdad es que no sé cómo te han dado el alta tan pronto.

–Porque se lo pedí yo –repuso él apretando los dientes–. Me estaba volviendo loco entre esas cuatro paredes de la habitación.

–Debería haberlo adivinado.

Poppy llegó a su lado y lo rodeó con su brazo. Podía sentir su pecho suave contra el costado. Trató de ignorarlo, tenía que concentrarse en subir las escaleras.

Unos minutos después, llegaron al rellano y Poppy le mostró su habitación. Era grande y casi circular, con una amplia cama cubierta con una colcha de terciopelo y una serie de ventanas desde las que se veían los jardines y el río.

–Espero que no sufras una recaída. Vas a estar aquí solo mientras trabajo.

–No estaré solo, va a venir a verme hoy mismo un equipo médico.

–¿En serio? –preguntó Poppy sorprendida–. No pensé que el hospital pudiera organizar algo así para otro país.

–No fue el hospital, sino mi secretaria –le dijo mientras se acomodaba en un sillón–. Esa que no creías que existiera. Y también me ha conseguido una cita con un oftalmólogo aquí en Francia. Es muy eficiente.

–Eso parece –repuso Poppy quitando la colcha de la cama.

Tomó unas sábanas que había en una silla cercana y se puso a hacer la cama.

–Supongo que también fue ella la que preparó el equipaje que te esperaba en el aeropuerto cuando aterrizamos.

–Se le da muy bien anticiparse a mis necesidades

Recordó entonces que tenía su portátil abajo, con el resto del equipaje, pero decidió que ya habría tiempo para eso más tarde. Estaba demasiado preocupado al ver lo difícil que le había resultado subir la escalera como para pensar en nada más.

–Parece que es la secretaria perfecta. Supongo que está acostumbrada a conseguir lo que necesitas en cualquier lugar del mundo.

–Así es.

–Debe de ser una mujer increíble –añadió Poppy con frialdad.

Pensó que quizás se estuviera imaginando que su secretaria se ocupaba además de sus necesidades personales.

–Sí, lo es. Increíble de verdad.

Poppy parecía estar cada vez más tensa y siguió haciendo la cama con movimientos bruscos. Le divirtió ver que parecía celosa, pero no pensaba contarle que su secretaria, Bettina, era una abuela de sesenta años que estaba además postrada en una silla de ruedas.

No podía dejar de mirarla mientras preparaba su cama, viendo cómo se estiraba y doblaba su cuerpo. Era delgada, pero muy fuerte y flexible. No le costó nada imaginarla desnuda entre esas mismas sábanas.

–¿Es esta tu cama? –le preguntó él.

–No, mi dormitorio está en el segundo piso.

Decidió al oírlo que tenía que recuperarse lo suficiente como para poder subir esas escaleras sin dificultad.

–Antes de que te vayas, te agradecería que me ayudaras con la ropa.

–¿Quieres que te ayude a cambiarte? –le preguntó Poppy yendo hacia él.

–No, quiero desnudarme.

Le pareció que se sonrojaban sus mejillas.

–¿No recuerdas que es así como duermo? –le susurró mientras observaba su reacción–. Solo necesito que me ayudes con el cabestrillo.

Poppy vio que Orsino no dejaba de sonreír y cada vez sentía más suspicacia. Le daba la impresión de que estaba tramando algo. Había conseguido hacerle mucho daño con los comentarios que le había hecho unos minutos antes en el salón. Pero había cambiado de actitud de repente y casi temía más a ese Orsino encantador que al cruel.

Pero necesitaba su ayuda. La había necesitado en la escalera y también para poder desvestirse. No podía dejar de ayudarlo.

–¿Qué necesitas?

–Que me ayudes un poco con la ropa.

Orsino se puso de pie y fue de repente consciente del silencio a su

alrededor. Estaban los dos solos en ese lujoso dormitorio.

Asintió con la cabeza. No quería tocarlo, pero tampoco quería que se diera cuenta de lo incómoda que estaba en esa situación.

–Por supuesto –repuso ella.

Se puso la máscara de inexpresividad que solía lucir a menudo. Después de tantos años de trabajo delante de una cámara, no le costaba fingir.

Le quitó la chaqueta y la dejó en la silla. Mientras tanto, Orsino estaba tratando de desabrocharse un botón de la camisa.

–Déjame, lo haré yo.

Sabía que podía ser mucho más rápida que él. Estaba deseando terminar para salir de allí cuanto antes.

Con cuidado de no tocar el cabestrillo, le desabrochó un botón y luego otro. Respiró entonces profundamente y se arrepintió enseguida. Sintió que la envolvía un aroma a cedro y especias que le resultaba demasiado familiar. No había conocido a un hombre que oliera tan bien como él.

Siguió desabrochándole la camisa y tratando de ignorar el intenso calor que desprendía Orsino y los marcados músculos de su torso.

Él movió el cabestrillo a un lado para facilitarle la tarea. Aunque estaba inmóvil, se sentía atrapada. No entendía por qué. Cada vez estaba más acalorada y no podía controlar la reacción de su cuerpo al estar tan cerca de él. Podía sentir cómo se tensaban sus pechos y se aceleraba su respiración.

Lo miró a la cara, pero era imposible saber qué estaba pensando.

–¿También necesitas las gafas dentro de casa?

–Sí, mis ojos son demasiado sensibles a la luz.

Le sacó la camisa de los pantalones con manos temblorosas. No pudo evitar recordar momentos parecidos en el pasado, cuando le quitaba la camisa de manera frenética, completamente dominada por el deseo y la pasión.

–Ya está –le dijo dando rápidamente un paso atrás.

Pero se le cayó el alma a los pies al darse cuenta de que no había acabado su trabajo. No podía terminar de quitarse la camisa sin ella.

No sabía por qué le costaba tocarlo. Estaba acostumbrada a abrazar y tocar a atractivos modelos masculinos durante las sesiones fotográficas. Pero en ese momento no estaba trabajando, ninguna cámara los grababa mientras le abría la camisa y la pasaba por uno de sus hombros, sintiendo su sedosa y cálida piel bajo los dedos.

–Tienes que desabotonar el puño –le murmuró Orsino casi en su oído.

–¡Ah! Sí, claro.

Lo hizo y consiguió ayudarle a sacar el brazo de esa manga sin mucho problema. Iba a ser más complicado con el otro.

Levantó la vista y fue por fin consciente de lo que la camisa había ocultado.

Se le hizo un nudo en la garganta. Tenía moretones de todos los colores sobre sus costillas. Se le encogió el corazón pensando en cuánto debía dolerle.

–No estoy tan mal como parece –le dijo Orsino.

Se dio cuenta entonces de que se había quedado boquiabierta mirándolo.

–Si tú lo dices –contestó fingiendo una indiferencia que no sentía.

Le desató el nudo del cabestrillo mientras trataba de analizar por qué le había impresionado tanto verlo así. Ya había imaginado que tendría graves golpes y heridas, lo había visto en el hospital… Pero verlo era mucho peor que imaginarlo. Creía que sentiría la misma compasión por cualquiera en su estado, pero algo le decía que sus sentimientos iban más allá de la compasión. Se sentía especialmente afectada porque era Orsino el que estaba herido.

A pesar de sus crueles comentarios, del dolor que le había producido y de que conseguía fácilmente sacarla de quicio, no podía ser indiferente a Orsino.

Pensó entonces en su madre, que se había atado a un hombre que no se preocupaba por ella, que quería destruirla. A pesar de los abusos, no había sido lo bastante fuerte como para alejarse de él. De ella había aprendido que era mejor evitar el amor, que ese sentimiento debilitaba a las personas.

Pero no podía olvidar que ella no era como su madre. No era débil ni se aferraba a un hombre que no le convenía.

–Tengo que quitarte el cabestrillo para poder sacar la camisa de este lado. ¿Puedes sostener el brazo sin moverlo hasta que te lo vuelva a atar?

–Sí, claro.

Respiró profundamente y se puso manos a las obra. Le quitó la camisa con movimientos rápidos y le volvió a atar el cabestrillo. Le enseñó dónde estaba el cuarto de baño, puso un vaso de agua en su mesita y se aseguró de que tenía todo lo que necesitaba. No le ofreció ayuda con los pantalones.

Salió del dormitorio satisfecha. Creía que su momento de debilidad había sido solo eso, un momento, nada serio. Suponía que tenía que ver con la impresión que le habían causado las heridas y moretones.

Se veía capaz de cuidar de él durante un par de semanas sin revolver el pasado. Creía que ese hombre ya no la afectaba.

Una voz en su interior le dijo que no iba a ser tan sencillo, pero trató de ignorarla. Estaba decidida a que lo fuera.

Capítulo 6

Orsino abrió la pesada puerta de madera del torreón y salió. Era una mañana fría, pero se sintió un poco mejor al verse fuera de esa lujosa cárcel. Estaba harto de estar encerrado allí.

Su plan había fracasado. En vez de tener a Poppy siempre a su disposición, apenas la veía. Se iba antes del amanecer y regresaba muy tarde.

No creía que estuviera trabajando tantas horas. Pensaba que estaba tratando de evitarlo. Y él no había sido capaz de seguirla. No había estado tan en forma como había esperado.

Tenía que reconocer que al menos no lo tenía completamente abandonado. Lo llamaba varias veces al día para ver si estaba bien, si había comido o si necesitaba algo. Estaba siendo muy eficiente y se comportaba de manera muy civilizada. No lo soportaba.

No quería que fuera el cocinero quien estuviera pendiente de él ni tampoco la enfermera que acababa de retirarle por fin el cabestrillo. Era a Poppy a la que quería tener pendiente de él.

Su cuerpo iba recuperándose poco a poco, pero también estaba haciéndose aún más obvio cuánto la deseaba. No podía recurrir a los deportes extremos, no tenía manera de desahogarse, y había pasado casi toda la semana excitado.

Era una tortura escucharla en el piso superior y no saber qué estaba haciendo, no le ayudaba tampoco oler su aroma en todas partes o escuchar el grifo de la ducha e imaginársela desnuda. Creía que cualquier otro en su situación terminaría dándose a la bebida, pero él no tenía intención de recurrir a una botella para solucionar ese problema. No cuando tenía otra opción, una mucho más agradable. Dio unos pasos y vio que había bastante actividad al final de la rosaleda.

Fue hacia allí despacio y con ayuda del bastón. Podía caminar sin él, pero le daba más seguridad usarlo. Sus problemas de vista le impedían ver todos los obstáculos en su camino y lo último que necesitaba era caerse al suelo delante de Poppy.

Había sido un error pedirle que le ayudara a desvestirse ese primer día. A lo mejor había pensado que le iba a bastar con verlo semidesnudo para desearlo, pero le había salido el tiro por la culata. Poppy había palidecido al ver sus moretones y había estado

evitándolo desde entonces.

Pero no creía que fuera completamente inmune a él. Incluso después de todo ese tiempo y de unos cuántos amantes. No quería ni pensar en cuántos habría tenido durante esos años. Se preguntó si habría estado mucho tiempo con Mischa. Pero sabía que era mejor no pensar en eso. No debía importarle.

Se detuvo al ver un grupo de personas con sus equipos de trabajo. Todo el mundo estaba tan ocupado que nadie se fijó en él.

Vio un bote de remos en el río y a dos personas sentándose en él. Un hombre rubio con un traje oscuro y Poppy. Aunque estaba bastante lejos, no le costó reconocerla. Estaba envuelta en un enorme abrigo que le llegaba a los pies. Tenía el pelo recogido, pero reconoció su color cobrizo. Vio algo brillante en su cabeza y se dio cuenta de que llevaba una diadema de diamantes en el pelo.

Poppy se quitó el abrigo y él se quedó sin aliento. Llevaba un vestido de lentejuelas hasta la rodilla con un gran escote, tanto por delante como por detrás. La falda estaba formada por hilillos de lentejuelas que hacían que cada uno de sus movimientos fuera tremendamente provocativo. Llevaba un collar, pulseras y un brazalete en la parte alta de uno de sus brazos que parecía un grillete de esclava. Tenía una apariencia fría y elegante, pero también muy sexy, como una diosa intocable. Él sabía que había una mujer muy cálida debajo de tanta sofisticación y sintió que su cuerpo respondía al verla así.

Se sentó en un banco y se distrajo observándolos durante al menos una hora. El equipo rodó la escena de la pareja en el barco una y otra vez. No oía lo que decían, pero sí la risa de Poppy y el murmullo de sus voces. El modelo abría una botella de champán y los dos brindaban y bebían después. El director paraba la escena a menudo y les hizo repetirla muchas veces.

–¡Hay que ver la cantidad de champán que están malgastando! –se quejó alguien a su lado.

Se volvió y vio a dos hombres que, como él, observaban la escena.

–Tiene que quedar perfecto, ya sabes cómo es el director. Y será mejor que se den prisa, quería aprovechar la primera luz de la mañana –contestó el otro.

–Pero esa no es razón para echar a perder un buen champán.

–No te quejes y da gracias que no tienes que estar vestido como ellos y pasando frío. Mira a Poppy Graham, que casi no lleva nada encima. ¿Sabes cuántas veces ha tenido que repetir su diálogo? Pero él siempre lo fastidia.

–No pierdas el tiempo compadeciéndola. Ya sabes que la reina virgen es demasiado gélida para sentir el frío.

Orsino se acercó a ellos al oír sus palabras.

–¿Reina virgen? –repitió.
El mayor de los dos hombres se calló. Supuso que lo había reconocido. El joven, el que había hecho el comentario, se limitó a asentir.
–La inmaculada señorita Graham es más fría que una tormenta de nieve. No deja que se le acerque ningún hombre lo suficiente como para descongelarla.
–Ahora lo entiendo –repuso Orsino–. Te rechazó, ¿no?
El joven se encogió de hombros, ignorando el gesto que le hacía su amigo para que se callara.
–No solo a mí. Todo el mundo sabe lo fría que es, se ha convertido casi en un desafío. Y no sé de nadie que haya tenido suerte con ella. Debe de haber hielo en sus venas, así que no pierda su tiempo intentando nada.
Orsino sonrió, pero tenía ganas de romper algo. Preferiblemente, la nariz de ese joven. Nunca le había importado lo que la gente pudiera decir de ella, pero tuvo el impulso primitivo de marcar su propiedad.
–Bueno, por eso no se preocupe. Conmigo no sería una pérdida de tiempo –le dijo Orsino–. Soy su marido.
El joven tartamudeó una especie de disculpa mientras se alejaba de su lado. Pero Orsino estaba demasiado ocupado tratando de averiguar por qué le enfurecía saber que muchos hombres trataban de acostarse con ella, debería habérselo imaginado. Tampoco entendía por qué tenía esa reputación de castidad. Pensó que quizás no se hubiera acostado con otros hombres porque había encontrado en Mischa al hombre de su vida.
Apretó furioso los puños.
–No le haga caso, señor Chatsfield. Es un idiota al que le encantaría estar en ese bote con su esposa, haciendo el trabajo del otro modelo –le dijo el otro hombre.
–Pensé que solo iba a ser una sesión de fotos, no un rodaje –comentó Orsino tratando de centrarse en el trabajo de Poppy para no pensar en nada más.
–Estamos haciendo fotografías, pero también un anuncio de larga duración que se proyectará en cines y otros sitios. La firma Baudin lleva más de trescientos años haciendo joyas así que el anuncio trata de una historia de amor a través de los siglos. La misma pareja en diferentes períodos. Hoy están filmando los años veinte.
Ya se había imaginado algo parecido al ver el vestido con flecos de Poppy.
–Me alegra que se tomen la seguridad en serio –comentó Orsino al ver otro barco cerca de allí con un buzo listo para saltar al agua.
–La verdad es que no está aquí para rescatar a nadie, sino para recuperar las joyas si se caen al agua. Ese brazalete, por ejemplo,

contiene cientos de quilates en diamantes. Son piezas históricas de la firma Baudin.

–Así que las piedras que llevan valen más que los modelos, ¿no?

–Bueno, yo no iría tan lejos, pero…

–Pero los negocios son los negocios –lo interrumpió Orsino.

Viendo ese panorama, le alegró inmensamente que su trabajo se basara en las personas y no en los beneficios.

Cuando por fin pudo salir del barco, Poppy tenía los pies completamente congelados. Apretó la mandíbula para que no le castañetearan los dientes y se concentró en el baño caliente que iba a darse en cuanto volviera a casa.

Aunque ya era media mañana y había salido el sol, seguía helada. Le dolía todo el cuerpo después de pasarse horas sentada en el bote. Sus posturas eran elegantes y necesarias, pero muy incómodas.

Fue un alivio verse de nuevo en tierra firme y sentir el suave calor del abrigo que alguien le puso sobre los hombros.

Oyó de repente un estallido de risas. Se dio la vuelta y vio a otras modelos tumbadas sobre un par de mantas participando en lo que parecía un improvisado picnic. Y en el centro estaba Orsino, como un sultán con su harén. Contuvo el aliento al verlo. Era más sexy que cualquiera de los modelos masculinos que trabajaban en esa campaña con ella.

Vio que Orsino decía algo y todas se echaban a reír. Una de las chicas le golpeó juguetonamente en el hombro y dejó allí la mano, acariciándolo. Él no se apartó, sino que la miró con esa encantadora sonrisa con la que podía seducir a cualquier mujer.

No sabía por qué, pero le molestaba verlo así. Se preguntó si ya habría tenido algo con una de ellas. No quería ni imaginárselo con Gretel. Y tampoco con Sasha o con Amy… De hecho, prefería no imaginarlo con ninguna.

Pensó que quizás por eso había sido menos exigente de lo que había esperado. Había pensado que aprovecharía las circunstancias para hacerle la vida imposible, pero le había puesto las cosas bastante fáciles. Apenas se quejaba y pensó que quizás hubiera estado entretenido con alguna de sus compañeras.

–Poppy, ¿estás bien? –le preguntó un miembro del equipo–. Estarás congelada.

–No, estoy bien. Ya he entrado en calor. Gracias.

Y era verdad. Ver a Orsino con esas chicas había tenido ese efecto en ella.

Por fin sabía qué era lo que le pasaba con Orsino, por fin podía ponerle un nombre a esa emoción, por mucho que le molestara

sentirse como se sentía.

Orsino levantó los ojos en ese instante hacia ella y su sonrisa desapareció. El impacto de esa mirada la dejó sin respiración. No podía seguir mirándolo.

Orsino se levantó al ver que Poppy le daba la espalda.

–Toma esto –le dijo él.

Notó que su cuerpo se tensaba al oír su voz, pero no se volvió hacia él.

Se sentía culpable y no entendía por qué. Había buscado a propósito la compañía de esas modelos para que Poppy lo viera con ellas. Había conseguido justo la reacción que había buscado, pero la forma en que le había mirado había hecho que lamentara sus acciones de inmediato.

Creía que Poppy era la menos indicada para juzgarlo. Pero aun así…

–Es café mezclado con coñac. Te ayudará a entrar en calor –insistió.

Lo miró con sus maravillosos ojos violetas, que el maquillaje acentuaba aún más. Parecía una sensual sirena, pero su rostro no expresaba nada.

–No puedo beber nada hasta que me quite esto –le dijo Poppy señalando su vestido–. No sabes cuánto cuesta…

Mientras hablaba, una mujer comenzó a quitarle horquillas del pelo y le retiró después la diadema de brillantes y zafiros. Su pelo cayó en cascada sobre sus hombros y sintió que se quedaba sin aliento. Nunca la había visto con el pelo tan largo y suelto. Parecía una princesa medieval. Una con mucho genio.

Otro ayudante se les acercó para quitarle las pulseras, los pendientes y el collar. Poppy se quedó impasible mientras los ayudantes trabajaban, mirándolo a los ojos, pero sin ninguna expresión, casi como si no lo viera.

Apretó furioso los dientes, le dolía que fuera inmune a él cuando seguía deseándola tanto.

Se llevó la taza a los labios y tomó un buen trago, dejando que el calor del alcohol lo quemara por dentro.

Decidió en ese instante que, le costara lo que le costara, iba a conseguir alguna reacción de ella ese día.

Poppy abrió la puerta del torreón y suspiró. No tenía que trabajar esa tarde y era un alivio, había sido un día muy duro. Había tratado de darlo todo en el trabajo para no pensar en Orsino. Pero no conseguía quitárselo de la cabeza.

–Por fin en casa –le dijo él en cuanto entró.

Se quedó inmóvil al oírlo. Se había imaginado que estaría con su

nuevo club de fans, no había esperado verlo allí.

–Pareces agotada –añadió Orsino mientras bajaba las escaleras.

Supuso que era otra manera de decir que tenía muy mal aspecto.

–Gracias, Orsino –le espetó–. Justo lo que necesitaba oír.

–¿Qué pasa? ¿Preferirías que te lanzara cumplidos? –le preguntó Orsino.

–No, la vida es demasiado corta para esperar lo que nunca va a pasar.

Le dedicó media sonrisa al oírlo.

–Aunque te parezca imposible, podría llegar a echar de menos tus descaradas contestaciones –reconoció Orsino.

No tenía fuerzas para decirle nada más. Había sido muy duro seguir trabajando cuando vio que Orsino la observaba. Había estado en tensión durante horas.

Fue hacia la escalera, pero él le estaba bloqueando el paso.

–¿Necesitas algo en particular, Orsino? –le dijo con voz cansada.

–Es una pregunta muy interesante… –repuso él con una pícara sonrisa.

Podía sentir cómo crepitaba la tensión entre los dos. Le parecía increíble la facilidad con la que conseguía reavivar la atracción que sentía por él. Sobre todo después de haber tenido que soportar verlo con las otras modelos.

–Déjalo ya, Orsino. No estoy de humor.

–Has tenido un día difícil.

Lo miró con suspicacia. Pensó que debía estar burlándose de ella. No podía creer que de verdad se preocupara por su bienestar.

–Pues sí –reconoció–. Así que, si me disculpas…

Hizo ademán de subir las escaleras, pero Orsino se mantuvo donde estaba. Le llegó su tentador aroma y no pudo evitar estremecerse.

–Parece que estás de mal humor.

Poppy exhaló lentamente, tratando de tranquilizarse.

–Estoy bien.

–No lo parece.

Orsino se metió las manos en los bolsillos, la miraba como si no tuviera prisa, como si no pensara moverse de allí.

Suspiró con frustración, sentía que iba perdiendo el control.

–No sé qué es lo que quieres, Orsino, pero no es el mejor momento. Por favor, déjame pasar.

–Solo estoy tratando de ofrecerte un poco de apoyo y comprensión.

–¿Apoyo y comprensión? ¡Eso sí que es una novedad! –protestó ella–. Es la primera vez que lo haces, siempre te mostrabas resentido con mi trabajo.

–A lo mejor porque lo usabas como excusa para excluirme.

–¿Excluirte? ¿Yo te excluía? –preguntó sin poder creerle lo que le

decía–. Tú eras el que no quería compartir nada, el que se iba cada dos por tres de expedición. Mi trabajo es mi carrera, de lo que vivo. Pero nunca entendiste lo importante que era para mí –añadió furiosa.

No entendía cómo se atrevía a mirarla con superioridad. Creía que era tan culpable como lo había sido ella de que su matrimonio terminara fracasando.

–Bueno, con el tiempo lo entendí –repuso Orsino–. Entendí que te habías casado conmigo para conseguir dinero, posición y fama. Justo lo que necesitabas para llegar a la cima de tu carrera.

Se llevó las manos a la cadera. Estaba furiosa, pero no pensaba perder el control. Se acercó más a la escalera y él siguió sin moverse. Sin el bastón ni el cabestrillo parecía estar de nuevo en forma. Tenía una presencia intimidante y muy masculina. No pudo evitar estremecerse de nuevo.

–Creo que ya te has recuperado bastante, Orsino. Es hora de que te vayas.

–Desafortunadamente, mi vista aún no está bien –repuso él–. Y aún tardaré un tiempo en recuperar las fuerzas.

–Pues parece que ya no tienes problemas con estas escaleras. Y tampoco te veo débil, la verdad.

Orsino cruzó los brazos sobre su torso. Aún llevaba escayola en un brazo, podía notarla bajo el jersey.

–Me alegra saberlo… –repuso él con una sonrisa chulesca–. Pero, ¿por qué tienes tantas ganas de que me vaya, Poppy? No me digas que me tienes miedo.

Estaba harta de esa situación. Se echó a un lado para subir las escaleras, pero Orsino puso su mano sana contra la pared, impidiéndole el paso. Aun así, se negó a dar un paso atrás. Pero se sentía atrapada e indefensa, no pudo evitarlo. Tampoco pudo evitar recordar ciertos momentos de su infancia.

–No te pases de listo conmigo, Orsino Chatsfield. Aunque seas más grande y fuerte que yo, no voy a dejar que me intimides.

Agarró del brazo y tiró de él, pero no se movió. Era puro músculo y, durante un segundo, sintió un miedo que la atenazó por completo, no pudo evitarlo. Le costaba respirar y se sintió amenazada.

Orsino no tardó en apartar el brazo.

–¿Poppy? –le preguntó con el ceño fruncido–. ¿Poppy? ¿Qué te pasa?

Tardó unos segundos en recuperarse lo suficiente como para contestarle.

–Nada. No me pasa nada. Pero no quiero tenerte aquí.

–Yo creo que tienes miedo.

Sus palabras se hundieron en su corazón, en ese lugar que había mantenido oculto durante años. Un lugar que solo su madre conocía.

Lo miró con la cabeza bien alta. Le fastidiaba que Orsino la provocara de esa manera, que se metiera donde no debía. Lamentaba que hubiera vuelto a su vida, alterando la paz que tanto le había costado conseguir.

Después de una semana viviendo bajo el mismo techo, tenía los nervios a flor de piel y no había podido dejar de recordar esa época de su vida en la que había sido tan ingenua como para creerse la mujer más afortunada del mundo.

Y peor había sido darse cuenta esa mañana de que sentía celos cuando lo veía con otras mujeres. Le costaba creerlo cuando ese hombre había estado a punto de destruirla. Le hacía sentir cosas que no debería sentir.

–¿Miedo? –repitió ella–. ¿De ti? ¿Por qué iba a tenerte miedo? No puedes hacerme nada.

Creía que no podía hacerle nada peor que lo que le había hecho, abandonarla cuando más lo había necesitado.

–Si no tienes miedo de mí, entonces ¿de qué tienes miedo? –le preguntó con una voz que era como una caricia sobre su piel.

Orsino se llevó las manos a las gafas y se las quitó. Poppy se encontró de repente con sus ojos de ébano.

–¿De esto? –agregó Orsino inclinando hacia ella la cabeza.

Lo hizo lentamente, como si quisiera darle tiempo para que se apartara. Pero Poppy no se podía mover. Tampoco podía respirar. Sintió que se detenía el tiempo, al menos hasta que la boca de Orsino se encontró con la suya. Entonces, no pudo controlar un estremecimiento de puro placer.

De repente despertó un deseo en su interior que anuló por completo todos los recuerdos del pasado.

Su boca era cálida, firme e insistente. No podía pensar en nada, separó los labios sin pensar en lo que hacía y se quedó sin aliento cuando sus lenguas se tocaron. Orsino no dejaba de incitarla y provocarla con sus labios y su lengua, haciendo que se olvidara de todo.

Subió las manos por su fuerte torso hasta los hombros. Podía sentir bajo los dedos la suave cachemira de su jersey y su calor. Orsino la sujetaba con firmeza por la nuca, exigiendo más de ella mientras se giraba para atraparla entre él y la pared.

La boca de Orsino le resultaba muy familiar, pero la urgencia era nueva, intensa y embriagadora. Sintió cómo despertaba el deseo en su interior, con una fuerza extraordinaria y hacía tanto tiempo que no se sentía así…

La necesidad la inundó, se acercó más a él, rogándole lo que tanto deseaba con sus manos, su boca y el resto de su cuerpo.

Notó cómo Orsino gemía de placer y ese sonido consiguió

encenderla más aún. Él movió la cabeza para poder besarla mejor y ella hizo lo mismo. La urgencia estaba haciendo que actuaran con torpeza, era casi como si se besaran por primera vez.

Era increíble sentir sus pechos aplastados contra el sólido torso de ese hombre, sin dejar de besarse, apretó las caderas contra él, separando levemente los muslos. A los dos parecía impulsarlos una tormenta de deseo que les hizo olvidar toda precaución e incluso su instinto de supervivencia.

Sintió la mano de Orsino en su pecho y se estremeció. Comenzó a acariciar su tenso pezón con el pulgar, haciendo que oleadas de puro éxtasis la atravesaran de arriba abajo, casi como pequeñas sacudidas eléctricas.

Bajó ella las manos por su fuerte espalda hasta llegar a sus nalgas. Lo presionó entonces contra su pelvis, necesitaba tenerlo más cerca aún. Nada de lo que hacía le parecía suficiente, quería más. Se estremeció al sentir lo excitado que estaba. Su corazón latía con fuerza y se derretía por él.

–Sí –susurró Orsino contra su boca mientras empujaba su pelvis contra la de ella–. Sí…

Sintió que ardía en llamas y el placer era tan intenso que no podía controlar sus gemidos.

Había pasado tanto tiempo…

Creía haberlo olvidado, había pensado que sus recuerdos habían magnificado cómo había sido hacer el amor con ese hombre, el insoportable placer que había sentido siempre cuando el cuerpo de Orsino se fusionaba con el suyo de la manera más íntima y perfecta posible.

Una voz en su cabeza que apenas escuchaba le advirtió sobre lo que estaba haciendo, le recordó que era un error, que era muy peligroso, que estaba mostrándole su debilidad. Pero sentía que lo que estaba pasando no la hacía sentirse débil, todo lo contrario. Se sintió más poderosa que nunca. La fuerza y el placer corrían por sus venas, era una sensación increíble.

Agarró con más fuerza su trasero, necesitaba tenerlo más cerca.

–Ayúdame –le pidió Orsino casi sin aliento.

Estaba tratando de desabrocharle los pantalones, pero no le estaba resultando nada fácil con solo una mano. Era muy excitante ver lo frustrado que estaba. Tan desesperado como ella.

–¡Ayúdame! –repitió él con más urgencia aún.

Poppy metió las manos entre los dos y le quitó el cinturón, abrió después sus pantalones vaqueros. Podía sentir el calor de su respiración entrecortada en el oído. No tardaron en caer también al suelo sus propios pantalones.

Unos segundos después, estaba desnuda de cintura para abajo y

Orsino comenzó a acariciar su sexo, haciéndole cosas con sus dedos que la estaban dejando sin aliento.

–¡Sí! –gimió ella en voz alta.

Deslizó la mano bajo sus calzoncillos y se estremeció al sentirlo en su mano. Tan caliente, sedoso y fuerte…

Orsino agarró uno de sus muslos y lo levantó por encima de su cadera. Estaba atrapada entre él y la dura pared. Se aferró a sus fuertes hombros y se quedó sin respiración cuando sintió que se deslizaba dentro de ella, llenando su cuerpo de calor y sensaciones indescriptibles.

Durante una milésima de segundo se quedó inmóvil, el placer era increíble, casi insoportable.

Oyó entonces que Orsino rugía algo en italiano. Sus cuerpos se arquearon el uno contra el otro, moviéndose frenéticamente hasta llegar al clímax. Fue maravilloso sentir que se derramaba en su interior mientras el mundo estallaba en mil colores brillantes a su alrededor.

Capítulo 7

Poppy dejó caer su cabeza contra el hombro de Orsino. Tenía el corazón desbocado y su cuerpo aún se estremecía, sacudiéndose con oleadas de placer mientras trataba de normalizar su respiración.

Orsino seguía sujetándole la pierna con su mano sana y era un alivio que siguiera atrapada entre la pared y su musculoso cuerpo porque sabía que sus piernas no podrían sostenerla en esos momentos. Era increíble sentir el cálido aliento de sus jadeos contra la piel.

Él se movió un milímetro y Poppy sintió un último espasmo en su interior. Se mordió el labio para no gemir de placer, pero estaba segura de que Orsino se había dado cuenta, sintió que apretaba posesivamente su muslo.

–Poppy… –susurró Orsino con una voz que le llegó como una caricia.

Ese hombre había conseguido avivar partes de su cuerpo que habían estado dormidas durante los últimos cinco años.

Cinco largos años.

Orsino había sido su primer amante y no había estado con ningún hombre desde su separación. Aun así, a Orsino le había bastado con besarla para que cayera rendida en sus manos como una fruta madura. No entendía cómo podía haberlo conseguido.

No pudo evitarlo, se sintió muy avergonzada. Le costaba creer que fuera tan autodestructiva como para entregarse a un hombre que la despreciaba, el mismo hombre que había estado a punto de destruirla.

Empujó su torso con las manos y Orsino dio un paso atrás. Le temblaban tanto las rodillas que le costó mantenerse en pie.

Agachó abochornada la cabeza y no pudo evitar sonrojarse. Aún llevaba puesto uno de sus zapatos y tenía los pantalones alrededor de ese tobillo.

–No me lo puedo creer… –susurró.

–Créetelo, Poppy.

Algo en su voz hizo que levantara hacia él la cabeza. Sus ojos, que eran marrones, parecían casi negros en ese momento. Había esperado ver un gesto de satisfacción o incluso de triunfo en su cara, pero encontró algo más. Algo que no habría podido definir.

Sintió que había de nuevo una especie de conexión entre ellos, como en los viejos tiempos, cuando había creído que lo que tenía con

él era perfecto.

Sin poder evitarlo, se sintió de nuevo culpable por lo que había pasado y cómo había terminado todo entre los dos.

Aunque sabía que también Orsino tenía parte de culpa en lo que había ocurrido, había sido ella la que había dado el primer paso cuando, sintiéndose dolida y sola, se acercó a Mischa en busca de consuelo.

Tenía que reconocer que había sido ella la que había herido de muerte su relación, aunque hubiera sabido después retirarse a tiempo, antes de que fuera demasiado tarde, antes de quebrantar sus votos matrimoniales.

–Poppy –la llamó en voz baja–. No es el fin del mundo.

No pudo evitar echarse a reír al ver que Orsino trataba de consolarla. Le parecía imposible.

–No, por supuesto que no –repuso mirándolo de nuevo a los ojos–. Aun así, me cuesta creerlo.

Se agachó para subirse los pantalones. No quería seguir medio desnuda delante de él. También Orsino aprovechó para abrocharse los vaqueros.

Se sonrojó aún más al darse cuenta entonces de que él ni siquiera había tenido que bajarse los pantalones para hacerla suya. Y ella se lo había permitido.

De hecho, más que permitírselo, había sido ella quien le había incitado a hacerlo.

Pero no podía pensar en eso, ya no tenía sentido arrepentirse de lo que había pasado. Levantó la cara y trató de parecer más segura de lo que se sentía.

–Ha sido muy agradable, Orsino, pero tengo que…

–¿Salir corriendo, Poppy? –la interrumpió Orsino–. ¿Quieres acaso fingir que no ha pasado nada? No seas ingenua.

Abrió sorprendida los ojos. Le costaba creer que ese hombre, que la había acusado de ser una mujer promiscua, infiel e inmoral, la acusase en ese momento de estar siendo demasiado ingenua.

–Ya has tenido tu… –comenzó sin saber cómo definirlo–. Ya has conseguido lo que querías. Pero ya ha pasado y no va a suceder de nuevo. Ahora, si no te importa, me gustaría ir a darme una ducha.

–Claro que va a suceder de nuevo –repuso Orsino sin dejar de mirarla a los ojos–. Pero la próxima vez espero que sea en un sitio más cómodo. Ya te he dicho que aún no me he recuperado del todo –añadió señalándole la escayola del brazo.

Le entraron ganas de preguntarle si se había hecho daño, pero recordó la fuerza con la que la había sostenido mientras la embestía sin piedad hasta que llegaron los dos al clímax.

Orsino acarició con los dedos su mejilla y esa leve caricia hizo que

se quedara un segundo sin aliento. Y sintió que el deseo despertaba de nuevo en su interior.

–No puedes huir de esto, Poppy. No va a desaparecer –le dijo acariciando con el pulgar sus labios–. Si quieres, puedo provocarte para que nos peleemos de nuevo, no me va a costar nada conseguir que te enfades. Así, tendrías una excusa para dejarte llevar de nuevo como acabas de hacerlo. Pero creo que todo podría ser mucho más divertido si lo aceptaras.

–¿Divertido? No me interesa divertirme contigo.

–Si no se trata de diversión, ¿por qué ha ocurrido? No creerás que ha tenido algo que ver con el amor, ¿verdad? –le preguntó casi con repugnancia.

–No, por supuesto que no –contestó ella–. Solo ha sido…

–Sexo, Poppy. Sexo salvaje, casi animal. El tipo de sexo que te impide pensar, que te deja después temblando.

Pero él no parecía que estuviera temblando. Estaba más guapo que nunca y muy seguro de sí mismo.

–El tipo de sexo que…

–¡Ya basta! ¡Qué obsesión! –lo interrumpió ella levantando la mano–. ¡Hablas de lo que ha pasado como si llevaras años sin hacerlo!

Vio que apretaba los labios y fruncía el ceño.

–Me limito a decirte cómo son las cosas, Poppy –le dijo tomando su muñeca y buscando su acelerado pulso–. Esto no va a desaparecer. ¿No lo entiendes?

–Pues tendrá que desaparecer –repuso ella apartando su mano.

Se cruzó de brazos. Sentía de repente mucho frío.

–No tenemos nada en común. Nos pasamos media vida peleando y no pienso intentarlo de nuevo.

–Sigues sin entenderlo, Poppy. No pretendo que tengamos una relación. Se trata solo de lujuria, nada más.

–Pero si ni siquiera nos caemos bien –le dijo–. Sé que me detestas.

Orsino ladeó la cabeza y le cayó sobre la frente un mechón de pelo. Le entraron ganas de tocarlo de nuevo, necesitaba sentir su suavidad.

–Hagamos un trato, Poppy. No mencionaré el pasado si tú tampoco lo haces. El pasado no tiene nada que ver con esto, ha quedado atrás. Pero la atracción física sigue viva, ¿por qué no disfrutar de ella? Creo que deberíamos dejarnos llevar por ella. Así, cuando nos digamos adiós esta vez, los dos sabremos que de verdad ha terminado. Ya no quedará nada.

Lo miró sin poder creer lo que le estaba sugiriendo.

–Estás de broma, ¿verdad?

–Nunca he hablado más en serio. Pero supongo que en esto somos muy diferentes los hombres y las mujeres. Nosotros somos pragmáticos, distinguimos entre lujuria y afecto. Lo que compartimos

tú y yo es puro deseo.

Mientras hablaba, sintió cómo despertaba de nuevo su deseo.

–Tú también lo sientes, ¿verdad? –le preguntó Orsino sin dejar de mirarla con sus brillantes ojos.

Aunque le temblaban las rodillas, negó con la cabeza.

–Una vez ha sido más que suficiente.

–Mentirosa… Sé que deseas mucho más. Lo que hemos hecho ha sido muy útil porque por fin estamos hablando de ello, pero a partir de ahora será más difícil aún ignorar esta atracción.

Se quedó callado como si estuviera esperando a que ella respondiera, pero no podía hablar.

–Al menos dime que vas a pensártelo.

De mala gana, asintió con la cabeza. Habría hecho cualquier cosa para poder poner fin a esa incómoda conversación. Suspiró aliviada cuando Orsino se movió y dejó que subiera las escaleras.

Estaba ya casi en el rellano cuando volvió a hablarle.

–Una cosa más –le dijo Orsino–, no hemos usado protección. ¿Tengo algo de lo que preocuparme?

Tardó unos segundos en comprender lo que le decía. Cuando lo hizo, se le revolvió el estómago. Le costaba creer que ni siquiera hubiera pensado en ello. El deseo había anulado por completo su capacidad para pensar.

Estuvo a punto de abrir la boca para decirle que no había estado con nadie más desde que se separaran, pero se lo pensó mejor. Sabía que él no se lo iba a creer. Y, si milagrosamente conseguía convencerlo, temía que él pensara que no había estado con nadie porque aún sentía algo por él.

–No –susurró ella con un hilo de voz–. No tienes nada de lo que preocuparte, Orsino. ¿Debería preocuparme yo? –agregó al recordar todas las mujeres con las que lo había visto en las revistas del corazón.

–No, estoy limpio –repuso él.

Pero le pareció que se ponía muy serio, como si tuviera algo en mente. Estaba segura de que él se imaginaría que tomaba la píldora o usaría cualquier otro método, que era tan promiscua que siempre estaba preparada para lo que pudiera surgir. Calculó rápidamente en su cabeza y se quedó mucho más tranquila al darse cuenta de que las posibilidades de que se hubiera quedado embarazada eran escasas.

Pero ese susto le recordó hasta qué punto era peligroso el trato que le proponía Orsino, lo último que necesitaba era quedarse embarazada de él.

Subió lentamente las escaleras. Seguía sintiendo vergüenza por lo que había permitido que pasara entre los dos.

Sin embargo, llegó a su habitación sin poder quitarse de la cabeza lo que Orsino le había sugerido. Aunque fuera una locura, le parecía que

tenía cierta lógica.

En el pasado, había cometido el terrible error de pensar que el amor podía conquistarlo todo. A pesar de que había sabido desde pequeña que el amor tenía la capacidad de convertir a las mujeres en víctimas. Aun así, había amado a Orsino con una pasión que la había dominado por completo. Se había casado con él sin hacer caso de esa voz que le advertía de que estaba cometiendo un grave error. Se había convencido de que el amor que se tenían podría con todo.

El problema había llegado cuando se dio cuenta de que solo ella lo había amado. No había sabido nunca si él la había querido, no se había entregado tan completamente a ella como lo había hecho Poppy.

Creía que había caído en el mismo error de sus padres y que el amor había estado a punto de destruirla. No podía enamorarse de nuevo.

Pero le tentaba la idea de dejarse llevar por el deseo y no podía dejar de pensar en lo que le había dicho. Creía que le habría ido mucho mejor si hubiera seguido el ejemplo de Orsino y hubiera podido dejarse llevar por el deseo dejando a buen recaudo su corazón.

No había conseguido olvidarlo durante esos años y se preguntó si una relación puramente sexual con él lograría que se liberara por fin de esa conexión que, a pesar de todo, parecía haber seguido teniendo con él.

Se metió en la ducha y se quedó bajo el chorro de agua hasta que se le empezaron a arrugar los dedos, pero no consiguió tomar una decisión. El sentido común le decía una cosa y la voz de la tentación, otra muy distinta.

Cerró el grifo y apoyó la frente y las manos en la pared de la ducha. Su idea había sido limpiar de su cuerpo todo rastro que pudiera haberle dejado Orsino, tanto el recuerdo de sus manos como su aroma, pero el agua caliente no había hecho más que reavivar su deseo.

En la intimidad de su cuarto de baño, admitió por fin la verdad. Deseaba a Orsino y dejarse llevar por lo que le hacía sentir. Lo deseaba más que nada.

Furiosa consigo misma, abrió la puerta de la ducha y alargó la mano para agarrar a ciegas la toalla, pero se encontró con un cálido cuerpo y abrió los ojos de golpe.

–¿Orsino?

A Orsino le bastó con mirarla a los ojos para saber que había sido buena idea colarse en su cuarto de baño. Poppy no tuvo tiempo de reaccionar y ponerse una máscara de indiferencia, su expresión la traicionó. Había deseo en sus ojos y una invitación en sus labios entreabiertos.

Se dio cuenta de que lo deseaba tanto como él a ella. En cierto modo, le tranquilizó ver que él no era el único con un hambre descontrolada. Como en ese momento, le estaba bastando con sentir su palma húmeda sobre el torso para que su deseo lo dominara por completo.

–Sí, soy Orsino. ¿Quién iba ser si no? –repuso sin poder dejar de mirar ese delicioso cuerpo.

Su piel, aún húmeda, brillaba tentadoramente. Apenas podía contener sus manos viendo sus firmes y redondos pechos y esos rosados pezones. Una cintura que cabía entre sus manos, las femeninas curvas de sus caderas y ese triángulo de pelo suave un poco más abajo… Tragó saliva, recordando su delicioso y excitante sabor.

–Ven –le dijo tomándola por el codo y ayudándola a salir de la ducha–. Deja que te ayude –agregó mientras la envolvía en una enorme y esponjosa toalla y la acercaba contra su cuerpo.

–No deberías estar aquí. No te he invitado –repuso Poppy muy indignada.

Pero no conseguía engañarlo y los dos lo sabían.

–¿Dónde iba a estar si no? –le preguntó secándola lentamente con la toalla–. Te deseo y tú a mí. ¿No es así, Poppy?

Notó que contenía la respiración y que sus ojos se cerraban levemente cuando comenzó a tocarle los pechos por encima de la gruesa toalla.

Poppy abrió la boca, pero no dijo nada. Le habría encantado mostrarle una sonrisa triunfante, pero se sentía tan confuso como lo parecía estar ella.

–No tiene nada que ver contigo –le dijo Poppy al final–. Como me dijiste antes, solo se trata de sexo.

Vio que se sonrojaba y el corazón le dio un vuelco. Esa capacidad que tenía para ruborizarse le había fascinado desde el principio. Había asumido que una mujer acostumbrada a posar en trajes de baño y sexys vestidos no podía sonrojarse, pero Poppy lo hacía.

Recordó la primera vez que la desnudó. Le había parecido que se mostraba tan tímida que había llegado a preguntarse si él sería su primer amante. Pero Poppy le había demostrado tanta pasión desde el principio que le había parecido imposible.

–Es que hacía bastante tiempo que no… Eso es todo. Por eso…

–¿Qué quieres decir? ¿Que no es a mí a quien deseas? ¿Que te habría valido cualquiera? –le preguntó frunciendo el ceño–. Hablé con un modelo esta mañana al que le encantaría ayudarte con ese problema… Llámale, si quieres.

No entendía lo que le pasaba, por qué le hablaba con tanta crueldad. Pensó que quizás lo hiciera para protegerse, para dejarle muy claro que no les unía nada que no fuera simple atracción física.

Pero no quería ni imaginarse a Poppy con otro hombre. Incluso después de tanto tiempo, no podía siquiera pensar en ello. Instintivamente, dio un paso atrás para apartarse de ella.

Poppy lo miró de arriba abajo, como si hasta entonces no hubiera sido consciente de que estaba desnudo y, a pesar de su enfado, excitado. Le entraron ganas de tomarla entre sus brazos al ver cómo lo observaba. Pero se contuvo. La deseaba, pero no iba a arrastrarse para conseguir lo que quería.

Cuando lo hicieron en la escalera, había estado tan excitado que, cuando Poppy comenzó a acariciar su miembro, estuvo a punto de perder el control. Le parecía un milagro que hubiera conseguido contenerse hasta estar por fin dentro de ella. Se había sentido como un adolescente y había tratado de justificarse pensando que había estado así por culpa de la abstinencia. Pero, viendo cómo lo devoraba con los ojos, temió perder el control en ese instante.

Vio que Poppy tragaba saliva y sintió que se le aceleraba aún más el pulso. Recordaba perfectamente la sensación de tener esa boca de terciopelo en él, consiguiendo que se rindiera por completo al placer. Quería volver a sentirse así, quería…

Se miraron a los ojos y sintió que se estremecía. No era solo deseo, sino algo mucho más profundo. Algo que había pensado que ya no iba a sentir.

–¿Es eso lo que quieres? –le preguntó enfadado–. ¿Te vale cualquiera? Como quieras… Y puede que alguna de las chicas que conocí esta mañana me pueda ayudar con esto –agregó señalando su erección. Ya que a ti no te interesa…

Poppy apartó rápidamente la mirada y, aunque le fallaba la vista, le pareció ver lágrimas en sus ojos.

–¿Poppy? –susurró sin poder esconder preocupación.

Se volvió hacia él unos segundos después y se dio cuenta de que se había estado mordiendo el labio inferior.

–De acuerdo, tú ganas, Orsino. Lo admito –le dijo en voz baja–. Es a ti a quien deseo. No me vale cualquiera –añadió acercándose a él y colocando de nuevo la mano en su torso–. ¿Satisfecho?

Atrapó su delicada mano con la de él y sintió que temblaba como un pajarillo.

–No, todavía no –respondió–. Porque te deseo tanto que no puedo pensar en otra cosa. Y solo a ti, Poppy, no me vale otra mujer. Solo tú.

Sabía que estaba diciéndole demasiado, pero no le importó. Necesitaba ser sincero con ella.

–No llores, Poppy. No eres la única que lo siente, a mí me pasa igual.

–¿En serio? –le preguntó ella.

Durante mucho tiempo, había deseado hacerle sufrir por lo que le

había hecho, había querido vengarse. Pero se le olvidó al ver su angustia.

–Yo también preferiría no sentirme así –admitió él–. Pero así son las cosas. Por ahora… –susurró–. Te necesito, Poppy. Solo a ti.

–Yo también te necesito, Orsino –repuso en voz baja–. Solo a ti.

Era casi un intercambio de promesas, pero él prefirió no pensar en ello y convencerse de que solo había atracción. Una atracción que debía saciar cuanto antes para poder cortar por lo sano y continuar con su vida.

La llevó de la mano al dormitorio y se tumbaron en la cama.

–Me encanta tu pelo –admitió él mientras extendía su húmedo cabello sobre el colchón.

–Y a mí el tuyo –repuso Poppy apartándole un mechón de la frente.

Fue una caricia muy leve, pero la sintió en todo el cuerpo. Era algo que le pasaba a menudo con Poppy. Nadie le había hecho sentir tanto.

–Dilo otra vez –le pidió.

–Te deseo, Orsino –susurró Poppy trazando con un dedo la cicatriz que tenía junto al ojo–. Te necesito…

–Así me gusta.

Trató de sonreír, pero estaba demasiado tenso para hacerlo.

–Así que, en esto al menos, estamos igual –añadió él mientras se levantaba.

Poppy abrió la boca para protestar al ver que se alejaba de la cama. Su gesto le hizo sonreír y relajarse un poco.

–Venía a por esto –le dijo mientras le mostraba la caja de preservativos que había dejado en la mesilla de noche mientras ella se duchaba.

Vio que se sonrojaba de nuevo y no pudo evitar sentirse posesivo con esa mujer. Acababa de confesarle que solo lo deseaba a él, pero sentía la abrumadora necesidad de hacer que olvidara al resto de amantes que hubiera tenido en su vida.

Su cuerpo no estaba aún tan fuerte como le habría gustado. La escayola complicaba las cosas, pero eso no le iba a impedir prodigarle la atención que se merecía. Recorrió su vientre besando cada centímetro de su piel, deleitándose al sentir que se estremecía. Fue subiendo por su torso hasta llegar a su garganta, donde podía sentir su pulso acelerado. Le embriagaba su delicioso aroma a frambuesas y a deseo, le costaba creer que pudiera llegar a cansarse de esa mujer.

Siguió besándola, esa vez bajando por su anatomía, deteniéndose en una pequeña cicatriz en forma de corazón que tenía en la cadera y siempre le había fascinado.

Exploró con los labios, la lengua y las manos sus largas y flexibles piernas. Tenía tanta sensibilidad en la parte posterior de sus rodillas como recordaba, tanta que tuvo que sujetarla con el peso de su cuerpo

para que dejara de moverse. Le encantaba ver cómo se retorcía. Era un preludio de lo que iba a llegar después. Sonrió y subió por sus pálidos y suaves muslos, acariciándola levemente con sus dedos.

Poppy gimió cuando llegó a la unión de sus muslos y sus piernas se separaron.

–Siempre tan ansiosa… –susurró.

Nunca había dejado de impresionarle la sincera sexualidad de Poppy, se entregaba por completo. Era algo en lo que había tratado de no pensar desde su ruptura, pero era increíble tenerla de nuevo entre sus manos y en esa cama. Anhelaba deslizarse dentro de ella y moverse juntos sobre ese colchón hasta alcanzar el éxtasis. Pero quería ir despacio y dejar una huella imborrable en ella. Quería que siempre recordara que era él quien le daba todo lo que necesitaba.

Su sabor era dulce y salado a la vez. Era increíble volver a sentir el sabor de su placer en la lengua y los labios. Siguió besándola íntimamente, disfrutando con sus gemidos y la forma en la que sostenía su cabeza entre las manos. No podía esconder lo que le estaba haciendo sentir.

No tardó en deshacerse entre sus brazos y tuvo que sostener con fuerza sus caderas cuando arqueó contra él su cuerpo.

Sintió cómo se sacudía cuando llegó al clímax. Era indescriptible saber que él le estaba dando tanto placer y se quedó sin aliento cuando gritó su nombre.

Cuando por fin se quedó inmóvil, se levantó para acostarse a su lado. Abrió los ojos para mirarlo y fue increíble ver tanta satisfacción en su mirada. Consiguió emocionarlo, hacerle sentir cosas que había olvidado.

–Ahora te toca a ti… –le dijo Poppy con una dulce sonrisa.

–No, acabo de empezar –repuso él mientras su mano se deslizaba hasta ese triángulo de rizos húmedos y suaves.

Mientras la acariciaba con sus dedos, se permitió por fin la libertad de atrapar uno de sus deliciosos pezones entre los dientes.

No fue hasta mucho tiempo después cuando por fin se deslizó dentro de ella.

Había retrasado tanto su propia satisfacción que le temblaba todo el cuerpo, pero la espera merecía la pena. Sentía que Poppy era suya, que la había marcado con sus caricias y besos, llevándola una y otra vez al clímax. Para que no le quedara ninguna duda, para que Poppy se diera cuenta de que era a él a quien pertenecía.

No sabía por qué le importaba tanto, pero era así como se sentía. A pesar de que le había repetido una y otra vez que aquello era solo sexo, nada más.

Fue increíble sentirse dentro de ella y ver cómo lo miraba a los ojos con la expresión más dulce que había visto en su vida. Poppy rodeó su

espalda con los brazos y le envolvió las caderas con sus largas piernas. Apenas tuvo tiempo para deleitarse en las sensaciones que estaba sintiendo, sobre todo cuando sintió que Poppy estaba a punto de llegar al clímax una vez más.

Orsino estaba al borde del abismo y no tardó en alcanzar un intenso orgasmo que le hizo rugir de placer mientras echaba la cabeza hacia atrás.

Cayó segundos después sobre ella, aplastándola contra la cama y con la cara escondida contra su dulce cuello. Podía sentir cómo tronaban a la vez sus corazones.

No quería hacerle daño y, de mala gana, se apoyó en los codos. Le dolían las costillas, pero no le importaba.

Bajó la cabeza, no estaba listo para mirarla a los ojos.

Solo le había quedado clara una cosa. Si él había conseguido marcarla, Poppy había hecho lo mismo con él. En esos momentos, se sintió tan ligado a esa mujer como no lo había estado durante su breve matrimonio.

Y eso no encajaba en absoluto con lo que había sido su plan: acostarse con ella y marcharse.

Capítulo 8

No, no puedo, Bettina. Ese es el problema.

Poppy se detuvo junto a la puerta de entrada al oír la frustración en la voz de Orsino. No pudo evitar preguntarse quién sería esa tal Bettina ni qué habría hecho para que estuviera tan nervioso.

Sabía que no tenía derecho a tener celos, pero eso era lo que sentía. Durante las últimas cuatro noches, habían compartido cama y pasión. Creía que debería sentirse avergonzada al haber capitulado de esa manera, pero prefería no pensar en eso y concentrarse en el presente.

Podía oír a Orsino desde el vestíbulo.

–Lo he intentado, pero…

Oyó de repente un fuerte ruido que la sobresaltó.

–No, estoy bien, Bettina –agregó Orsino–. Lo siento. Ha sido por culpa de mis problemas de vista. De vez en cuando, juzgo mal las distancias y me tropiezo.

Se quedó unos segundos en silencio.

–No, no ha sido el portátil. Casi habría sido mejor si lo hubiera sido, me está volviendo loco…

Hubo otra pausa.

–Sí, lo sé, tengo que tener paciencia.

Se asomó al salón y lo vio. Estaba de espaldas a ella y con su silueta recortada contra la luz grisácea que entraba por la ventana. Tenía los hombros encorvados y se pasaba la mano por el pelo. Le bastaba con mirarlo para sentir un cálido cosquilleo por su columna vertebral.

Le parecía muy peligroso que no necesitara más para desearlo, pero no podía evitarlo. Había decidido que no tenía nada de malo que quisiera disfrutar de esa atracción física. Era algo que se repetía varias veces al día. Lo complicado era controlar además las emociones.

Habían tenido que dejar de rodar por culpa del tiempo. Había estado nublado todo el día y al final había empezado a llover con fuerza. Sus compañeros la habían invitado a ir con ellos a tomar algo, pero ella había preferido volver a casa.

Pensó al verlo hablando por teléfono que no se había preguntado nunca qué hacía en casa mientras ella trabajaba. Los dos habían tenido mucho cuidado para no hablar de nada que no tuviera que ver con lo que compartían en el dormitorio. Pero suponía que alguien tan activo como Orsino debía sentirse muy mal pasando los días allí

encerrado.

Sintió de repente mucha curiosidad. Por lo que había en su portátil y también sobre quién era esa tal Bettina.

Se acercó a él y Orsino se giró hacia ella. Se miraron a los ojos y sintió que despertaba con fuerza el deseo en su interior. No necesitaba nada más.

Su mente se llenó de imágenes eróticas. Ellos dos en el sofá, Orsino desnudo en la alfombra y frente al fuego de la chimenea, cómo se miraban a los ojos cuando estaban a punto de alcanzar el clímax, los abrazos de después…

–No te preocupes, Bettina. Lo intentaré de nuevo más tarde. Adiós.

Le pareció que no le hablaba como si fuera su amante o su novia. Y, aunque sabía que no debía importarle, se sintió aliviada.

–Has vuelto muy pronto –le dijo él.

Se encogió de hombros y le señaló la lluvia tras los cristales.

–El rodaje de hoy era al aire libre, pero el tiempo tiene sus propios planes. Mañana filmaremos en interiores –le explicó ella.

Orsino se guardó el teléfono, pero no fue hacia ella. Se preguntó si habría interrumpido algo.

Se acercó un poco más a él. Vio que tenía el portátil en la mesa de centro y unos documentos sobre el sillón. Se quitó la chaqueta y la dejó en la silla.

–No pareces contento de verme. ¿He interrumpido algo?

Estaba lo bastante cerca para ver que Orsino no la miraba con tanta indiferencia como había creído. Tenía la mirada fija en sus labios, que aún llevaba pintados de rojo carmesí y le dio la impresión de que le costaba respirar con normalidad.

–¿Orsino? –insistió.

Hizo un puchero y le encantó ver lo poco que le costaba distraerlo. Se pasó entonces la lengua por el labio inferior, pensando que quizás fuera demasiado obvio que estaba jugando con él. Pero consiguió exactamente la reacción que quería. Vio que Orsino apretaba la mandíbula y se tensaban los músculos de su cuello. Era increíble ver el poder que tenía sobre él.

–No he podido evitar escucharte. ¿Tienes algún problema con el ordenador?

Pero Orsino seguía con la mirada fija en su boca.

–¿Orsino? ¿Qué pasa? ¿Tengo algo en la cara?

–No –susurró él–. Lo que tienes es la boca más sexy que he visto nunca. No me canso de ella.

Le sorprendieron sus palabras. Aunque era un amante muy generoso, rara vez hacía alusión a la profundidad del deseo que sentía por ella.

–Me encanta oírlo.

Se acercó más a él y le dio un leve beso en los labios. Después, se apartó y lo miró de arriba abajo. Le encantó ver cómo reaccionaba el cuerpo de Orsino.

–Eres una bruja… –le dijo en voz baja y ronca.

–Lo soy, pero sé que te gusta que lo sea.

Orsino le dedicó media sonrisa y fue entonces ella la que se quedó paralizada. Era increíble lo que podía conseguir con un inocente gesto como ese.

–Bueno, ¿qué le pasa al portátil? ¿Se ha roto? Oí antes un ruido…

Orsino dio un paso atrás y se cruzó de brazos.

–No, no le ha pasado nada. Me choqué con una mesa. La culpa la tiene mi vista, que aún no está bien del todo.

–Dale tiempo –le aconsejó–. Siempre fuiste muy impaciente.

Entrecerró los ojos y temió que fuera a acusarla de haber sobrepasado una línea imaginaria, la que evitaban cruzar para no hablar del pasado. Pero se limitó a asentir con la cabeza y a pasarse una mano por el pelo.

–Eso dice todo el mundo –reconoció Orsino.

–¿Bettina también?

Orsino se encogió de hombros.

–Esa mujer tiene más paciencia conmigo que el santo Job. Claro que necesita ser así para poder trabajar conmigo. No entiende que no pueda ser paciente.

–¿Es tu secretaria? –le preguntó aliviada.

Orsino asintió con la cabeza.

–Sí. Pero, si no consigo mejorar, no sé si seguirá siéndolo o terminará con cansarse y dejarme.

–No será para tanto.

Creía que el trabajo de su secretaria no podía ser demasiado complicado.

–Lo es cuando no puedo leer documentos esenciales y, como consecuencia de ello, tampoco puedo tomar decisiones.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó sin pensar.

–¿Ayudarme? –repitió Orsino como si no entendiera el concepto.

–Sí, con el portátil. Si no puedes abrir un documento…

Pero Orsino negó con la cabeza.

–No es eso. Puedo abrir los documentos, lo que me cuesta es leerlos –admitió.

Supuso que le costaría mucho verse tan vulnerable y limitado.

–¿Quieres que te lo lea yo?

Se quedó pensativo unos segundos, pero después sacudió la cabeza.

–Gracias, pero no. Es un documento muy grande, una hoja de cálculo.

Cada vez sentía más curiosidad, no podía evitarlo. No entendía por

qué tendría que examinar hojas de cálculo. Pero pensó entonces que quizás tuviera algo que ver con su capital e inversiones. Entendió que no quisiera compartir esa información con la que iba a ser pronto su exmujer.

–No pasa nada, era solo una idea. No te preocupes –le dijo ella.

Orsino se quedó mirándola pensativo unos segundos.

–Pero ¿de verdad estarías dispuesta a hacerlo? Es muy aburrido.

–Hoy tengo el resto del día libre, puedo hacer lo que quiera.

Pero, en vez de querer aprovecharlo para dar rienda a la pasión, acababa de ofrecerse para ayudarlo y pasar la tarde con él. No entendía qué le pasaba, no podía olvidar que le convenía mantener las distancias.

–No puede ser peor que tener que llevar un corsé durante horas mientras espero a que el modelo de turno diga bien su parte del diálogo.

–Parece bastante duro –repuso Orsino sonriendo.

–No tienes ni idea –comentó mientras se estiraba.

Era una sensación increíble el poder haberse quitado por fin el corsé y volver a ponerse su cómoda ropa interior. Vio que a Orsino se le iban los ojos a su escote y sintió cómo se tensaban sus pezones casi al instante.

Bajó los brazos y se volvió hacia la chimenea. A veces le asustaba la intensidad con la que reaccionaba su cuerpo.

–Entonces, ¿quieres que te lea este documento?

–La verdad es que sí, gracias.

Se sentó en el suelo, frente a la mesa de centro donde tenía el ordenador. Orsino se acomodó en el gran sillón que tenía justo detrás. No pudo evitar pensar en lo acogedora que era esa escena, con ellos dos allí, la chimenea encendida y el sonido de la lluvia golpeando los cristales. Pero nada era lo que parecía.

Suspiró y agarró el ordenador. Sabía que no le convenía soñar despierta. Ya había confundido una vez la pasión de Orsino por amor y había sido un gran error. Se recordó que tenía que recordar siempre sus propias normas.

Debía ignorar el pasado porque le dolía demasiado. Y también el futuro, ya que no tenían ninguno. Debía concentrarse en el presente.

–¿Qué documento quieres que lea? –le preguntó.

Orsino se inclinó hacia delante y abrió el archivo que quería. Había cambiado los ajustes para hacer la letra más grande.

–¿No puedes leer eso?

Se le encogió el corazón. Había pensado que su vista mejoraba cada día. Le daba la impresión de que era mucho más ágil y se movía con facilidad. Pero se dio cuenta de que ella solo solía verlo en la cama o en el cuarto de baño.

–Puedo leer algunas cosas, pero me cuesta seguir las líneas y leer las notas al pie de la hoja de cálculo. Aún veo las imágenes algo distorsionadas y eso hace que leer estos documentos sea demasiado difícil.

–No me sorprende –repuso al ver la gran cantidad de filas y columnas llenas de cifras–. Pero ¿de verdad necesitas hacer esto ahora?

–¿Por qué? ¿Has cambiado de idea?

–No, claro que no. ¿Qué hoja de cálculo quieres que lea?

–Supongo que podríamos empezar por la primera. Comienza por arriba y ve bajando.

No tardó mucho en darse cuenta de que el informe no tenía nada que ver con posibles inversiones ni operaciones financieras de ningún tipo. Tampoco estaba relacionado con sus expediciones.

–¿Puedes releer el último dato? –le preguntó Orsino mientras escribía algo.

Se sintió mejor al comprobar que al menos podía ver lo suficiente como para tomar notas.

–¿Qué es todo esto? –le preguntó después de releer unas cifras.

Orsino se quedó en silencio unos segundos.

–Son gastos de tratamientos médicos, alimentos, costes de mantenimiento…

–Eso ya lo he visto, pero ¿para quién?

–Para una entidad con la que trato. ¿Puedes seguir con…?

–¿Qué tipo de entidad?

Le intrigaba que se resistiera tanto a hablar de ello. No sabía qué estaba tratando de ocultarle.

–¿Orsino?

Notó que se movía detrás de ella como si estuviera de repente incómodo.

–Es un centro de rehabilitación.

–¿Para? –le preguntó con algo de impaciencia.

–Para personas que han resultado heridas por las minas antipersonas.

Poppy dejó el portátil en la mesa y se dio la vuelta para mirarlo. Pero Orsino la ignoró y siguió tomando notas.

–¿Pero por qué estás revisando tú estos informes? –insistió ella.

Orsino se encogió de hombros.

–Ya sabías que organizo expediciones y eventos para recaudar dinero, ¿no?

–Sí. Pero ¿qué tiene eso que ver con estos temas administrativos?

Era un hombre de acción, siempre en movimiento, no lo imaginaba sentado en un despacho.

–Es importante llevar una administración cuidadosa para mantener

a flote estos proyectos. Así sabemos que el dinero va a donde se necesita.

–¿Sabemos? –repitió ella frunciendo el ceño–. ¿Quiénes?

Orsino se echó hacia atrás y se frotó los ojos. Pensó que quizás estuviera presionándolo demasiado, pero necesitaba saber de qué se trataba.

–Me refiero al consejo –contestó él por fin.

–¿Estás en un consejo de administración?

–En varios –repuso él con una mueca–. Te parecerá increíble, ¿no?

Lo miró sintiendo que nunca lo había llegado a conocer.

–No, claro que no. Me parece que puedes aportar mucho –le dijo con sinceridad–. Pero ¿cómo te involucraste en estos proyectos?

Estaba claro que no le gustaba hablar de esas cosas, no parecía acostumbrado a hacerlo. Le gustó que, aunque a regañadientes, lo compartiera con ella.

–Todo empezó hace unos años, cuando un amigo me pidió que lo acompañara en un viaje, quería atravesar el mar de Timor a bordo de una canoa. Tenía tiempo en ese momento y acepté hacerlo.

–¿Cruzarlo en canoa? ¡Eso es descabellado!

–Entonces me pareció una buena idea –repuso con una sonrisa–. Esa fue la primera vez que visité Timor Oriental, uno de los países más pobres del mundo, pero con una gente muy amable y acogedora. Me quedé un tiempo y decidí involucrarme para apoyar un pequeño hospital que hace un trabajo fantástico con los escasos recursos que tienen en esa zona. Me prometí que, a partir de ese momento, cada uno de mis viajes iba a tener el objetivo de recaudar dinero para las necesidades más acuciantes de la población local. Me gustó mucho implicarme personalmente en los proyectos y es lo que he estado haciendo desde entonces. Así me da la impresión de que puedo cambiar algo.

Se miraron entonces a los ojos.

–Puede que tenga complejo de Dios, ¿no te parece?

Poppy sacudió la cabeza. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho. Le parecía increíble que Orsino hubiera desafiado a la muerte tantas veces para recaudar fondos. Había dado por hecho que hacía todas esas cosas para divertirse y encontrar nuevos retos.

Se aclaró la garganta antes de hablar. Había conseguido emocionarla.

–Pero ¿qué tiene que ver eso con los consejos de administración?

–Bueno, en algunos sitios he encontrado necesidades, pero a nadie con los conocimientos necesarios para organizar las ayudas económicas.

Lo miró con la boca abierta.

–Entonces, ¿has creado tú mismo organizaciones benéficas en otros

países?

–Bueno, yo prefiero llamarlos simplemente «proyectos» o «programas de ayuda». La idea es que sean las gentes de esas zonas las que encuentren soluciones a largo plazo que funcionen en sus regiones. Y a veces solo necesitan un poco de ayuda –le explicó Orsino–. Pero no lo hago yo solo. Trabajo con otras personas con los mismos intereses. Solo soy un eslabón más de la cadena.

Poppy miró de nuevo la pantalla del ordenador portátil.

–Una cadena increíble. Hay decenas de proyectos aquí. No me extraña ahora que necesites una secretaria a tiempo completo.

Tenía la extraña sensación de que no había conocido en absoluto a ese hombre al que tan bien había creído conocer. Parecía alguien diferente.

Siempre había sido encantador y sociable cuando tenía que serlo. Pero era a la vez reservado y distante. Había tenido muchas veces la impresión de que se encerraba en sí mismo. Incluso cuando había estado con ella.

Notó que el corazón comenzaba a latirle con más fuerza.

Siempre le había parecido que era egoísta y autosuficiente. Solo había deseado estar con ella cuando le convenía.

Pero estaba descubriendo cuánto se preocupaba por los demás. Tanto como para que su vida girara alrededor de esa vocación.

Se dio cuenta de que Orsino había cambiado.

–Como te he dicho, muchos de estos proyectos son pequeños y se adaptan a las necesidades locales.

Miró de nuevo el ordenador. Regresó al índice y examinó la lista con los nombres de los proyectos. Se quedó boquiabierta al ver uno de ellos.

–¡Conozco este sitio, el refugio para mujeres! –le dijo al verlo en la pantalla.

No estaba en un país lejano, sino a veinte kilómetros de donde había crecido. Verlo allí hizo que sintiera un montón de emociones encontradas. Sobre todo tristeza por un pasado que no podía cambiar.

–Organicé hace un par de semanas un desfile de moda para recaudar fondos para este refugio –le contó a Orsino.

Poppy se dio la vuelta para mirarlo y Orsino se distrajo mirando sus sensuales labios y la cascada de rizos despeinados que caían sobre sus hombros.

Era tan hermosa… Le costaba pensar que pudiera llegar a cansarse de ella.

Vio que lo miraba con curiosidad y lamentó haberle dejado ver esa parte de su vida. Creía que había cosas que no necesitaba saber, como

el hecho de que se hubiera lanzado a los desafíos más peligrosos para llenar el vacío que ella había dejado en su interior.

Siempre había buscado consuelo en esas aventuras que lograban hacerle olvidar que vivía en un mundo sin amor. Cuando la conoció, pensó que por fin había encontrado algo que diera sentido a su vida, pero descubrió después que el amor de Poppy había sido falso. Fue entonces cuando se lanzó a las aventuras más temerarias para tratar de apaciguar el dolor.

–¿Organizaste una fiesta benéfica? –le preguntó al ver que Poppy seguía mirándolo y esperaba su reacción.

Le sorprendía saberlo. La mujer con la que se había casado había estado demasiado concentrada en su carrera y en seguir los consejos de su querido Mischa para hacer algo por los demás.

–No eres el único con conciencia social, Orsino –le dijo Poppy haciendo un puchero con sus labios.

Apenas podía controlar las reacciones de su cuerpo cuando estaba con ella. Habían pasado ya cuatro noches juntos. Habían tenido sesiones de sexo salvaje y otras lentas y tiernas. Había hecho todo lo que había querido con esa mujer y Poppy también. Se estremeció al recordar lo apasionada que era.

Le daba miedo pensar que hubiera cometido un grave error al acostarse con ella. Temía que fuera a ser demasiado difícil romper el vínculo entre ellos después de lo que estaban compartiendo esos días como amantes.

Trataba de convencerse de que su apetito sexual no era más que el resultado de haber pasado por un largo periodo de abstinencia. Esperaba que, una vez saciado su deseo, pudiera seguir adelante con su vida y no mirar atrás.

Se inclinó hacia delante y le apartó suavemente un mechón de la cara.

–Lo siento, Poppy. No debería haberte hablado así.

Vio que se pasaba la lengua por el labio y estuvo a punto de gemir. Esa boca…

–¿Te he ofendido? Deja que te resarza –le dijo mientras bajaba la mano por su delicado hombro y seguía hasta uno de sus pechos.

Se quedó sin aliento al ver que Poppy se estremecía de placer.

–¿Cómo vas a hacerlo? ¿Tienes alguna idea? –le preguntó con picardía.

–No, dime tú lo que quieres que te haga.

–¿Cualquier cosa? –le preguntó ella levantando las cejas.

–Cualquier cosa.

–En ese caso…

Poppy se puso de rodillas y se colocó entre sus piernas. Empujó su torso para que se relajara sobre el respaldo del sillón. Con la otra

mano comenzó a desabrocharle el cinturón.

Le encantaba ver cómo le brillaban los ojos. Era la mirada de una mujer que sabía el poder que tenía sobre él. Le dedicó una sensual sonrisa mientras le bajaba la cremallera de los pantalones.

–Vas a matarme –susurró él completamente excitado.

Su sonrisa se hizo aún más grande.

–Y los dos vamos a disfrutar mientras lo hago.

Capítulo 9

Orsino pensó que, si la opulencia y el glamour ayudaban a vender joyas, la firma Baudin lo iba a tener muy fácil.

El largo salón de baile se extendía a un lado de la mansión formando un puente sobre el río. El suelo, de grandes baldosas blancas y negras, era el escenario perfecto para los vestidos de época que lucían los bailarines mientras iban danzando y dando vueltas por todo el salón. Los focos añadían luz a la tenue iluminación que proporcionaban las lámparas de araña.

La escena era muy bella y glamurosa, representaba el lujo del pasado. Y, en el centro, preciosa con un vestido granate, estaba Poppy. A lo mejor no podía ser demasiado objetivo, pero le parecía que destacaba sobre el resto.

La vio cruzar delante de él del brazo de un modelo y se quedó sin aliento. Su piel tenía el brillo de las perlas y le llegó su aroma a frambuesas. Se le fueron los ojos al amplio escote del vestido y a su estrecha cintura. Llevaba un deslumbrante collar de oro y rubíes, pero no brillaba tanto como ella.

Podía sentir que Poppy había conseguido atrapar la atención de todos los hombres que había a su alrededor. Sabía que todos la deseaban. Pero, a pesar de su belleza, le había parecido más sexy aún la noche anterior, cuando le hizo el amor en la intimidad de su salón y delante de la chimenea.

Le bastó con recordarlo para sentir que despertaba su deseo y estaba tan ensimismado que le costó darse cuenta de que habían dejado de bailar.

Sabía que no debía estar allí, sino repasando las cifras en su ordenador. Pero llevaba todo el día sin poder concentrarse en el trabajo. Tenía la impresión de que la noche anterior había pasado algo. No sabía el qué, pero le parecía que había algo distinto entre los dos.

No creía que tuviera que ver con el interés que Poppy había mostrado por su trabajo, sino con el hecho de que los dos habían cambiado.

–Has vuelto.

Se volvió para ver quién le había hablado y vio que era el hombre con el que había hablado el otro día frente al río.

–Sí –repuso Orsino–. ¿Eres el peluquero? –le preguntó al ver la cesta con cepillos, peines y pinzas que llevaba en la mano.

–Bueno, preferimos que nos llamen «estilistas» –le dijo el tipo–. Hoy estamos bastante ocupados porque la mayoría de las modelos no tiene el pelo lo suficientemente largo como para peinarlo con esos moños de época. Hemos tenido que improvisar un poco. Tu Poppy es la excepción.

Trató de ignorar la grata sensación que le produjo que se refiera a ella como «su Poppy».

–Pero lo lleva suelto…

–Sí, en teoría debería llevarlo recogido. Pero, con ese pelo, habría sido un desperdicio. Además, Mischa quería que Poppy apareciera lo más sensual posible en esta escena, como si acabara de salir de la cama de su amante.

Orsino se quedó sin respiración.

–¿Mischa?

El tipo lo miró como si le sorprendiera que no supiera de quién le hablaba.

–Sí, el que descubrió a Poppy cuando tenía quince años. Entonces era fotógrafo. Ahora es el director creativo de la firma Baudin –le explicó–. Poppy y él han trabajado juntos durante años.

Sintió que la ira iba creciendo en su interior con la fuerza de un volcán.

–Sí, conozco a Mischa –repuso Orsino–. Pero no sabía que estuviera involucrado en este proyecto.

–Bueno, está algo más que involucrado. Este es su proyecto, su gran campaña. Poppy consiguió el contrato para ser la imagen de Baudin gracias a Mischa.

Cada vez estaba más furioso. No dejaba de mirar a Poppy, que sonreía a su compañero de baile en esos momentos. Se fijó en la altura del modelo, en su complexión delgada, rasgos eslavos y pelo rubio. Lo entendió de repente todo.

Comprendió por qué ese era el gran proyecto de Mischa, por qué había elegido a esos modelos como protagonistas.

El hombre con el que ella bailaba en esos momentos tenía un asombroso parecido con el hombre que le había robado a su esposa. Era igual que Mischa. Ese viejo amigo de Poppy del que siempre había estado celoso.

Se preguntó si ese maldito canalla estaría tratando de revivir su romance con Poppy a través de ese modelo para poder convertir su retorcida fantasía en una película que pudiera ver una y otra vez.

Le costaba respirar y solo podía pensar en lo que había pasado esa noche…

Estaba en una calle de Londres, frente al edificio de apartamentos

donde vivían. Mientras cruzaba la calle, vio salir a un hombre de su portal. Caminaba hacia él. Era alto y rubio. Lo reconoció cuando pasó junta a una farola. Era Mischa, el guía y gurú de Poppy en su carrera como modelo.

Pero a la luz de la farola vio también que llevaba la camisa fuera de los pantalones y mal abotonada. Le sorprendió mucho, siempre iba impecable. Pero fue otro detalle el que lo dejó sin respiración, una mancha de pintalabios en el cuello y otra en la mejilla.

–¿Sí? ¿Me hablaba a mí?

La pregunta del peluquero lo devolvió al presente. Estaba en el salón de baile. Miró a Poppy, estaba preciosa y tenía un aspecto muy sexy mientras bailaba con ese hombre que tanto se parecía a Mischa, un hombre al que odiaba con cada centímetro de su ser.

–No, no he dicho nada. Nada en absoluto –murmuró.

Orsino necesita salir de allí y hacer algo, tenía que centrarse en otra cosa para tratar de controlar sus emociones. Lo más sencillo habría sido meterse en un coche deportivo y conducir toda la noche, pero no podía, no con sus problemas de vista. Esos malditos problemas lo mantenían preso allí.

La única distracción que tenía era observar el rodaje del anuncio. Pensó que tal vez, si se concentraba, lograría recordar que no debía sentir nada por Poppy, solo deseo.

Fue un rodaje muy largo que puso a prueba su paciencia. Avanzó la noche y cada vez hacía más frío.

Cuando por fin terminaron de grabar, se quedó mirando cómo apagaban los equipos y todo el personal recogía cables, focos y demás. El gran salón de baile se quedó a oscuras, no podía ver a Poppy desde donde estaba.

Él se quedó esperando hasta el final.

El modelo alto y rubio que había sido la pareja de Poppy en el anuncio pasó a su lado, pero él apenas lo miró. Vio a la responsable de las joyas yendo hacia el otro lado del salón con un montón de cajas de terciopelo.

Estaba muy oscuro, pero le pareció que había algo de movimiento al otro lado del salón. Oyó también voces apagadas y fue hacia ellas.

–No he hecho nada, ¡te lo prometo! No sabes de lo que estás hablando. Estás borracho –dijo la voz urgente de una mujer.

–¡No me mientas! Te he visto, has estado encima de él toda la noche –respondió un hombre arrastrando las palabras.

Aceleró el paso.

–Pero se trata de un papel, eso es todo. Sabes que yo nunca…

–¡Por supuesto que sí! Sois todas iguales, seducís a un hombre para

dejarlo luego y…

Notó que había algo más de movimiento y maldijo entre dientes. Aceleró sus pasos mientras rezaba para no tropezar con nada en medio de la oscuridad.

–¡Ay! ¡Me estás haciendo daño! ¡Suéltame! –gritó la mujer con miedo en su voz.

Estaba por fin lo bastante cerca como para entender lo que veía. Vio a un hombre agarrando con fuerza la muñeca de una mujer que trataba de apartarse. A su lado había otra mujer que no le costó reconocer.

–¡Suéltala ahora mismo! –le gritó Poppy al hombre con firmeza.

–¡Fuera de aquí! ¡Esto no te incumbe! –repuso el tipo soltando a la otra mujer y yendo con un gesto agresivo hacia Poppy.

Se lanzó sobre ella, pero Poppy dio un paso atrás, se agachó e hizo algo que provocó que el agresor tropezara con ella y cayera al suelo.

A Orsino le faltó tiempo para ir en su ayuda, podía saborear el miedo en su boca. Tropezó con algo, pero siguió adelante movido por la ira y la adrenalina.

Vio que Poppy daba otro paso atrás y extendía sus brazos para proteger a la otra mujer. El hombre se puso en pie mientras maldecía y fue hacia Poppy.

Pero Orsino se lanzó contra él, golpeándolo con su cuerpo. Sintió un intenso dolor en las zonas donde sus heridas aún estaban cicatrizando, pero eso no lo detuvo. El hombre se defendió y le dio una patada en la rodilla. Cada vez sentía más dolor, pero no podía olvidar que ese tipo había atacado a Poppy.

Orsino le dio un puñetazo en el estómago y otro en la mandíbula.

Todo terminó en cuestión de segundos y de repente solo podía escuchar su respiración entrecortada y cómo le latía la sangre en las sienes.

Se puso de pie con dificultad. Le fallaba la rodilla donde lo había golpeado el otro tipo. Sintió unas manos suaves que trataban de ayudarlo.

–¡Mi mandíbula! ¡Me ha roto la mandíbula! –gritó el hombre.

Miró al hombre y se dio cuenta de que era el que había hablado mal de Poppy el otro día, cuando estaba viendo el rodaje a la orilla del río. Furioso, fue de nuevo hacia él, pero Poppy lo detuvo tirando de su brazo.

–Si de verdad estuviera rota, no podrías hablar –replicó Poppy.

Orsino se giró entonces hacia ella. Le temblaron las manos mientras tomaba su cara y la miraba con el corazón encogido. A pesar de la oscuridad, le pareció que no había sufrido ningún daño. Se sentía tan aliviado…

Abrió la boca para hablar, pero no pudo. Notó que algo brotaba

dentro de él, como una marea caliente, llenándolo todo y extendiéndose por su ser.

–Orsino. ¿Estás bien? –le preguntó Poppy mientras lo abrazaba con fuerza.

Sin poder contener las lágrimas, ella tomó la mano y besó sus nudillos magullados.

–Debería verte un médico –le dijo Poppy mientras escurría el agua caliente de la toalla para seguir limpiando la cara de Orsino.

Poppy se dio cuenta de que le temblaban las manos. Había sentido pánico al ver a Orsino peleándose con ese hombre y aún no se había recuperado. No entendía de dónde había sacado las fuerzas para ayudarlo a volver al torreón donde se alojaban.

Tampoco comprendía cómo había sido capaz Orsino de llegar hasta allí cojeando, cuando parecía necesitar atención médica.

No terminaba de creer que, a pesar de su estado, Orsino se hubiera peleado con ese hombre para defenderla. Nadie la había protegido de esa manera.

Solo su madre, pero sus esfuerzos habían sido inútiles contra la fuerza bruta de un borracho enfurecido y violento.

Cerró los ojos un instante, reviviendo lo que había pasado esa noche. Sabía demasiado bien lo que el alcohol podía hacer con un hombre violento.

–¿Poppy? ¿Qué te pasa?

Abrió los ojos de golpe y vio que Orsino la miraba con preocupación.

–¿Por qué lo hiciste? –le preguntó ella.

Orsino estaba sentado en la cama y solo llevaba puestos los vaqueros y las botas. Tenía un corte en la clavícula que seguía sangrando y el labio hinchado. Además de marcas rojas, que iban a convertirse en más moretones, y sangre en los nudillos de una mano.

A pesar de todo, nunca lo había visto con un aspecto más poderoso y masculino. Sentía una emoción que no podía definir cuando lo miraba.

–No te entiendo –repuso él frunciendo el ceño.

–¡Mírate! –le dijo ella–. Aún te estás recuperando, nadie pensó que ibas a sobrevivir. Y ahora vas y… Y…

Sacudió la cabeza, no podía encontrar las palabras porque no entendía qué era lo que estaba sintiendo. Sabía que había sentido miedo por él y preocupación, pero había algo más, algo tan enorme e inexplicable que no quería pensar en ello. Tenía un peso en el pecho que no la dejaba respirar.

–No tenías que rescatarme. No soy tu responsabilidad, ¿recuerdas? –

susurró–. No es como si fueras…

–¿Tu marido? –terminó Orsino por ella.

Lo miró a los ojos y su oscura mirada la desnudó. Pero no se sentía solo despojada de su ropa, era como si pudiera ver su alma y lo confundida y angustiada que estaba.

–Porque eso es precisamente lo que soy. Tu marido.

–Bueno, sí. Pero solo porque aún no hemos firmado los papeles del divorcio.

Vio que Orsino apretaba la mandíbula.

–¿Crees que habría permitido que ese canalla atacara a cualquier mujer sin hacer nada?

–Entonces, lo habrías hecho por cualquier mujer, ¿no? –susurró ella.

–Sí –respondió Orsino sin dejar de mirarla–. Pero cuando vi que eras tú…

Trató de convencerse de que no quería saberlo, que habían acordado que no podían tener una relación ni un futuro, que solo era sexo. Pero…

–Cuando vi que eras tú, me entraron ganas de matarlo.

Capítulo 10

Las palabras de Orsino se quedaron suspendidas en el aire. Ni siquiera lamentaba haberle dicho más de la cuenta. No cuando los ojos de Poppy parecían ventanas a un alma en pena.

–¿Poppy?

Supuso que había conseguido asustarla, que nunca habría visto una cruenta pelea como la que había tenido que presenciar esa noche. Pero también cabía la posibilidad de que estuviera asustada al ser consciente de la necesidad que había tenido de protegerla.

Flexionó lentamente los dedos de una mano, el dolor era insoportable.

Poppy no era la única en estado de shock. Tampoco él conseguía entender por qué había reaccionado de una manera tan visceral. Trataba de recordar que habría hecho lo mismo por cualquier otra mujer en esa situación.

Pero también sabía que sentía algo por Poppy que no podía controlar, por una mujer que iba a salir pronto de su vida. Tenía claro que no la quería como esposa, no después de su traición. Aun así, algo los unía. Algo más profundo que el sexo.

De repente, se sintió agotado y se desplomó sobre la cama. Supuso que la adrenalina lo había abandonado y por fin sentía de verdad el dolor.

–¡Orsino! –exclamó Poppy asustada acercándose a él.

Se estremeció al sentir sus cálidas y suaves manos. Le parecía increíble que consiguiera despertar su deseo a pesar del dolor que sentía.

–Necesitas un médico. Voy a llamar ahora mismo.

–¡No! –protestó él agarrando su muñeca–. Esta noche, no. Espera a mañana. Ahora solo quiero descansar.

–Pero, ¿y si…?

–Por favor, Poppy. Estoy magullado y dolorido, pero eso es todo.

Vio que seguía muy preocupada y que se mordía el labio.

–Lo único que necesito es que me ayudes a llegar a mi cama. Y puede que te deje que la compartas conmigo… –le dijo con un guiño.

Poppy se echó a reír. Fue lo mejor que había oído en todo el día.

–Ni siquiera alguien como tú puede estar pensando en eso ahora mismo.

Orsino no estaba de acuerdo. Por muchos dolores que tuviera, no podía dejar de admirar el amplio escote de su traje de época.

–Me encanta este vestido, pero quítatelo –le susurró.

–Lo haré pronto –le prometió ella–. Pero solo porque el diseñador me mataría si le pasara algo al vestido.

Diez minutos más tarde, estaba por fin desnudo y en la cama. Poppy estaba tumbada su lado. Se había puesto para dormir una camiseta suya que le quedaba muy grande. Ni siquiera había querido dejarlo solo un par de minutos para subir a su dormitorio a cambiarse.

No le importó, estaba preciosa con su simple camiseta gris. La abrazó, atrayéndola contra su torso.

Supuso que era por el efecto adormecedor de los analgésicos, pero sintió en ese instante que le encantaría quedarse toda la vida como estaba en esos momentos.

–Gracias por lo que hiciste –le susurró ella–. Gracias por detenerlo.

–La verdad es que apenas me necesitaste, le hiciste una buena llave. ¿Dónde aprendiste a hacerlo?

–En una clase de defensa personal.

–Bueno, me alegra que no hayas tenido que usar lo que aprendiste hasta ahora –repuso él mientras acariciaba lentamente su cintura.

Frunció el ceño al notar que estaba muy tensa.

–Porque no lo habías necesitado antes, ¿verdad?

Se quedó en silencio, cada vez estaba más preocupado.

–¿Poppy?

–No me habría servido de mucho tratar de usar esas técnicas, era solo una niña. No creo que hubiera podido con él.

–¿De quién hablas? –le preguntó angustiado.

–De mi padre.

Se quedó helado.

–¿Te pegaba? –le preguntó Orsino con dificultad para formar las palabras.

–Normalmente, pegaba a mi madre. Pero si me metía entre los dos… –repuso Poppy encogiéndose de hombros–. Por eso me envió mi madre al internado, para mantenerme a salvo. Tuvo que vender sus joyas y usar la herencia de sus padres para poder pagarlo.

No sabía qué decir, no le salían las palabras. Se limitó a abrazarla con más fuerza.

–Pero ¿por qué? –le preguntó cuando por fin pudo hablar.

–Porque sí, sin motivos. Era violento, eso es todo –repuso ella–. Mi madre siempre le excusaba, diciéndome que todo había sido perfecto al principio. Al parecer, las cosas cambiaron cuando perdió el dinero de la familia por culpa de una serie de malas inversiones. Fue entonces cuando se dio a la bebida. Y, cuando bebía, lo pagaba con mi madre.

–Y contigo –agregó él sin poder contener su ira.

–Bueno, conmigo solo un par de veces.

–Dos veces ya son demasiadas.

Sintió que Poppy se echaba a llorar y no se le daba bien consolar a la gente cuando lloraba, no sabía qué hacer. Recordó que había intentado consolarla cuando su madre murió, pero Poppy lo había apartado y se había encerrado en sí misma. Se le encogió el corazón al recordarlo, habían sido momentos muy duros.

–¿Por eso empezaste tan pronto a trabajar como modelo?

Era inteligente. Siempre le había sorprendido que no terminara los estudios.

–Sí, quería ser independiente cuanto antes y poder ganar dinero para que mi madre se pudiera ir a vivir conmigo.

–Pero decidió quedarse con él, ¿no?

–Sí, mi madre lo quería. Me prometió que un día iba a dejarlo e irse conmigo. Me encantaba hacer planes y pensar en la vida que íbamos a tener entonces. Pero poco después le diagnosticaron a mi padre una enfermedad terminal y ella decidió permanecer a su lado. Me dijo que él la necesitaba…

Orsino conocía el resto de la historia. Su padre había muerto poco antes de su repentina boda y su madre solo unos meses después.

Reflexionó sobre lo que Poppy acababa de compartir con él. Sabía que le había afectado mucho la muerte de su madre, más de lo que había podido comprender entonces. Aunque había intentado hacerlo.

Después de saber el fuerte vínculo que había unido a las dos mujeres, entendía por fin su dolor. Le acarició el pelo con una mano temblorosa. Pensó que, si hubiera sido capaz de consolarla entonces, a lo mejor Poppy no lo habría rechazado como había hecho. Y a lo mejor no habría terminado buscando consuelo en los brazos de otro hombre.

Sintió un intenso dolor en el pecho. Se le pasó por la cabeza que tal vez hubiera sido él quien, con sus carencias, la hubiera alejado entonces de su lado. Era una idea que iba en contra de todo lo que había creído, pero no podía dejar de darle vueltas.

También había creído que era invencible y esas horas que había pasado frente a la muerte, enterrado en el hielo, le habían dejado muy claro que era tan humano como el resto del mundo.

Se preguntó si podría haber estado tan equivocado.

Había aprendido desde pequeño a ocultar sus sentimientos. Pensó que nunca se había sentido lo suficientemente seguro, lo suficientemente amado, como para ser honesto acerca de sus emociones.

Hizo una mueca, una voz en su interior le recordó que no tenía sentido revisitar el pasado, que era demasiado tarde para arreglar las

cosas.

Pero necesitaba saber más.

–¿Por qué no me lo contaste? Estábamos casados y no me dijiste nada.

–¡Solo estuvimos casados cuatro meses, Orsino! Además, nunca hablábamos de nuestras familias. Yo ni siquiera llegué conocer a la tuya, solo a Lucca.

–Bueno, no somos una familia que esté muy unida –contestó él.

–Además, mi padre ya había muerto. No me pareció importante hablar de ello.

Creía que no estaba siendo sincera, que había algo más.

–¿No te pareció importante contarle a tu marido cuánto estabas sufriendo?

Sintió que el cuerpo de Poppy se tensaba más aún.

–No encontré nunca el momento adecuado para hablar del pasado. Además, ¿de qué habría servido que lo hubiera hecho?

Pensó entonces en lo rápido que había sido su noviazgo. Al principio, los dos se dejaron llevar por la intensidad de su insaciable pasión. Después, se dio cuenta de que no solo la quería tener en su cama, sino también en su vida. Fue entonces cuando decidió ir tras ella y hacerle la gran pregunta.

Esa rápida boda había sido su manera de asegurarse de que Poppy fuera suya, no había podido soportar la idea de no tenerla en su vida. La había necesitado tanto que había olvidado de un día para otro que no creía en el matrimonio.

Pero, al final, no le había servido de nada cuando Poppy decidió serle infiel con Mischa.

Apretó con fuerza los dientes. No era el momento de hablar con ella de ese tipo, pero no podía olvidarlo.

–A lo mejor no me lo contaste porque no querías mostrarme esa parte de tu vida –le dijo él con amargura–. ¿Por qué, Poppy? ¿No confiabas en mí?

No podía librarse del dolor que había llevado en su corazón desde aquella noche en Londres. No había sido consciente hasta ese momento.

–¿Lo habrías querido saber? –le preguntó Poppy después de unos minutos.

–¡Por supuesto! –respondió sin entender siquiera que se lo preguntara.

–Bueno, para mí no estaba tan claro, Orsino. Nunca hablabas de sentimientos. Decías que me necesitabas, que me deseabas, que querías vivir conmigo, pero nunca supe si…

–¿Si qué? –le preguntó con el ceño fruncido.

–No importa –contestó ella–. Duérmete, necesitas descansar.

Apretó frustrado los dientes.

Cuando por fin sentía que habían firmado una tregua provisional que debería hacer las cosas más fáciles, ella decidía complicarlo todo y no querer hablar.

–¿De verdad crees que me voy a dormir ahora sin saber a qué te referías?

–Como si no supieras… –susurró ella–. Nunca supe si me llegaste a querer, Orsino.

Le habló con firmeza, pero le pareció que estaba temblando.

Trató de responder, pero estaba en blanco.

Le costaba creer que Poppy hubiera pensado que él no la había amado.

Había tenido éxito con las chicas desde su adolescencia, ya fuera porque era rico o famoso.

Le parecía que el hecho de que hubiera elegido a Poppy entre todas ellas debería ser prueba suficiente para ella.

–En la cama todo era perfecto, pero había una parte de ti que era solo tuya y no dejabas que se te acercara nadie. Detrás del carisma y el encanto, había un Orsino al que no pude llegar a conocer.

Lamentó haberle preguntado. Ya había sabido que no era buena idea volver al pasado.

–Me pasaba, por ejemplo, con tus viajes. Sabía que eran importantes para ti y, cada vez que te preguntaba por ellos, te callabas. No querías que participara en esa parte de tu vida.

Apretó con frustración los labios. Acababa de descubrir que, según Poppy, él era el culpable de que fracasara su matrimonio. Y todo porque no había querido hacer deportes de alto riesgo con ella y porque no le había dicho que la quería tantas veces como ella había esperado.

Abrió la boca para decirle lo que pensaba, pero se contuvo.

–Siento que te sintieras así, Poppy.

Y estaba siendo sincero. A pesar del dolor que le había causado, se arrepentía de cómo había hecho las cosas. Se preguntó si tendría en parte razón, si era cierto que no la había dejado formar parte de esa pasión que siempre había tenido por las aventuras y los viajes. Esa forma de vivir tan al límite que había sido su salvavidas para superar las carencias de su infancia.

Notó que Poppy asentía con la cabeza.

–Ya no importa, Orsino. Ni siquiera sé por qué estamos hablando de ello, no hay vuelta atrás.

Era exactamente lo que habría dicho él y decidió que era mejor así.

De todos modos, no había esperado que lo que habían compartido esos días llegara a ser nada más.

Siguieron abrazados durante mucho tiempo.

Cuando el sonido de la suave respiración de Poppy le dijo que por fin se había dormido, reflexionó sobre lo que ella le había dicho y se dio cuenta de que quizás tuviera razón y no le hubiera llegado a decir nunca que la quería.

Él, que tantas veces se había enfrentado al peligro, que era conocido por su valor, había sido demasiado cobarde para hacerlo.

Capítulo 11

El rugido del quemador hacía imposible la conversación, pero a Poppy no le importó. Desde allí arriba, suspendida en el aire sobre campos y bosques, se quedó ensimismada viendo cómo los colores del amanecer teñían el paisaje. Se fijó en la niebla que se aferraba al río que serpenteaba entre las paredes de un acantilado. Era increíble ver el castillo desde allí, parecía salido de un cuento de hadas.

Pasaron el pequeño pueblo con sus casas de tejados rojos y calles estrechas. El piloto apagó el quemador que llenaba de aire caliente el globo aerostático. Fue un alivio quedarse en silencio y poder escuchar a los pájaros.

–No tiene nada que ver con ir en avión –susurró sonriendo–. Esto es… Más real. Cuando miras por la ventanilla del avión, todo parece estar tan lejos… Pero desde aquí casi puedo oler la tierra y la vegetación.

Orsino se acercó a su espalda y se apoyó en él, disfrutando de su cercanía.

–Es totalmente diferente –murmuró él–. Me alegra que te guste.

–¿Cómo no iba a gustarme? –repuso dándose la vuelta hacia él–. Es increíble.

Orsino no le devolvió la sonrisa, pero parecía contento. No se había afeitado y tenía la piel bronceada. Tenía el aspecto de lo que era, un aventurero. Igual que los bandoleros y piratas con los que había fantaseado de niña.

–No todo el mundo aprecia la soledad de estar aquí arriba. Algunos prefieren las luces brillantes, el glamour y el bullicio –le dijo Orsino.

–¿Es eso lo que piensas de mí?

Orsino se encogió de hombros.

–Bueno, nos conocimos en la gran ciudad, donde siempre habías vivido y trabajado. Solo salíamos para ir a bares y fiestas.

Asintió al oírlo. Tenía razón.

–La verdad es que me crie en el campo. Me encantaba levantarme al amanecer y pasear –le dijo ella–. Y, aunque te cueste creerlo, también me encantaba pescar. Nuestro vecino era un experto pescador y yo solía acompañarlo.

Lo cierto era que entonces buscaba cualquier excusa para salir de casa y apartarse de su padre.

–Me cuesta imaginarte pescando –repuso Orsino abrazándola con fuerza.

–La primera vez que conseguí que un pez mordiera el anzuelo, me puse tan nerviosa que acabé en el agua.

Orsino se echó a reír.

–Nunca me habría imaginado que pudiera gustarte la vida al aire libre –le dijo él–. A lo mejor debería haberte subido a uno de estos globos hace cinco años. Me encanta la paz que se siente aquí arriba. Me pasa igual con la escalada o cuando me pierdo en la naturaleza. Es una experiencia catártica, sin mentiras ni pretensiones. Lo que ves es lo que hay.

Lo miró a los ojos, pero no sabía qué estaba pensando. Se había vuelto a poner las gafas oscuras para protegerse del sol.

Algo le decía que esas experiencias eran vitales para Orsino, que no era solo diversión, sino que las necesitaba.

–Me habría gustado que lo hubieras hecho –le confesó ella–. No tenía ni idea de que supieras pilotar globos aerostáticos.

–Bueno, Thierry es el verdadero piloto, yo me limito a disfrutar del viaje –le dijo Orsino mientras señalaba al francés que los acompañaba.

–Me alegra que lo admitas por fin, Orsino –intervino Thierry–. Durante el viaje por Suramérica no hiciste nada. Te limitaste a bajar de vez en cuanto del globo para posar cuando había cámaras.

Orsino rio de nuevo. Le encantaba ese sonido, no se cansaba de él.

Thierry les sirvió tazas de chocolate caliente y se las dio. Agarró la suya con las dos manos para calentarse mientras miraba a los dos hombres. Vio que había respeto y camaradería entre los dos.

–¿Tuvisteis que convivir en un globo? ¿Durante cuánto tiempo?

–Durante semanas. Era con fines benéficos y Orsino atraía la atención de los medios –repuso Thierry guiñándole un ojo–. Si tengo que volver a hacerlo, preferiría que me acompañara usted, *mademoiselle* Graham.

–¡Ni lo sueñes! –intervino Orsino–. Prueba con otra, Thierry. Ella no está libre.

Abrió sorprendida los ojos. Su comentario daba a entender que esa relación pudiera durar en el tiempo, pero los dos sabían que tenía fecha de caducidad. Supuso que lo habría dicho para seguir bromeando con su amigo.

Thierry encendió de nuevo el quemador y no volvieron a hablar.

Poppy volvió a apoyarse en la cesta para contemplar las vistas.

Le alegró haber aprovechado su día libre para montar en globo con Orsino.

Tal vez fuera por la emoción de estar allí o porque habían firmado una tregua, pero entendió perfectamente lo que le había dicho. Allí arriba podía sentir mucha paz, como si hubiera dejado sus problemas

abajo.

Desde que aceptara cuidar de Orsino durante esas semanas, había vivido sumida en un mar de dudas y preocupaciones, temiendo acercarse demasiado a él y que pudiera volver a hacerle daño.

Pero allí arriba sentía alegría y placer. Comprendió por qué a Orsino le gustaba tanto eso. Se trataba de vivir una aventura y también de encontrar la paz.

Se dio cuenta entonces de que Orsino no solo la había invitado a una excursión, sino que estaba además compartiendo con ella esa parte de su vida. Se dio la vuelta y vio que tenía la mirada fija en ella. No pudo evitar sentir un escalofrío de emoción recorriendo su espalda.

Se preguntó qué habría cambiado para que Orsino quisiera dar ese paso, por qué lo hacía entonces y por qué le importaba tanto a ella que lo hiciera.

Una hora más tarde, cuando terminó el paseo en globo, se despidieron de Thierry y el conductor que Orsino había contratado para ese día los llevó a una casa de campo rodeada por una gran finca. Le dijo que era propiedad de unos amigos que estaban de viaje.

Disfrutaron allí de un almuerzo con champán que el ama de llaves les sirvió en el soleado invernadero. Después de atenderlos, los dejó solos.

Fue muy agradable. Orsino le contó divertidas anécdotas sobre su viaje por Suramérica con Thierry y no pudo dejar de reír.

Se dio cuenta de repente de que hacía mucho tiempo que no se reía así. Semanas, quizás meses.

Se le borró la sonrisa de la cara cuando pensó que quizás llevara incluso años sin reírse como acababa de hacerlo. Le parecía imposible. Su trabajo le había hecho muy feliz, pero había estado tan ocupada con su profesión que había hecho poco más. Siempre tenía el temor de que las cosas dejaran de irle bien y perdiera el control de su vida.

Hacía mucho tiempo que no se tomaba un día libre para reír con un amigo como lo estaba haciendo entonces.

Frunció el ceño. Le parecía increíble que estuviera pensando en él en esos términos. Tomó su copa de champán y se lo terminó de un trago.

–¿Poppy? ¿Qué te pasa?

Lo miró y vio que parecía preocupado. Al verlo así, recordó sentimientos que debería haber enterrado hacía mucho tiempo.

–Nada, nada en absoluto –contestó con una sonrisa.

Desde la noche de la pelea, había empezado a pensar que quizás… Que quizás le importara a Orsino más de lo que había creído. No conseguía comprender lo que estaba pasando entre ellos. Lo que había empezado como una aventura breve y puramente sexual se había transformado en algo distinto y nuevo.

Preferiría no analizarlo, solo sabía que con Orsino se sentía más viva y más feliz de lo que lo había estado en mucho tiempo.

–Antes, me preguntaste por mi infancia –le dijo ella impulsivamente–. ¿Y la tuya? ¿Qué fue lo mejor de tu niñez?

–Me gustaba sobre todo hacer deporte y ganar –repuso Orsino con rapidez.

–¿Qué más? ¿Qué recuerdas de cuando eras más pequeño?

Orsino se encogió de hombros.

–El chocolate caliente y los cuentos que nos contaban en el internado a la hora de dormir.

–¿Cuentos? Pero ¿cuántos años tenías cuando fuiste al internado?

–Lucca y yo entramos a los siete años.

–¿Tan pequeños? –preguntó alarmada.

–No me mires así –le pidió Orsino–. El internado era todo lo que necesitaba entonces. No echaba de menos mi casa, te lo aseguro –agregó–. Mi padre nos mandó a ese colegio una semana después de que nos abandonara mi madre.

–Pero, ¿os fuisteis todos los hermanos?

–No, solo Lucca y yo. A lo mejor mi padre creía que éramos los culpables de que mi madre se hubiera ido de casa –le dijo Orsino–. Al parecer, siempre había sido una mujer vivaz y alegre. Pero, después de nacer nosotros, tuvo una depresión posparto severa. Se encerró en sí misma y nunca se recuperó del todo. En esas circunstancias, cualquiera pensaría que no era buena idea tener más hijos, pero al final tuvieron otro –agregó tomando un largo trago de su copa–. Cuando nació Cara, su depresión empeoró. Un día se fue de casa y no hemos vuelto a saber de ella desde entonces.

Se quedó boquiabierta, no había tenido ni idea de cómo habían sido las cosas hasta ese momento.

–Nunca intentó contactar con nosotros. Está claro que no quiere que nadie la encuentre. Yo lo intenté hace algún tiempo, pero no conseguí nada. No sabemos dónde está o siquiera si sigue viva o no.

Se inclinó hacia delante y acarició con ternura su mano.

–Lo siento mucho, Orsino –susurró–. Supongo que tu padre sufriría mucho.

–No creo –contestó Orsino con frialdad–. Estaba demasiado ocupado con otras mujeres. Lo que tengo claro es que no le interesábamos nosotros. Nunca fue un buen padre.

Orsino giró la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

–Nuestra madre nos rechazó desde el día en que nacimos. Apenas tengo recuerdos de ella. Sé que la depresión la llevó a actuar como lo hizo, pero lo de mi padre no tiene excusa. Nos dejaba al cuidado del servicio o de los hermanos mayores. Antonio y Lucilla hicieron todo lo que pudieron, pero solo eran adolescentes. Y, en cuanto nos dejó mi

madre, nos mandó al internado.

–Lo siento –repitió ella sin saber qué más decirle.

Le parecía imposible que no hubiera sabido hasta ese momento apenas nada sobre su niñez. Una muestra más de lo endeble que había sido su matrimonio.

–No lo sientas –le dijo Orsino llevándose su mano a la boca y besándola–. El internado nos vino bien con sus normas y rutinas.

Frunció el ceño. Le entristecía que Orsino se hubiera sentido mejor en un colegio que en casa con su familia. Ella no había tenido un buen padre, pero acababa de darse cuenta de que Gene Chatsfield tampoco lo había sido.

–¿Y ahora qué tal te llevas con tu padre?

–Mal, está demasiado ocupado con su nueva novia y su cadena de hoteles para que le preocupe llevarse bien con su hijo. Las últimas noticias que tengo de él me las ha dado el nuevo director general de los hoteles Chatsfield, ni siquiera me llamó personalmente para decirme que quieren que sea la nueva imagen de la cadena. Creen que mis obras benéficas ayudarían a mejorar el prestigio de la compañía.

Acarició con ternura su mejilla, deseaba poder aliviar el dolor que Orsino parecía sentir en su interior. Las cicatrices de su piel terminarían por mejorar, pero las de su corazón eran mucho más profundas.

–Ninguno de los dos hemos tenido suerte con nuestros padres, ¿verdad? –susurró Orsino con una sonrisa triste.

–No, pero lo que no nos destruye nos hace más fuertes –le recordó ella.

Orsino se quitó las gafas de sol. La miró con una intensidad que debería haberla asustado, pero no lo hizo. Sentía que lo iba conociendo un poco más cada día y le gustaba mucho lo que iba sabiendo de él. Era un hombre que había superado el abandono de sus padres y se había convertido en una persona fuerte que luchaba para mejorar las vidas de los demás.

Orsino Chatsfield, su esposo, era un hombre mucho más complejo de lo que nunca habría podido llegar a imaginar.

–Tienes toda la razón –le dijo él mientras besaba de nuevo su mano.

Fueron unos besos tan cálidos y eróticos que logró despertar su deseo. Si no hubieran estado en una casa ajena y en un invernadero con paredes de cristal… Lo miró a los ojos y se dio cuenta de que él estaba pensando lo mismo.

Orsino sonrió lentamente. Tomó la copa de champán y se lo acercó a la boca de Poppy, invitándola a beber. Separó para él sus labios y dejó que recorriera lentamente su garganta la burbujeante bebida.

Vio cómo la observaba mientras tragaba y se estremeció.

–Pronto, Poppy. Te lo prometo –le aseguró Orsino con una sonrisa–.

Antes tenemos que probar las delicias que nos ha preparado Heloise.

No pudo evitar sonrojarse. Tenía hambre, pero su apetito no tenía nada que ver con la comida que tenían delante. Nunca se cansaba de él.

Se miraron de nuevo a los ojos y sintió que algo pasaba entre los dos, una especie de energía, algo distinto.

Poppy estaba desnuda entre sus brazos, sus exuberantes rizos cubrían su torso y podía sentir su aliento en la piel. No podía creer que hubieran tenido tiempo para quitarse la ropa y para llegar a la cama. Habían llegado al torreón tan excitados los dos que habían empezado a quitarse mutuamente la ropa en cuanto cerraron tras ellos la puerta de entrada.

Pero, a pesar de lo satisfecho que se sentía en esos momentos, seguía deseándola. Cada vez más.

Deseaba su maravilloso cuerpo tanto como lo había hecho la primera noche, cuando la conoció. Pero era aún más alarmante sentir que también ansiaba ver su sonrisa, saber que tenía su aprobación o, incluso, sentir su compasión.

Cuando le había hablado de su infancia, Poppy lo había mirado como si estuviera furiosa con su padre. Y él no había lamentado contarle sus secretos, sino que había disfrutado al ver que lo miraba con comprensión. No quería que sintiera pena por él, pero la forma en que lo había entendido, le había ayudado a sanar parte de su dolor. Ese dolor que siempre había tratado de ignorar llenando su vida de actividades y desafíos.

Poppy también había tratado de olvidar su pasado centrándose en su carrera.

Era otra cosa que tenían en común.

Suspiró abrumado por la dirección en la que iban sus pensamientos. Ya había pensado una vez que compartía con ella algo más fuerte que la pasión y había salido escaldado y con un tremendo vacío en su corazón. Se dio cuenta de que no podía olvidarlo como había hecho ese día.

La había llevado de excursión en globo, le había hablado de su pasado y le había presentado a uno de sus mejores amigos. Creía que no debía olvidar lo que siempre había pensado de ella, que a Poppy solo le importaba su trabajo.

El problema era que empezaba a dudar de sus propias creencias, a pensar que quizás no fuera tan fría y cruel como había pensado.

Cerró los ojos y soltó de golpe el aire que había estado conteniendo.

–¿Orsino? ¿Estás bien? –le preguntó entonces Poppy levantando la cabeza.

Se dio cuenta de que había llegado la hora de enfrentarse a la verdad, algo que llevaba ya demasiado tiempo evitando.

–Háblame de Mischa. No me habías dicho que está involucrado en esta campaña –le dijo–. ¿Le has dicho que hemos vuelto a compartir cama o acaso no tiene derechos exclusivos?

Poppy sintió que las palabras de Orsino se clavaban en su corazón. Se echó un poco hacia atrás, necesitaba poner algo de distancia y ver su cara, pero sus brazos de acero la sujetaban con fuerza.

No entendía cómo podía preguntarle algo así después de lo que habían compartido ese día. Nunca se había sentido tan bien con él. Se habían reído juntos y también había sentido su dolor.

Pensó que quizás hubiera sido todo un espejismo. Necesitaba apartarse de él, pero no la soltaba. No pudo evitar estremecerse, nunca se había sentido tan atrapada. No solo por la fuerza de Orsino, sino también por su propio cuerpo, que no dejaba nunca de desearlo, y por su propia mente.

–No tengo ni idea de lo que sabe Mischa –susurró ella.

–Eso me cuesta creerlo.

–No me importa si me crees o no.

Pero era una mentira, le importaba demasiado. Esos días en el castillo habían vuelto a despertarse todos esos sentimientos de los que creía haberse librado.

–No me contaste que participaba en este proyecto, que lo organiza él.

–No era información importante. Además, no me preguntaste nada sobre mi trabajo cuando me hiciste ir a ese hospital ni cuando me chantajeaste para que cuidara de ti –le dijo ella tratando de calmar su acelerado pulso.

–Entonces, ¿me estás diciendo que no le importa que compartas cama con otro?

–Lo que digo es que no tiene derecho a opinar sobre con quién me acuesto.

–¿Quieres decir que ya no estáis juntos? ¿Conseguiste este trabajo sin su ayuda?

No podía creer lo que oía. Pensó que, si Orsino supiera la verdad, no le hablaría así. Pero sabía que nunca la iba a creer.

Nunca se había acostado con Mischa, pero aún se sentía culpable al acordarse de que había estado a punto de hacerlo.

Recordó cómo había sido sentir las manos de ese hombre sobre los pechos y sus besos hasta que recuperó de repente la cordura y lo apartó de su lado. Al principio, se había dejado llevar por el dolor y demasiado alcohol, pero terminó dándose cuenta de que no era a

Mischa a quien necesitaba, sino a su marido.

Por desgracia, Orsino la había dejado esa mañana para irse de viaje.

Estaba tan angustiada que sintió fuertes náuseas. Empujó con fuerza el torso de Orsino y por fin logró que la soltara. Le faltó tiempo para ir al baño y agarrarse al lavabo mientras trataba de controlar sus ganas de vomitar.

Orsino solo había necesitado unas pocas palabras para hacer que se sintiera como una mujerzuela, había echado a perder todo lo que habían compartido esas últimas semanas. Ya no había entre ellos empatía ni respeto.

Le entraron ganas de llorar, pero trató de aguantar y respirar profundamente. Sintió entonces unas manos que le apartaban el pelo de la cara y la agarraban después por la cintura, atrayéndola contra su fuerte cuerpo.

Aturdida, se miró en el espejo. Orsino también tenía mal aspecto.

–¿Por qué? –susurró con la voz quebrada–. ¿Por qué has tenido que…?

–Porque no puedo olvidarlo.

Casi le consoló un poco ver que Orsino también seguía pensando en el pasado.

–Pero Mischa y yo nunca…

–No querrás reescribir ahora la historia, ¿verdad? –la interrumpió él.

La verdad murió en sus labios. Se dio cuenta de que el hombre que acababa de acusarla de infidelidad no estaba listo para escuchar la verdad, aunque el dolor que vio en su rostro le dio a entender que aún le importaba demasiado lo que había ocurrido como para seguir adelante con su vida.

–No he trabajado con Mischa desde aquella noche en Londres. No tengo relación con él –le aseguró.

–Ahora estás trabajando para él –le recordó Orsino sin soltar su cintura.

La agarraba con una actitud casi posesiva, pero pensó que debía estar imaginándoselo, que no era posible.

–Este trabajo para la firma Baudin era una oportunidad demasiado buena para dejarla pasar. Gracias a este contrato, tendré la vida resuelta desde el punto de vista económico –le dijo ella–. Ya sabes lo importante que es para mí tener esa seguridad e independencia. Además, Mischa no está participando directamente en el rodaje.

No quiso contarle que le había costado un año acceder a firmar ese contrato.

Lo miró a los ojos y vio algo allí que le hizo temblar.

–Bien. Porque si alguna vez le veo «participar directamente» contigo, le arrancaré la cabeza.

Su agresividad la sorprendió casi tanto como sus celos. Y, sin saber por qué, la excitó mucho que se mostrara tan posesivo.

–Lo que hay entre nosotros no ha terminado, Poppy –le susurró al oído mientras le comenzaba a acariciar uno de sus pechos.

No podía dejar de mirarlo en el espejo.

–Y, hasta que termine, me niego a compartirte con nadie –agregó apretando su pezón entre los dedos.

Las sensaciones eran increíbles, se estremeció de deseo.

Y, cuando Orsino bajó su otra mano hasta la entrepierna, no pudo controlar sus gemidos. Las caricias eran deliciosas y, como siempre le pasaba con él, se derretía entre sus manos. Pero sentía que esa vez todo era distinto, que lo necesitaba de forma desenfrenada, casi desesperada.

Orsino soltó su pecho para tomar su barbilla y alzarle la cara hasta que se miraron a los ojos a través del espejo.

–Te voy a hacer el amor –le gruñó al oído–. Y vas a verlo en el espejo.

Orsino separó sus piernas temblorosas y dobló las rodillas para poder deslizarse dentro de ella. Lo hizo sin dejar de mirarla y fue increíble.

Se aferró con fuerza al lavabo para no perder el equilibrio.

–Quiero que recuerdes esto y que veas con tus propios ojos que soy yo quien te está haciendo el amor –le dijo Orsino con ferocidad–. ¿Lo entiendes?

El placer no tardó en dominarla por completo. Era placer y algo más, algo tan profundo que no tenía nombre.

Segundos más tarde, llegaron los dos al clímax más increíble y perfecto mientras ella gritaba su nombre y sus ojos se fundían en el espejo.

Capítulo 12

Orsino! Tienes mejor aspecto de lo que esperaba. Leí cosas terribles en los periódicos sobre tu accidente

Vio que quien le hablaba era un ministro con el que había compartido podio tras una competición.

–Como puedes ver, la prensa exageraba –repuso Orsino.

Miró a su alrededor, lo más selecto de París estaba esa noche en el castillo para celebrar con una lujosa fiesta la última campaña de la firma Baudin.

–¡Oh, no! ¡Tu ojo! –exclamó una de las invitadas al verlo.

Se trataba de una de las más importantes benefactoras del programa de ayuda que él había creado en Borneo y decidió que merecía la pena hablar con ella.

–¿No te gusta la cicatriz? ¿No me hace parecer más atractivo y peligroso? –repuso.

Uno de los hombres con los que estaba conversando resopló y se echó a reír.

–Como si necesitaras una cicatriz para conseguirlo –le dijo el invitado.

Orsino se encogió de hombros. No se le había pasado por alto el interés que estaba despertando entre las mujeres presentes.

Pero no sentía atracción por ninguna de ellas. Había mujeres hermosas, exitosas y encantadoras, pero no eran Poppy.

Apretó frustrado los dientes.

Le estaba volviendo loco pensar que pudiera sentir por ella algo más que lujuria cuando esa mujer lo había traicionado. Era como si lo hubiera hechizado.

Si no la tenía a su lado, la echaba de menos. Como le estaba pasando en esos momentos. Sabía que estaba cerca de allí, haciendo una sesión fotográfica con otros modelos, pero se sentía inquieto sin ella.

–Cuéntanos, Orsino. ¿Ya estás preparando tu próxima expedición?

Esquivó las preguntas lo mejor que pudo, sin comprometerse. Tenía demasiado en la cabeza para pensar en sus viajes. Ya se encontraba mucho mejor. El brazo mejoraba y ya no usaba el bastón. Le habían dicho que recuperaría la vista, pero una de sus manos aún se cerraba cuando hacía frío.

No sabía si podría volver a escalar, pero esa posibilidad no le afectaba tanto como habría pensado. En lo que no podía dejar de pensar era en que Poppy había terminado su trabajo allí y ya no tenía ninguna razón para estar con ella.

Pensaba que, si no podía escalar, encontraría otro desafío. Pero temía no hallar nada que le hiciera sentir tanta emoción como sentía estando con Poppy.

No entendía cómo podía sentir tanto por una mujer en la que no podía confiar.

–¿Orsino?

Una mano tocó su brazo y se sintió decepcionado al ver que era una bella morena con la que había hablado antes.

–Es hora de entrar –agregó la mujer.

Orsino asintió con la cabeza y se unió a la multitud. Habían instalado una alfombra roja desde donde estaban hasta el castillo. La iluminación de la piedra blanca de la edificación contrastaba con la negra noche. Habían conseguido crear un ambiente mágico y romántico.

Vio que habían colocado antorchas a cada lado del puente. Era casi como si estuvieran en otra época, pero las mujeres que estaban posando en ese momento para la prensa en la alfombra roja eran contemporáneas.

Una era rubia y se dio cuenta de que se trataba de la mujer a la que había tenido que defender de su violento novio. La otra…

Orsino se quedó clavado en el suelo cuando se giró hacia él y la vio. Su bello cabello cobrizo caía en cascada sobre sus hombros, enmarcando una cara perfecta y llena de luz propia.

Se le hizo un nudo en la garganta al ver a Poppy sonriendo para las cámaras. Llevaba un vestido en un tono morado muy oscuro, casi negro, que se aferraba a su magnífico cuerpo. Era de manga larga y le llegaba a los pies, pero era imposible no fijarse en el detalle más espectacular de su vestido, el profundo escote que lucía por delante y por detrás.

Llevaba además una gargantilla de amatistas y diamantes de color rosa. La extraordinaria joya caía entre sus pechos, atrayendo la mirada de todos.

Poppy se echó a reír de repente y el sonido hizo que el corazón le diera un vuelco, no sabía cómo iba a poder alejarse de ella, pero ya había terminado el rodaje y también su acuerdo.

Había sido tan duro tener que decirle adiós la primera vez, que no sabía cómo iba a poder hacerlo de nuevo.

Se fijó de repente en un hombre que contemplaba a las modelos desde donde estaban las cámaras. Su pelo rubio era muy claro. Le pareció alto y desgarbado y vio que iba directo hacia Poppy.

No podía creerlo. Se dio cuenta de que era Mischa.

La ira rugió dentro de él cuando abrazó a las modelos y besó sus mejillas.

Apretó los puños al ver que tocaba el hombro de Poppy y se acercaba más a ella. Poppy le devolvió la sonrisa e inclinó la cabeza para las cámaras. Sintió que se le caía el alma a los pies al verlos así.

Fue hacia ellos sin pensar en lo que hacía, pero se detuvo de golpe al ver que Poppy pedía a la otra modelo que se acercara más a Mischa. Después, se volvió para llamar al resto de los compañeros que habían participado en la campaña. Una docena de deslumbrantes modelos posaron para las cámaras con Mischa en el centro y Poppy a un extremo del grupo.

Sintió una oleada de calor que salía de lo más profundo de su ser y se extendía por todas partes. No pudo evitar sonreír con satisfacción al ver que Mischa giraba la cabeza para ver dónde estaba Poppy y no conseguía encontrarla.

Cuando terminaron de hacerles fotos, ella se apartó rápidamente del grupo y miró hacia donde estaba Orsino.

El corazón le dio un vuelco al entender lo que había creído intuir en la mirada de esa mujer.

Poppy vio que Orsino iba hacia ella con determinación y se le aceleró el pulso. Había sido muy duro tener que pasar tanto tiempo sonriendo y posando para las cámaras. Sobre todo después de tener que ver a Mischa de nuevo.

No se quitaba de la cabeza esa noche terrible cuando, angustiada y sola, había buscado consuelo en ese hombre.

Mischa había tratado de seducirla convenciéndola de que la deseaba, quería un futuro con ella y recordándole que su marido no había estado a la altura.

Después de que se fuera Mischa, se había duchado para tratar de borrar las huellas de ese hombre en su piel y no podía olvidar la sensación de vergüenza que había sentido al salir del baño y encontrarse de frente con el hombre al que amaba, mirándola como si la despreciara.

Había intentado explicarse, pero él se fue antes de que pudiera hacerlo.

Regresó de golpe al presente al ver que Orsino ya estaba frente a ella. Su rostro no expresaba lo que sentía y tuvo miedo. Sabía que la habría visto con Mischa.

Supuso que pensaba atacarla una vez más con crueles palabras, pero se limitó a tomar su mano y apretarla con firmeza. El corazón le latió aún más rápido cuando levantó su mano para besar lentamente sus

dedos.

Suspiró aliviada y se acercó a él, no podía resistirse. Él rodeó su cintura con el brazo y la atrajo hacia él. Le agarró la cabeza con la otra mano y la besó.

Una voz en su interior le dijo que solo lo estaba haciendo para que lo viera Mischa, pero el beso se hizo cada vez más apasionado y dejó de pensar en nada. Y también de fingir.

Allí, entre los brazos de Orsino, era donde quería pasar el resto de su vida.

Ya nada más le importaba, ni siquiera salvar su orgullo.

Era una noche de elegancia y glamour. El viejo castillo brillaba más que nunca a la luz de las velas y de las antorchas. Habían preparado un bufé digno de la realeza y el baile tenía lugar en el mismo salón donde habían estado grabando unos días antes con los trajes de época.

Pero, a pesar de estar rodeada de tanta magia y belleza, Poppy solo tenía ojos para Orsino y estaba disfrutando mucho a su lado. Le daba la impresión de que no hubieran pasado esos años separados.

Se dio cuenta en ese instante de que su relación era mejor de lo que lo había sido durante su breve matrimonio. Se sentía más cerca de él, más en sintonía con el que aún era su marido.

Su matrimonio había sido tempestuoso y apasionado. Lo que sentía en esos momentos también tenía mucho que ver con la pasión, pero también eran los sentimientos de una mujer mucho más madura.

Había tratado de ignorar lo que sentía por Orsino, pero cada vez lo tenía más claro, había vuelto a enamorarse de él.

Y no solo se había enamorado del joven atractivo, carismático y encantador, sino del hombre que trabajaba de manera incansable para mejorar la vida de personas a las que ni siquiera conocía, del que se había lanzado la otra noche contra un agresivo hombre para proteger a su compañera y a ella sin preocuparse por sus propias heridas y del que tanta ternura le había mostrado.

Orsino por fin se había mostrado como de verdad era y había aprendido mucho de él esos días, sobre todo después de saber cómo había sido su solitaria infancia. Sabiendo que era un hombre que nunca había sido capaz de confiar en el amor, entendía mejor cuánto habría sufrido cuando ella también lo había traicionado.

Se le encogió el corazón al darse cuenta de que Orsino no la había creído cuando ella le dijo que lo amaba.

Y también había aprendido lo importante que habían sido sus viajes y aventuras. Era algo esencial para Orsino, que necesitaba esos retos físicos para demostrar de lo que era capaz.

Respiró profundamente. Eran tantas las emociones que sentía en

esos momentos… Sobre todo una mezcla de miedo y emoción. Pero también esperanza. Esas semanas le habían servido para entender por fin lo mucho que Orsino significaba para ella.

Se dio cuenta de que no podía posponer lo inevitable. La fiesta de esa noche marcaba el fin de su trabajo y, al día siguiente, se irían cada uno por su lado. Era algo sobre lo que no se había atrevido a hablar con él y no entendía cómo podía haber sido tan cobarde. Ya lo había apartado una vez de su lado cuando ella más lo había necesitado, tras la muerte de su madre. Tenía que aprender de los errores del pasado.

Estaba cansada de correr y cansada de fingir.

El corazón comenzó a latirle con más fuerza mientras miraba su apuesto perfil, su oscuro cabello y esos maravillosos ojos.

Se preguntó si esa vez Orsino la escucharía, si también él habría cambiado.

Solo había una manera de saberlo y tenía que averiguarlo. Había sido muy cobarde en el pasado y había llegado la hora de ser valiente.

Tomó el brazo de Orsino y se disculpó ante el grupo de ejecutivos de la firma Baudin con el que habían estado charlando.

–Si nos disculpan, tenemos que…

No terminó la frase, no tenía una excusa. Se limitó a mirarlos con su mejor sonrisa mientras se alejaba de ellos.

–¿Adónde vamos? –le preguntó Orsino con su profunda voz.

–A algún sitio tranquilo –repuso ella sintiéndose observada.

Por suerte, no le preguntó nada más y se limitó a seguirla.

Fueron hasta una apartada sala del castillo, una con planta hexagonal que se levantaba sobre el río. Allí solo había un escritorio, una silla y un amplio asiento bajo la ventana.

No había ninguna lámpara encendida, solo tenían la luz de la luna y la de las antorchas. Pensó que le resultaría más fácil tener con él esa conversación en la penumbra de esa sala.

Poppy cerró la puerta tras ella y a Orsino le faltó tiempo para ir hacia ella y acariciar uno de sus pechos mientras abrazaba su cintura con el otro brazo.

–Así me gusta, una mujer con iniciativa… –susurró mientras besaba su cuello.

Sintió que se derretía entre sus brazos, a Orsino no le costaba nada despertar su deseo, pero ella necesitaba más y le asustaba que fuera a apartarse de ella cuando lo supiera. Si eso era lo que ocurría, no sabía cómo iba a poder superarlo una segunda vez.

Pero no podía seguir con él sin sincerarse.

–Poppy, ¿qué te pasa? –le preguntó Orsino al notar que estaba distraída.

Durante unos segundos, se limitó a aferrarse a sus hombros, le habría encantado no tener que hacerlo, pero se apartó de él para

mirarlo a los ojos.

–Tenemos que hablar.

–¿Hablar? –repitió Orsino algo confundido.

Poppy dio un paso atrás y respiró profundamente.

–Tengo algo importante que decirte. ¿Me vas a escuchar? –le preguntó.

Aunque lo miraba a la cara, apenas podía distinguir la expresión de su rostro en la oscura habitación.

–Sí.

–Pero prométeme que vas a escuchar todo lo que tengo que decirte, que no te vas a ir hasta que termine.

Orsino se quedó unos segundos en silencio. Se preguntó si él también estaría recordando aquella fatídica noche, cuando se fue sin dejar que ella terminara de explicarle lo que había pasado.

–Si tan importante es para ti… –susurró Orsino.

–Lo es.

–Muy bien –repuso él asintiendo con la cabeza–. Me quedaré hasta el final.

–¿Quieres sentarte? –le preguntó ella.

—No, estoy bien así. ¿De qué se trata, Poppy?

–Quiero hablarte del pasado.

–No es precisamente mi tema favorito –le recordó él–. ¿No nos lo hemos dicho ya todo?

–No, no todo.

Algo nerviosa, respiró profundamente. No sabía por dónde empezar ni cómo podía hacerle entender lo que había pasado.

Se dio media vuelta y fue hasta la ventana. Creía que iba a ser más fácil si no lo miraba.

–Cuando te conocí, no buscaba un amante y mucho menos un marido –comenzó ella juntando sus manos–. Estaba concentrada en mi trabajo, en conseguir llegar a tener éxito como modelo.

–Lo recuerdo –repuso Orsino con algo de amargura.

–Después de saber cómo era mi padre, no te extrañará que quisiera salir de casa y tratar de tener una vida mejor para mi madre y para mí.

–Por supuesto que no.

–Sé que trabajas muy duro y has conseguido establecer muchos programas de ayuda, pero no sabes lo difícil que es tener que construir una reputación de la nada, tú siempre has contado con el dinero de tu familia.

–La verdad es que vivo de mis propias inversiones, no dependo del fondo fiduciario de la familia –le aclaró Orsino con orgullo.

–Pero está allí si lo necesitas, es una red de seguridad. Yo no tenía dinero y tuve que trabajar muy duro. Mi carrera siempre ha sido muy

importante. Y no solo porque quería valerme por mí misma y no tener que depender de mi padre, sino porque no quería depender de nadie –le dijo mientras se frotaba los brazos–. Viendo la relación de mis padres, aprendí que tenía que salir de allí y también que no quería convertirme en una mujer como mi madre. No quería depender de un hombre ni excusar su comportamiento por horrible que pudiera ser. Siempre he deseado ser independiente.

Respiró hondo antes de seguir.

–Y no solo soñaba con tener independencia financiera, quería ser completamente autosuficiente para que nadie pudiera hacerme daño. ¿Lo entiendes? –le preguntó volviéndose hacia él.

Vio que Orsino sacudía la cabeza. Nunca había hablado de esas cosas con nadie y no sabía si iba a poder hacerle entender lo que sentía.

–No quería amor en mi vida, no confiaba en ese sentimiento. Para mí, el amor era algo que convertía a las mujeres en seres débiles y maleables, en personas que se dejaban pisotear…

–¡Pero yo nunca te hice daño!

Levantó una mano para detenerlo.

–Escúchame, por favor.

–Yo no soy como tu padre, Poppy –le dijo muy dolido.

–No estoy diciendo que lo seas. No puedo decir que me maltrataras físicamente. ¡Déjame terminar, por favor! –insistió ella al ver que Orsino abría la boca para protestar–. Lo que estoy tratando de explicarte es que no se trataba de ti, sino de mí. Pensaba que el amor era un desastre, que el que se dejaba llevar por el amor se exponía a una vida de dolor y traición. Así que, cuando me enamoré de ti…

No pudo evitarlo. Bajó la cabeza, no podía mirarlo a los ojos.

–Cuando me enamoré de ti, fue como estar en el cielo y en el infierno a la vez. Nunca me había sentido tan feliz, pero tenía más miedo que nunca.

–Nunca te he hecho daño y lo sabes. Nunca le he levantado la mano a una mujer –le recordó Orsino.

–Lo sé –repuso mirándolo de nuevo–. Sé que nunca me harías daño físicamente, pero hay otras maneras… –agregó con un hilo de voz–. Te amaba a pesar de mis miedos. Te quise mucho, pero sentía que no era correspondida. Nunca me dijiste que me querías, solo que me necesitabas. Me daba la impresión de que esperabas que yo me adaptara a tu vida. Nunca te gustó que trabajara hasta tarde o que no pudiera estar contigo por culpa de una sesión de fotos, por ejemplo. Tampoco te gustaba Mischa, pero él era mi amigo y mi mentor. El hombre que tanto me ayudó cuando solo tenía quince años. Sentía que tú no estabas cambiando tu vida por mí. No compartías conmigo lo que más te importaba, tus viajes. Fue entonces cuando me di cuenta

de que estaba excusando tu comportamiento, como mi madre solía hacer con mi padre. Me decía a mí misma que no me importaba que te fueras sin más, aunque siempre querías que estuviera disponible cuando volvías a Londres. Pero incluso entonces, cuando pensé que me estaba volviendo como mi madre, no quise renunciar a ti –le confesó con voz temblorosa.

Se dio la vuelta desde la ventana para mirarlo.

–¿Sabes lo duro que fue quererte cuando sabía que no era correspondida? ¿Cuando sabía que me estaba convirtiendo en el tipo de mujer que me había prometido no llegar a ser?

–Poppy… –comenzó Orsino acercándose a ella.

Pero tenía que seguir hablando mientras tuviera aún el coraje de hacerlo.

–Me encerré en mí misma cuando murió mi madre. Trataste de consolarme, pero yo solo podía pensar en que me estaba convirtiendo en ella. Me di cuenta entonces de que tenía que alejarme, mantener cierta independencia emocional si quería sobrevivir.

–¿Por eso fue por lo que me dijiste que me fuera a Katmandú como había planeado?

–Bueno, era lo que querías hacer. No me costó persuadirte. En cuanto te lo dije, saliste corriendo –le dijo ella–. No me querías.

–¿Es eso lo que te dijiste a ti misma cuando decidiste acostarte con Mischa?

–Eso no habría sido una excusa. Tampoco lo eran mi dolor y el vino que bebí. Pero sí, lo pensé –reconoció ella–. Estaba agotada y desesperada. Te amaba tanto que tenía miedo. Acababa de morir la otra persona más importante de mi vida y decidí entonces que tenía que aprender de sus errores.

–Entonces, ¿yo era uno de esos errores?

–¿A ti qué te parece? Si de verdad me hubieras querido, no te habrías ido corriendo a escalar con tus compañeros. Mischa fue el único que me mostró un poco de consuelo y compasión –le recordó ella–. Fui una tonta. Me sentía muy mal, estaba enfadada y borracha. Dejé que me abrazara y…

–¡Ya he oído bastante! –exclamó Orsino fuera de sí.

–No, Orsino, no he terminado. Entonces, no dejaste que te explicara. Te limitaste a salir de allí. Durante meses, traté de contactar contigo. Te envié cartas, te llamé, te escribí mensajes de correo electrónico… Intenté de nuevo contarte la verdad el otro día y tampoco quisiste que lo hiciera.

Respiró hondo, no iba a detenerse. Se negaba a seguir jugando con las reglas de Orsino.

–Lo que te negaste a escuchar fue que, aunque nos besamos y terminamos juntos en la cama, no llegamos a hacer el amor, no hubo

nada más.

Se quedaron entonces en silencio.

–Cuando me tocó, me di cuenta de que no era a Mischa a quien deseaba –prosiguió unos segundos sin poder contener las lágrimas–, sino a ti. Quería que me abrazaras, te necesitaba a mi lado y que me dijeras que ibas a cuidar de mí, que todo iba a ir bien. Me di cuenta entonces de que estaba aprovechándome de mi único amigo porque no podía contar contigo. Sentía que al hombre al que amaba no le importaba lo suficiente como para quedarse a mi lado.

Se secó las lágrimas con la mano.

–Cuando volviste, me estaba duchando para borrar la huella de sus manos en mi piel. Me sentía tan sucia, tan culpable al haber permitido que lo que había comenzado como un amigo consolándome se me hubiera ido tanto de las manos…

–¡Pero admitiste que habías estado con él!

–Entraste fuera de sí, diciéndome que habías visto salir a Mischa del edificio con la camisa fuera y aspecto desliñado. Te conté que nos habíamos besado en el dormitorio y que me arrepentía de lo que había hecho. Pero, antes de que pudiera decir nada más, te fuiste de casa y de mi vida.

Le enfurecía recordarlo. Le parecía increíble que no le hubiera permitido explicarse.

–¿Por qué me cuentas esto ahora? –le preguntó Orsino con dureza.

–Porque sigue siendo importante para mí que sepas la verdad. Traté de olvidarlo y dejar el pasado en el pasado, pero no puedo. Es importante para mí que lo sepas porque nunca he dejado de amarte. Por eso tenía que decirte toda la verdad.

Había tenido la esperanza de reconstruir lo que habían tenido. Contuvo el aliento, esperando que Orsino dijera algo, pero no habló, tampoco se movió.

Pensaba que no iba a poder soportar su silencio.

Pero al final, no fue el silencio lo que la destruyó, sino sus palabras.

–¡No! Estás mintiendo. No es posible. No puede ser.

Capítulo 13

Orsino no podía dejar de dar vueltas por esa sala del castillo. Se sentía mareado y confuso. En más de una ocasión, había tenido que agarrarse a la pared o a la puerta para mantener el equilibrio. Le llegaba el sonido de la música y las voces de la gente, pero no era consciente de nada, solo podía pensar en las palabras de Poppy.

Le había asegurado que no se había acostado con Mischa.

Y que no había dejado quererlo.

Creía que Poppy estaba jugando con él, que solo quería vengarse. Le parecía increíble que pudiera ser tan calculadora y cruel.

Levantó la cabeza. No sabía dónde estaba, tenía que encontrarla.

No sabía cuánto tiempo había pasado allí solo. Poppy se había marchado cuando él la acusó de estar mintiendo.

No había podido dejar de mirarla mientras le hablaba. Esa noche parecía una reina, poderosa e intocable. Esa mujer tenía un poder sobre él del que ni siquiera era consciente.

Había sido difícil escucharla, ver cómo Poppy luchaba por controlar sus emociones. No podía dejar de pensar en lo que le había dicho, pero tampoco podía creerla.

Se apoyó de nuevo en la pared.

La puerta de esa sala estaba abierta y a lo lejos veía a la gente en el gran salón de baile, pero no distinguía a Poppy entre los invitados.

Respiró profundamente, tenía que volver y encontrarla.

–Bueno, bueno. Si es el famoso héroe. No tienes buen aspecto, creo que deberías estar en un hospital. ¿O es que has bebido demasiado champán?

Se quedó sin aliento al ver que era Mischa quien le hablaba mientras entraba en esa apartada sala del castillo.

En esos momentos, no tenía siquiera energía para odiar a ese hombre.

–Podría decir que es un placer volver a verte, pero no quiero mentir.

–Poco me importa lo que pienses o lo que digas –repuso Orsino–. ¿Dónde está?

Mischa no contestó, se llevó su copa de champán a la boca sin dejar de mirarlo.

–¿Has perdido a alguien? ¡Qué descuidado eres!

Apretó furioso los puños. Le entraron ganas de golpearlo, pero se

contuvo.

–No juegues conmigo, Mischa. ¿Dónde está Poppy?

–Dame una buena razón para que te lo diga.

–Necesito saberlo porque… –le dijo acercándose al otro hombre–. Porque es mi mujer.

–¿La mujer a la que abandonaste y has ignorado durante cinco años?

Sentía que Mischa no podía decirle nada que le hiciera daño en esos momentos.

–Sí, esa mujer –respondió Orsino entre dientes y acercándose más–. ¿Dónde está?

–Se ha ido.

–¿Cómo?

–Se ha ido –repitió Mischa–. No me digas que te sorprende que se haya ido sin ti. Parece que ha aprendido esa táctica de todo un experto.

El hombre lo miró durante unos segundos más. Después, se alejó de él.

–¡Espera! –exclamó Orsino–. ¿Es verdad?

Ya le daba igual su orgullo, tenía que saberlo.

–¿El qué?

–¿Es verdad que Poppy y tú no llegasteis a acostaros?

–¿Me lo preguntas ahora? ¿Después de tanto tiempo?

Orsino asintió con la cabeza.

–Sí.

Mischa se tomó su tiempo antes de responder.

–¿Por qué me lo preguntas? La respuesta es obvia. Ya sabes lo que pasó esa noche.

Se dio la vuelta y salió de la sala, dejando a Orsino solo en la oscuridad.

Capítulo 14

Después de entrar en el vestíbulo del hotel y mirar a su alrededor, Poppy se acomodó en un sillón y comenzó a hojear una revista. Se encontró con una foto suya y la examinó con ojo crítico. Estaba recostada sobre una colcha de bellos brocados. Se dio cuenta de que el vestido rojo había sido un acierto, se complementaba bien con su piel pálida y las joyas que llevaba.

Recordaba perfectamente el día que le habían hecho esa foto. Solo habían pasado unas semanas desde entonces. Le parecía que había algo más intenso en su mirada y más sensual en su boca. Había estado poco antes en la cama de Orsino. Aún podía recordar el sabor de su boca y la intensa pasión que habían compartido esa mañana.

Se había sentido tan deseada… Entonces había creído posible que además pudieran compartir un vínculo emocional, pero había estado equivocada.

No sabía si había merecido la pena volver a entregarse a él como lo había hecho. Durante esas semanas, había sido maravilloso. Pero estaba sufriendo las consecuencias en esos momentos.

Al menos había conseguido entender por qué no había podido superar la ruptura. Se había dado cuenta de que, durante esos cinco años, no había dejado de quererlo.

Y esperaba que ser consciente de ello fuera el primer paso para olvidarlo y conseguir que desaparecieran esos sentimientos.

Estaba siendo muy duro, pero trataba de ser fuerte y de seguir con su vida a pesar de todo. Como en esos momentos, esperando en el hotel a que llegara su cita a ciegas.

Nada le apetecía menos, pero era su responsabilidad hacerlo. El refugio para mujeres con el que colaboraba había subastado un almuerzo con ella en un hotel de lujo y sabía que así habían conseguido recaudar muchos fondos. No podía echarse para atrás, sobre todo después de saber cuánto dinero había pagado ese tal señor Rossi por el privilegio de comer con ella.

No pudo evitar sentir un escalofrío. Esperaba que ese hombre no pensara que iba a recibir más que su compañía durante el almuerzo.

Escuchó pasos firmes que iban hacia ella y, por un momento, pensó que los reconocía. Se le erizó el vello en sus brazos y la nuca, pero mantuvo la cabeza baja y la vista concentrada en la revista.

Se preguntó dónde estaría Orsino en esos momentos. Quizás al otro lado del mundo, visitando uno de sus muchos proyectos benéficos.

–Poppy.

Levantó de golpe la cabeza al oír esa voz y se quedó sin aliento cuando se encontró con esos ojos oscuros. Parecía distinto, demacrado y con ojeras. Aun así, no podía dejar de mirarlo. Su estúpido corazón latía con fuerza al verlo de nuevo.

–¡Orsino! –exclamó consternada.

De todos los hoteles de Londres, había tenido la mala suerte de encontrarse con él. Le parecía una cruel ironía del destino.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Estoy aquí por ti.

Sacudió la cabeza, no creía lo que le estaba diciendo.

–Estoy esperando a alguien –repuso ella.

–Lo sé, a mí –contestó Orsino con seguridad.

–No. He quedado con el señor…

–Rossi –terminó Orsino por ella–. Lo sé.

Se le encogió el estómago al oírlo.

–¿Cómo lo sabes?

Le pareció ver algo distinto en el rostro de Orsino, como si fuera menos orgulloso y autoritario. Casi le había parecido ver una sombra de inseguridad.

–Rossi era el apellido de soltera de mi madre.

Abrió la boca al entender lo que le estaba diciendo.

–¿Fuiste tú quien pujó por mí en la subasta?

Orsino se encogió de hombros.

–Pensé que no ibas a contestar mis llamadas y tenía que probar otra táctica.

–En eso tienes razón –le dijo ella levantándose y tomando su bolso–. Me voy.

Pero Orsino agarró rápidamente su brazo.

–No, por favor. No sabes cuánto he tardado en localizarte. Te fuiste sin dejar rastro. Nadie parecía saber dónde estabas.

–Pero ¿por qué querías verme? –le preguntó ella.

Vio que se pasaba la mano por el pelo, parecía algo inquieto.

–Tengo que hablar contigo.

Poppy se estremeció al oírlo, no podía pasar por ello de nuevo. Era una tortura.

–No puedo.

–Por favor, Poppy. Yo te escuché. ¿Por qué no lo haces tú?

Vio que habían conseguido despertar la curiosidad de otras personas a su alrededor.

–Pero aquí no –le dijo ella antes de que pudiera arrepentirse.

–No, claro que no –repuso Orsino agarrando su brazo–. Tengo un

coche esperándonos frente al hotel.

–¿Qué? No, no pienso irme a ninguna parte contigo.

–¿Prefieres ir al bar y que nos oigan los camareros o que nos quedemos en el vestíbulo con toda esta gente mirando? –le preguntó Orsino–. Aunque supongo que podríamos reservar una habitación si quieres.

–De acuerdo, me has convencido, Orsino –le dijo rápidamente ella–. Vámonos.

–¿Este es tu piso? –le preguntó Poppy cuando entraron en la espaciosa y luminosa vivienda.

–Así es.

Orsino parecía estar tan tenso como ella. No entendía por qué le había dejado que la convenciera para ir hasta allí, pero el reducido espacio del coche le había parecido demasiado íntimo.

Sin saber qué hacer, se acercó a la puerta de cristal por la que se salía a la terraza de la azotea. No podía soportar la idea de estar encerrada en el piso con él.

Adivinando lo que iba a hacer, Orsino le abrió la puerta y encendió los calentadores de jardín para contrarrestar un poco el frío del invierno.

Pero nada podía calentar el hielo que sentía en las venas. Le dio la espalda a la impresionante vista de la ciudad de Londres y se apoyó en la barandilla, frente a él.

–Estoy esperando –le dijo.

Orsino se acercó a ella y la miró. Pero seguía sin hablar.

–¿Orsino? –insistió nerviosa.

Se fijó en su rostro y en las cicatrices. Temió entonces que se hubieran complicado de alguna manera sus lesiones, quizás por eso estaba tan demacrado. Hizo ademán de acercarse a él, pero Orsino empezó a hablar en ese momento. Su voz parecía distinta, como si le costara mucho hablar.

–Me dijiste que yo nunca te quise, que no me importabas lo suficiente como para quedarme a tu lado. Es verdad que nunca te lo dije –reconoció Orsino–. Cuando te conocí, no estaba preparado para estar con alguien como tú ni para sentir lo que sentía por ti. Siempre lo tuve muy fácil con las mujeres, pero contigo fue distinto desde el principio.

Poppy se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración.

–¿En qué sentido?

–Sentí que te necesitaba y fue así desde el principio. Eras… Eras importante para mí –susurró–. Creo que no me estoy explicando bien.

–Dímelo y ya está.

–Sentía que necesitaba tenerte. No solo tenerte en mi cama, también en mi vida. Habría hecho cualquier cosa para retenerte, incluso casarme contigo.

–Lo dices como si hubiera sido una condena, casi una sentencia de muerte.

Orsino levantó sorprendido las cejas.

–Es que no quería tener una esposa. Recuerda que había crecido viendo cómo la relación de mis padres se convertía en un infierno. Yo también soñaba con ser independiente. Siempre he sido un solitario, por eso me gustan tanto esos viajes en los que estamos solos la naturaleza más salvaje y yo. Hasta que te conocí, ni siquiera había tenido relaciones largas.

Era casi como si la culpara por alterar su forma de vida y le entraron ganas de llorar.

Orsino se quedó en silencio. Fue hasta la barandilla y se agarró a ella. Le parecía increíble que la hubiera llevado hasta allí solo para decirle lo infeliz que ella le había hecho. Se dio media vuelta y fue hacia la puerta.

Pero, una vez más, Orsino agarró su brazo.

Le bastó con sentir su piel para que despertara de golpe su deseo.

No podía creerlo, su cuerpo volvía a traicionarla.

Pero a él debió de pasarle lo mismo porque la soltó de golpe.

–No puedo hacer esto, Orsino…

–Espera, Poppy. Dame unos minutos más.

–¿Por qué? –le preguntó ella con un nudo en la garganta.

–Porque necesito disculparme.

Se quedó boquiabierta. Le temblaban tanto las piernas que se dejó caer en uno de los cómodos sillones de la terraza.

–No me mires así –le dijo Orsino con nerviosismo–. Sé que merezco tu incredulidad, pero… –añadió mirándola fijamente.

La miraba como si pudiera ver los rincones más oscuros de su alma.

Orsino sentía que el pánico comenzaba a dominarlo. Temió que fuera demasiado tarde para ellos.

–La boda fue un gran error y ahora lo entiendo –le dijo.

Vio que Poppy palidecía y le angustió ver que le estaba infligiendo aún más dolor.

–Porque te hice daño. Porque no tenía ni idea de cómo ser un buen marido. Lo único que sabía era que te necesitaba. Cuanto más tiempo pasaba contigo, más te necesitaba.

Poppy le había descubierto un nuevo mundo de sentimientos y deseo que le había aterrorizado.

–Fui muy egoísta, no entendía por qué yo no era suficiente para ti,

por qué tenías que trabajar tanto cuando tenía suficiente dinero para los dos.

Poppy frunció el ceño.

–Pero era mi carrera.

Orsino asintió con la cabeza.

–Lo sé, pero no lo entendí de verdad hasta que me hablaste de tus padres. Yo pensaba que lo de ser modelo era solo un juego para ti.

–¿Un juego? –repitió Poppy indignada.

Vio que había fuego en sus ojos. Prefería verla así, dispuesta a luchar y enfadada, que dolida y derrotada.

–Ya te he dicho que no lo entendía. Cuando me di cuenta de que tu profesión era de verdad importante para ti, empecé a sentir celos.

–¿De Mischa?

–Tenías casi más relación con él que conmigo, recurrías a él con frecuencia. No podía entender por qué yo no era suficiente para ti. Tienes razón, había tenido una vida privilegiada durante demasiado tiempo. Hasta que no nos separarmos no me di cuenta de que tenía que hacer algo útil con mi vida, como ayudar a otras personas. Ver los problemas que otras personas tienen a diario me ayudó a tener mejor perspectiva de mis propios problemas –le confesó él–. Pero, entonces, tenía celos de tu trabajo porque te apartaba de mí. Me sentía inseguro y pensé que solo te excusabas en tu profesión para no estar conmigo.

–¿Qué? –repuso Poppy aturdida–. Pero si estaba enamoradísima de ti. Y yo sí te lo decía.

Sintió una oleada de calor subiéndole por la garganta y quemando sus mejillas. No recordaba haberse sonrojado en toda su vida, pero nunca había estado tan avergonzado como lo estaba en esos momentos.

–¿No me creías? –le preguntó Poppy.

–Pensé que era solo… Pensé que era solo pasión, no amor.

Antes de que Poppy pudiera contestarle, decidió continuar.

–Me equivoqué y ahora sé que te hice daño. Pero es que nadie me había amado antes. Ni siquiera mis padres –le dijo con amargura–. En realidad, solo Lucca, pero eso es diferente… Fui muy feliz contigo, Poppy. Pero una parte de mí pensaba que no iba a durar, que se iba a terminar.

–¡Oh! ¡Orsino…!

La expresión de su cara le arrancó otro pedazo de su corazón. Le había hecho tanto daño a esa mujer. No se lo perdonaba.

–Lo siento, Poppy. No tienes ni idea de cuánto lo siento. Debería haberte apoyado en tu trabajo, debería haber estado a tu lado.

Tragó saliva, recordando la última y terrible semana.

–Cuando tu madre murió, traté de consolarte, de ser un buen marido. No podía soportar verte sufrir, pero no sabía cómo ayudarte.

–Porque yo te aparté de mi lado. Me daba miedo tener que apoyarme en ti y no ser independiente, Orsino –le dijo Poppy–. No fue culpa tuya, sino mía.

Él negó con la cabeza, sabiendo que se equivocaba.

–Eso no debería haberme afectado, debería haberme dado cuenta de que no estabas bien. Pero, cuando me apartaste, todo salió a la superficie, la forma en que mi madre nos evitaba a Lucca y a mí, como si ni siquiera nos pudiera mirar a la cara, y la forma en que mi padre nos ignoraba a todos los hermanos.

Apretó los labios. Había dejado que sus miedos infantiles lo dominaran en vez de comportarse como un hombre y mantenerse al lado de su esposa.

–Me sentí rechazado y fue como si por fin hubiera llegado lo que ya había estado esperando, el fin de la relación. Creí que te habías dado cuenta de que no me necesitabas –agregó él.

Poppy sacudió la cabeza, quería tocarla, pero se contuvo.

–Llegué al aeropuerto y, cuando ya tenía que embarcar, me di cuenta de que no podía irme. Pero no lo hice porque creyera que me necesitabas, sino porque yo tenía la necesidad de estar contigo. Así que volví al piso.

–Y fue entonces cuando viste a Mischa saliendo del edificio.

Orsino asintió.

–Entré al piso esperando lo peor. Quería estar equivocado, pero ni siquiera te escuché. Y, cuando pensé que me habías traicionado, me sentí como si me volvieran a rechazar. Como habían hecho mis padres…

Parpadeó, le ardían los ojos y veía borroso.

–Contigo había descubierto lo que era ser feliz de verdad y estaba empezando a soñar con la posibilidad de que, cuando me decías «te quiero», lo dijeras de verdad –le confesó él con un nudo en la garganta–. Debería haberte escuchado. La verdad es que, para empezar, no debería haberme ido siquiera al aeropuerto, debería haber sido yo el que te reconfortara, no Mischa. Pero estaba convencido de que tarde o temprano lo nuestro se iba a terminar y no podía soportarlo más, por eso salí corriendo y me aseguré de que no pudieras contactar conmigo durante meses –añadió–. Porque fui un cobarde.

Poppy agarró su mano y sintió su calor al instante.

–No fuiste el único, Orsino. Yo debería haberte hablado de mis padres y de mis obsesiones –le dijo ella–. No debería haberte dado la espalda.

–Bueno, no tenías motivos para quererme a tu lado, ni siquiera pude decirte que te amaba.

Vio en la cara de Poppy un gran dolor y no pudo soportarlo. Se dejó

caer de rodillas frente a donde ella estaba sentada. Ella tenía helados los dedos de sus manos y los frotó con ternura.

–No podía decírtelo porque estaba asustado –admitió él.

–Pero a ti no te asusta nada. Eres muy valiente…

Se rio con amargura al oírlo.

–No tienes ni idea. Puedo enfrentarme a peligrosos acantilados, a áridos desiertos y a todo lo que te puedas imaginar, pero me aterraba la idea de decirle a mi esposa lo que siento. Y aún me pasa.

–¿Qué es lo que sientes ahora, Orsino? –le preguntó Poppy conteniendo la respiración.

Tragó saliva antes de contestar.

–Te he amado desde que te vi por primera vez. Al principio pensé que era solo lujuria, pero es mucho más. Cuando me di cuenta de que era amor lo que sentía, me dio miedo decírtelo por temor a mostrarme débil. Por eso nunca te lo dije. La verdad es que mi vida fue incompleta hasta que te encontré. Pero después te dejé…

–Entonces, ¿me quisiste? –le preguntó ella.

Podía sentir cómo temblaba Poppy frente a él.

–Siempre te he amado. Por eso no he estado con ninguna otra mujer durante estos cinco años.

Poppy lo miró asombrada.

–¿Por qué crees que no he parado ni un día y mi agenda ha estado tan llena? Necesitaba las expediciones, las actividades y los deportes extremos para tratar de aliviar de alguna manera mis frustraciones. Sin poder estar contigo en todos los sentidos, tenía que canalizar toda mi energía en otras cosas.

–Pero esas mujeres… Vi las fotos en las revistas…

–Me acompañaban a galas y fiestas, pero no me llegué a acostar con ninguna. ¿Cómo podría haberlo hecho cuando solo te deseaba a ti? –le confesó–. Cuando nos volvimos a ver, estaba tan desesperado que estuve a punto de explotar la primera vez que me tocaste. ¿Por qué crees que hicimos el amor en la escalera y contra una pared? Llevaba años deseándote y no podía siquiera esperar a que llegáramos a un dormitorio.

Extendió la mano y acarició la suave mejilla de esa mujer.

–Para mí, no hay nadie más, Poppy.

Vio que cerraba los ojos y temblaba más aún.

–Pero, ¿qué te hizo cambiar de opinión? ¿Hablaste con Mischa cuando me fui? ¿Te dijo que no pasó nada? Porque me quedó muy claro que a mí no me creíste, me lo dijiste tú mismo.

Orsino se levantó y se apoyó en la barandilla. Se dio cuenta de que la había perdido, ya de nada le había servido pedirle perdón. Poppy creía que estaba allí porque había hablado con Mischa, que a ese hombre sí lo había creído y a ella no.

–Mischa no me aclaró nada, ese hombre me odia, pero a ti te adora –susurró él–. No quería decirme tampoco dónde estabas. Después de hablar con él, me di cuenta de que no necesitaba que me aclarara nada, había tenido la respuesta y la verdad delante de mí todo el tiempo y no había sabido verla. Tenía que haberlo sabido, no eres el tipo de mujer capaz de traicionar a nadie de esa manera. Te acusé por miedo.

–Pero no me creíste cuando te lo conté en el castillo, me dijiste que no era posible.

–No quería creerlo porque significaba que, por mi culpa, habíamos pasado años separados sin motivo alguno. No podía vivir sabiendo lo que le había hecho a la mujer que amaba. Estarás mejor sin mí, Poppy.

No sabía cómo iba a vivir sin ella, pero creía que se merecía a alguien mejor.

–Así que me apartaste de ti –le dijo Poppy acercándose a él y tocando su húmeda mejilla–. Orsino, estás…

–No había llorado desde que tenía siete años. Pensé que se me había olvidado cómo hacerlo.

Sus ojos se encontraron. Era tan bella que no quería dejar de mirarla nunca, pero sabía que le había hecho mucho daño.

–Orsino… –susurró Poppy apoyándose en él para abrazarlo.

Pero él se apartó deprisa y la agarró por las muñecas para mantener las distancias.

–¡No! No sientas pena por mí. He cometido errores que nos han costado demasiado caros. No merezco tu compasión.

Poppy se quedó mirándolo a los ojos unos segundos. Después, se apartó.

–Ahora ya sabes la verdad –le dijo Orsino–. Te merecías saberlo antes de que sigamos por separado con nuestras vidas.

–¿Es eso lo que quieres? –susurró ella sin dejar de mirarlo a los ojos.

Quería ver en su mirada algo más que compasión, pero no lo vio. Solo parecía conmocionada con lo que acababa de decirle. Había esperado que le dijera que seguía enamorada de él, pero no lo hizo y se le cayó el alma a los pies. Había rechazado la confesión de Poppy durante la fiesta en el castillo y acababa de dejarle muy claro que ya no sentía nada por él.

–¿Estás lista? –le preguntó de repente para no alargar más la situación–. Te llevaré a donde quieras.

Poppy dio un paso atrás.

–No, gracias. Pediré un taxi.

Capítulo 15

Orsino siguió las instrucciones de la recepcionista y fue por el pasillo hasta la sala de juntas. No le gustaba estar en el hotel Chatsfield de Londres después de tantos años. Le recordó lo arrogante que había sido su padre esperando que lo dejara todo para ser imagen de la empresa.

Se pasó la mano por la barbilla, no se había molestado en afeitarse. No le hacía gracia tener que asistir a esa reunión, pero Bettina había sido muy insistente y le había dicho que no podía perdérsela.

Por culpa de esa reunión había tenido que posponer su viaje a Cuillins. Quería ver cómo estaba recuperándose escalando en Escocia durante unos días.

Movió su mano mala mientras caminaba, tenía ciertas dudas sobre su capacidad para seguir escalando. Si no podía, iba a tener que encontrar otra distracción. Algo para no seguir pensando en Poppy. De momento, no estaba teniendo suerte con nada. Ni siquiera sabía si iba a volver a verla de nuevo.

Frunció el ceño al llegar a la sala de juntas. Esperaba que la tal señora Beaufort tuviera una propuesta interesante para él. De otro modo, pensaba salir de allí corriendo.

Llamó con los nudillos a la puerta y entró. Pero se quedó inmóvil al ver quién era. La mujer se levantó al oírlo entrar. Tenía la ventana tras ella, dibujando la esbelta silueta que tan bien ensalzaba el traje de chaqueta gris que llevaba. Su melena cobriza era inconfundible.

–¿Poppy? –exclamó con incredulidad.

Pensó que estaba teniendo una alucinación, pero no, era ella. Se fijó en sus piernas perfectas, los zapatos negros de tacón alto y las perlas que adornaban su pálido cuello. Solo podía ser ella.

Inhaló su aroma mientras ella se le acercaba y se le fueron los ojos a sus deliciosos labios. La echaba tanto de menos…

–¿Qué estás…? –preguntó.

Pero no terminó la frase cuando Poppy pasó a su lado y cerró la puerta con llave.

–No quiero que nos molesten –murmuró ella volviendo a su lado.

–¿Poppy? ¿Qué… qué es esto? –preguntó aturdido–.¿Dónde está la señora Beaufort?

–La estás mirando ahora mismo.

–No entiendo –repuso confuso.

–Decidí copiar tu idea y usar el apellido de soltera de mi madre.

–¿Por qué?

–Porque, la última vez que nos vimos, me quedó tan claro el gran sentimiento de culpabilidad que tienes que no creí que quisieras tener que enfrentarte a mí de nuevo aunque te llamara. Pensé que este pequeño engaño era mi única opción.

A Poppy le latía el corazón a mil por hora. Se cruzó de brazos y vio que a Orsino se le iban los ojos al profundo escote de su chaqueta. Aunque estaba muy serio y muy tenso, esa cálida mirada lo traicionaba y no pudo evitar sentir cierta esperanza.

No era tan orgullosa como para no utilizar su cuerpo para conseguir lo que quería. Creía que merecía la pena arriesgarse y no tener que arrepentirse después.

–Tengo una propuesta de negocios para tus programas de ayuda –le dijo ella inclinándose hacia delante y pasándose tentadoramente la lengua por el labio inferior.

–¿Quieres hablar de mi labor filantrópica? –preguntó Orsino frunciendo el ceño.

–¿Por qué no? No eres el único con interés en ese tipo de programas.

Vio que Orsino la miraba entrecerrando los ojos.

–Mi propuesta conseguirá incrementar la recaudación de fondos.

–¿En serio? –preguntó Orsino.

–Sí. ¿Por qué no te sientas?

–Estoy bien de pie, gracias –respondió cruzándose de brazos.

–No te importará que yo me ponga cómoda, ¿verdad? –le preguntó ella mientras se sentaba en la mesa que tenía detrás de ella.

Fue muy consciente de que a Orsino se le iba la mirada a sus piernas. Sentada en la mesa, la falda se le había subido lo suficiente como para revelar varios centímetros de sus muslos.

Se tomó su tiempo cruzando las piernas, sabiendo que él la observaba. Tuvo que controlarse para no sonreír al ver que Orsino tragaba saliva.

–¿Me decías que tienes una propuesta que hacerme? –le preguntó él.

–Sí. Por cierto, ¿qué tal tienes la vista? ¿Sigue mejorando?

–Ya está casi bien del todo –repuso Orsino–. El tiempo lo dirá. Sigue contándome, por favor.

Fue ella entonces la que tragó saliva. Le había parecido fácil sobre el papel, pero el hombre que tenía frente a ella no se parecía al del otro día, al que había visto tan vulnerable y herido. Pero se dio cuenta de que tenía que ser valiente. Podía hacerlo. El fracaso no era una

opción.

–Haces una labor estupenda recaudando dinero para tus programas de caridad –comenzó ella.

–Gracias.

–Pero son acontecimientos puntuales que solo llaman la atención del público durante poco tiempo. He pensado que sería mejor tratar de mantener la atención todo el tiempo, también cuando no estás arriesgando el cuello escalando o cruzando un desierto.

–Continúa, por favor.

Vio que había conseguido su atención. Le molestaba que aún no hubiera caído en la tentación de abrazarla y besarla hasta que se quedaran los dos sin aliento.

Volvió a cruzar las piernas y le encantó ver que Orsino estaba completamente hipnotizado.

–Conozco a gente dispuesta a contribuir en una campaña mediática de forma gratuita.

–¿Hablas de otras modelos? –le preguntó Orsino.

–No desprecies la idea sin más. A la gente le atrae la belleza y no solo servimos para vender coches o joyas, también para sensibilizar sobre causas benéficas.

–No estaba despreciando tu idea. Aceptamos cualquier tipo de ayuda.

No dejaba de mirarlo, pero su expresión no daba a entender lo que estaba pensando.

–Y no serían solo modelos, también fotógrafos y directores. Hemos pensado que estaría bien hacer un par de anuncios y también un documental –le dijo ella–. También se podrían organizar eventos para recaudar fondos con un toque de glamour.

–Suena demasiado perfecto para ser verdad –comentó Orsino.

–Bueno, mi oferta viene con un par de condiciones.

–¿En serio? –le preguntó con su profunda y masculina voz.

–Por un lado, tendrías que trabajar conmigo. Quiero formar parte de este proyecto.

–¿Por qué?

Poppy se encogió de hombros.

–No voy a ser modelo toda la vida, quiero desarrollar mis habilidades en otras áreas y esta es una oportunidad perfecta para hacer algo que de verdad vale la pena.

Orsino se quedó en silencio durante tanto tiempo que cada vez estaba más nerviosa. No pudo evitar sonrojarse, pensando que se había equivocado con él.

–¿Cuál es la otra condición? –le preguntó Orsino mientras se acercaba a ella.

Levantó la cabeza, recordándose a sí misma que podía hacer

aquello.

–Que no solo quiero trabajar contigo.

–¿No? –repuso Orsino sin dejar de mirarla–. ¿Qué más quieres?

Poppy se llevó la mano a la chaqueta. Desabrochó un botón y luego otro. La chaqueta se abrió completamente, desvelando su pálida piel y un sujetador de encaje gris.

Vio que Orsino inspiraba con fuerza y después contenía la respiración unos segundos.

–¿Qui… quieres sexo? –tartamudeó.

Poppy se quitó la chaqueta y sintió cómo se contraían casi al instante sus pezones. Nunca se había sentido tan expuesta y no entendía por qué Orsino seguía sin moverse.

–Sí –susurró ella con un nudo en la garganta.

Estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer con sus manos y las apoyó en la mesa.

–Pero quiero algo más.

–¿Más?

–Sí, quiero ser tu esposa –contestó mirándolo a los ojos y sintiendo la intensidad de su conexión–. Quiero que vivamos juntos, como marido y mujer.

–¿Es una broma? ¿Te estás vengando de mí?

–¿Crees que jugaría así contigo?

–¡No! –repuso Orsino sacudiendo con incredulidad la cabeza–. Pero no me puedo creer…

Parecía muy confuso. Como si no supiera qué decir ni qué pensar.

–¿Es posible? –le preguntó unos segundos después.

–¡Por supuesto que es posible! –exclamó ella con más fuerza–. Estabas tan ocupado culpándote de todo que se te olvidó el hecho de que te quiero.

–¿Me quieres? ¿Aún me quieres? –le preguntó con un brillo nuevo en sus ojos.

–Ya te lo dije, ¿no te acuerdas? No necesito que decidas por mí lo que quiero o no quiero.

Le había dolido mucho que Orsino le confesara sus sentimientos para apartarla después de su lado. Pero, al verlo en esos momentos, mirándola a los ojos con emoción y sonriendo, se le olvidó todo lo demás.

–Sí, me acuerdo –le dijo Orsino acercándose a ella.

Estaba tan cerca que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Separó las rodillas para hacerle hueco entre sus piernas.

–No entiendo cómo puedes seguir queriéndome. No puedo creer que me perdones después de haber estado tan ciego. Pero te lo agradezco –le dijo con emoción mientras le apartaba un mechón de la cara con

mano temblorosa–. Te quiero tanto, Poppy…

Durante un momento glorioso, el mundo se detuvo mientras se miraban a los ojos.

Después, Orsino acarició uno de sus pechos y no pudo ahogar un gemido de placer y alivio. Había pasado demasiado tiempo sin sentir sus manos.

–Así que quieres sexo, que sigamos casados y trabajar juntos. Creo que podré con todo –le susurró Orsino acercándose a su cuello para besarla.

La sensación fue tan increíble que se quedó sin aliento cuando el placer la atravesó. Metió las manos entre los dos para desabrochar el cinturón de sus pantalones.

–¿Eso es todo? –le preguntó Orsino.

–No –repuso ella apartándose unos centímetros–. Quiero que llames a tu padre.

Notó que se ponía algo tenso y fruncía el ceño.

–Limítate a llamarlo y preguntarle por qué quería que trabajaras para la compañía.

–¿Por qué? –le preguntó Orsino con curiosidad.

–Porque la familia es importante –respondió Poppy pensando en su madre–. Sé que no ha sido el padre perfecto, pero a lo mejor te hizo esa oferta porque le gustaría tenderte una mano y tenerte cerca. A lo mejor se ha dado cuenta de todo lo que se ha perdido durante todos estos años.

Creía que Orsino se merecía que su padre le pidiera perdón y quisiera tener una buena relación con él. Pensaba que quizás pudiera por fin tener el cariño que su padre le había negado durante demasiado tiempo.

–De acuerdo. Pero solo una llamada telefónica –decidió Orsino.

Ella asintió con la cabeza. Le emocionaba que Orsino lo fuera a hacer porque ella se lo pedía. De repente, sin previo aviso, él la empujó hasta tumbarla sobre la gran mesa. Apenas podía controlar el deseo al ver cómo la miraba.

–¿Eso es todo? –le preguntó Orsino.

–Una cosa más –susurró ella casi sin aliento.

–Es una dura negociadora, señora Chatsfield.

El corazón le dio un vuelco al oír ese nombre de sus labios. Le gustó mucho.

Orsino deslizó la mano por debajo de la falda y se detuvo cuando llegó al final de sus medias y notó que solo le llegaban hasta medio muslo.

–¡Bruja! –susurró con los ojos llenos de deseo.

La besó apasionadamente y, durante unos minutos, el mundo giró a su alrededor. Era tan feliz que sentía que iba a estallar.

–¿Qué era eso último que querías? –le preguntó Orsino después.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, casi no podía hablar.

–¿Poppy? Mi amor, todo va a ir bien, ya verás. ¿Qué es lo que quieres? Vamos, no puede ser tan malo…

–No es malo en absoluto –repuso tomando la cara de su amado entre las manos–. Lo que quiero es pasar más tiempo en Inglaterra y viajar menos para tratar de formar pronto una familia.

La sonrisa que le dedicó entonces Orsino fue lo más maravilloso que había visto en su vida.

–Me encantan las mujeres que saben lo que quieren. La verdad es que he estado pensando en hacer menos expediciones peligrosas ahora que tengo más trabajo administrativo. Además, la idea de formar una familia contigo sería una nueva y maravillosa aventura.

Sentía tanta emoción en su interior que no le salían las palabras. Se limitó a abrazarlo y besarlo con todo el amor que tenía en su corazón.

Siguieron besándose y la mano de Orsino prosiguió su camino debajo de la falda, pero se detuvo de nuevo al no encontrar ropa interior, solo su piel desnuda y su sexo. Apartó la cabeza unos centímetros para mirarla a los ojos.

–Eres una mujer peligrosa, Poppy. Más peligrosa que cualquier montaña que pueda escalar. Creo que podrías llegar a matarme…

Pero solo había satisfacción en su rostro mientras su mano la exploraba y acariciaba. Se estremeció entre sus brazos cuando encontró el punto más sensible de toda su anatomía.

–No voy a hacerlo, no te preocupes –repuso ella bajándole la cremallera de los pantalones–. Tengo la intención de que vivamos juntos durante mucho tiempo.

–Tendremos nuestro propio final de cuento de hadas –le dijo Orsino sin dejar de mirarla–. Te amo, Poppy, más que a la vida misma. Voy a pasar el resto de mis días tratando de hacerte feliz.

Y selló después su promesa con un beso que borró todo el dolor del pasado. Un beso que era un maravilloso presagio de todo lo bueno que les deparaba el futuro.

* * *

Podrás conocer la historia de Lucilla Chatsfield en el octavo libro de la serie *Los Chatsfield* del próximo mes titulado:
EL RETO DE LA HEREDERA

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

